CANDIDATO

JOSE MARIA PERALTA LAGOS
(T. P. MECHIN)

JOSE M. PERALTA LAGOS
(T. P. MECHIN)

CANDIDATO

Comedia en tres actos y un epílogo.

MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, C. A.

NOTA EDITORIAL

La primera edición de CANDIDATO data de 1931 y su título e intención buscan reflejar el momento político-social de la época que le tocó vivir a José María Peralta Lagos. El Salvador experimentaba por entonces las fórmulas laboristas que buscaba implantar el Ing. Arturo Araujo, quien siguió a la dinastía de los Meléndez y a otra serie de tiranuelos a cuya corrupción e intrigas alude de una manera más o menos evidente esta obra que hoy presentamos en su segunda edición. Y hay otro aspecto importante: CANDIDATO no sólo refleja el clima político anterior a 1931 y a la caída de Araujo en sus nueve meses de

gobierno, sino que además ofrece un panorama de las crisis que la sociedad salvadoreña cargaba en sus entrañas como resultado de la depresión del capitalismo de postguerra y que fue preludio de los hechos sangrientos de 1932, cuando el General Maximiliano Hernández Martínez ya ocupaba el poder.

La época es ésa y el lenguaje y giros utilizados, aunque no establecen grandes diferencias con los de hoy, han sido completamente respetados.

José María Peralta Lagos (salvadoreño, 1873 - 1944), conocido como T. P. MECHIN, fue militar e ingeniero además de articulista de fino humor. CANDIDATO es su única incursión en el género dramático: breve comedia que satiriza agudamente la farsa política de su época.

NOTA EDITORIAL

PRELIMINARES

Amigos bondadosos me excitaron muchas veces a escribir una comedia, creyendo sin duda que lo mismo sirvo para un barrido que para un fregado. La verdad, nada me halagaría tanto como ser un aplaudido autor dramático, ya que tuve siempre por el teatro grandísima afición; pero aparte de las dificultades, en años anteriores invencibles, de levar a la escena una obra cualquiera en este rincón nuestro, y escribirla sólo para leerla a la familia o a algún amigo que bostece aburrido no tiene ninguna gracia, siempre he creído que de todos los géneros literarios es acaso el del teatro el más difícil, y hoy, después de haber caído en la tentación

perpetrando mi comedia CANDIDATO, estoy plenamente convencido de ello.

Cuando en mis años mozos leía ciertos libros del insigne Pereda —"La Puchera" y "Don Gonzalo González de la Gonzalera", por ejemplo— en los que nos regala con cuadros de gran comicidad, me preguntaba extrañado por qué el montañés ilustre no se dedicaba a escribir para el teatro, imaginándome que fácilmente recogería laureles a brazadas, ni más ni menos que sus ingeniosos contemporáneos Vital Aza, Novo y Colson, Pina y Domínguez, Sinesio Delgado, Javier de Burgos, los dos Echegaray, Tamayo y Baus, Guimerá y finalmente su entrañable amigo el gran Galdós, hasta que años después, leyendo un día el libro que el señor Otero dedicó a ensalzar la memoria del gran estilista de Polanco, me enteré de que éste había escrito varias comedias, representadas algunas con éxito mediano, y que, como consecuencia, hubo de renunciar al cultivo del dificultoso arte dramático.

¿Y por qué este ejemplo, como el del no menos ilustre novelista y crítico Don Leopoldo Alas, no me han desanimado e intenté este ensayo?

Sencillamente porque ello me cuesta poco, expongo menos y no busco nada, ya que el riesgo se limita a cosechar uno que otro disgustillo, o a ver aumentar la lista de mis enemigos, cosecha siempre abundante para los que escribimos de política y un poco de todo, sin otras miras que el público interés, el bien

de la generalidad o el mejoramiento de las clases desheredadas.

Desde niño tuve la noción de que la vida es una perenne tragi-comedia, y de que en el gran teatro del mundo cada hogar es un escenario donde constantemente alternan las risas con las lágrimas.

De viejo —aún me faltan ocho años de ver y oír para alcanzar la edad a que Cervantes escribió el Quijote—, he hecho acopio de alguna experiencia observando de continuo en los diferentes medios sociales, desde el modestísimo de la vida campesina, donde el dolor apenas se disimula con desmayadas y tristes canciones que semejan lamentos, o es ahogado en aguardiente para que renazca más cruel, hasta los confortables y dorados de nuestra divertida high-life, en los cuales se pretende olvidar las diarias amarguras del vivir, ora entre el estruendo del jazz y la marimba que chorrean execrables foxes y llorones tangos, o bien con la alegría fugaz del ruido de los taponazos del champaña y bajo la máscara de congestión o de plácida idiotez, producto de repetidas libaciones de whisky, bebida exótica que la moda, cada vez más tonta, importa de los países grises donde el sol no se asoma a los ojos de sus mujeres, ni prodiga al suelo las caricias necesarias para que broten aquellos dorados racimos de las campiñas de Jerez, Almería y Málaga, regalo inestimable del buen Dios a los dichosos moradores de la tierra de María Santísima.

También fui actor —sin enlodarme mucho, eso sí— en el asqueroso teatro de nuestra política, y un buen día, como aquel ministro del epigrama de Manuel del Palacio, amanecí metido dentro de una bordada casaca de diplomático, con plumas en el tricornio y un espadín al cinto, tan inofensivo como el que llevé en mis años de cadete, sin disputa los mejores de mi vida, para verme luego pisando mullidas alfombras y alternando, en lujosos escenarios, con las elegantes o ridículas marionetas encargadas de estrechar las buenas relaciones entre los pueblos, empezando al efecto por espiarse, mentir y engañarse, todo ello entre sonrisas, espirales de humo de riquísimo tabaco, el vaho perfumado de café exquisito, y frases ingeniosas, huecas y... estúpidas también, que de todo hay en la viña del Señor.

¡Farsa, y sólo farsa! Política, diplomacia, enseñanza, religión... ¡comedia pura! Y todos son farsantes —algunos, por cierto, pésimos, cómicos— ora se titulen presidentes, embajadores o ministros; ora se llamen generales, obispos o profesores...

Vistos de cerca, los más son figurillas escapadas por milagro de la ruina del retablo de maese Pedro, **de son vrai nom** Ginesillo de Pasamonte.

* * *

Nuestra recién pasada lucha electoral dejó de ser la antigua tragi-comedia con sus tremolinas, apaleados y muertos, cosas que aceptábamos de mal grado, para convertirse

en algo más moderno y humano, o sea en entretenida comedia con sus puntas de sainete.

Muchos, grandes y chicos, solíamos ser actores voluntarios de la farsa democrática; mas como en la última ocasión salí del coro, y de comparsa ascendí a representar un papelito de mediana importancia, decidí escribir mis observaciones. Fue aquello tan cómico que sentí la comezón de ensayar por una vez en el difícil y para mí nuevo terreno, y empecé por planear un acto a modo de prólogo, escogiendo para escenario una hacienda y el campo, donde viven los pocos hombres sanos que nos van quedando; y, puesto a la obra, pinté varios tipos de mi invención, aunque muy parecidos a los que deambulan por esos pueblos y montes de Dios.

Insisto en que los personajes de esta comedia son hijos míos —tan míos que no tienen madre— a fin de que quienes me lean no se molesten en hacer cábalas y poner nombres. Los que hablan y se mueven en la escena, o se moverían si alguna vez esto se representara, no existen; pero no puedo decir lo mismo de los aludidos por aquellos, pues andan por ahí vivitos y coleando —algunos puede que rabiando— a los que el lector salvadoreño fácilmente designará por sus nombres verdaderos.

Son hombres públicos o aspiraban a serlo; nos pertenecen, pues, y espero que no me guardarán rencor, ya que los trato con las má-

ximas consideraciones. Claro es que no me refiero a los canallas... Sólo el respeto del público y el de mí mismo detuvieron mi pluma, que no el peligro de enemistades que honran siempre a las personas decentes.

Mi comedia es para ser leída y no para ser representada, aunque con hábiles toques de alguien que lo entienda bien pudiera llevarse a las tablas, menos el acto que intitulo Epílogo, el cual fue escrito con el único objeto de satisfacer en parte la curiosidad de mis paisanos, que gustan mucho de saber "en qué para el cuento", y digo en parte, porque el cuento se halla todavía en gestación **y es de los que no paran nunca.**

La escribí con intención de no mostrarla sino a unos pocos amigos, y tuve la satisfacción de recibir opiniones favorables.

Después de hacer la correspondiente rebaja en los elogios y de meditar bastante, me inclino a creer que no está del todo mal y me decido a correr las vicisitudes de la publicación.

En esta obrita no pretendo probar nada. Presento una serie de cuadros de costumbres, tomados del natural y ajustados a la verdad histórica; pero es natural también que no pierda la oportunidad de criticar ese prurito de enviar a los hijos al extranjero, sin plan educativo ni otro objeto que seguir la moda, y de exponer también los peligros que un exceso de libertad supone en estas latitudes para las jóvenes solteras.

Si el público premia con su asenso este

esfuerzo mío, quizás me anime a pergeñar otras comedias, ya que asuntos no faltan y los tipos abundan.

No escogí un género determinado ni pretendo imitar a nadie: sigo sólo mis inclinaciones naturales, puestas de manifiesto en los pocos libros que llevo publicados.

El teatro —lo dije ya antes— me atrajo siempre. Por igual gusto del drama que del sainete si están escritos con arte, y sobre todo si son representados por verdaderos artistas; pero mi gusto se inclina más a la comedia, desde la que han dado en llamar "alta", con sus ribetes dramáticos, hasta la de entretenimiento, verde o blanca, que nos inocula optimismo haciéndonos olvidar por un momento las tristezas de la vida.

Y por igual admiro a los grandes maestros del drama, Benavente y Linares Rivas por ejemplo, que a esos reyes de la gracia, bienhechores de los tristes, que se llaman Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, Carlos Arniches, Pedro Muñoz Seca o Antonio Paso; a los poetas excelsos que mantienen la tradición gloriosa del teatro de Lope, Calderón y Tirso; o del Duque de Rivas y Zorrilla, como Marquina, los Machado, Fernández Ardavín y otros; a los más modernos y apreciables comediógrafos, en cuya larga lista figuran a la cabeza Gregorio Martínez Sierra, Juan Ignacio Luca de Tena, Honorio Maura, Suárez Deza, Serrano Angulta, Luis de Vargas y algunos que no recuerdo ahora, sin olvidar desde luego a los inquietos vanguardistas o revolu-

cionarios, cuyo capitán es, en mi opinión, Jacinto Grau, el genial autor de "El Señor de Pigmalión", siendo oficiales de la hueste Gómez de la Serna, Poncela, Jarnés y algún otro.

* * *

Sería injusto no decir nada de los salvadoreños que precediéndome en la afición, se animaron a escribir dramas y comedias con fines más o menos altruistas y nunca egoístas, pues el negocio no puede entrar jamás en los cálculos o propósitos de quienes por aquí rinden culto a las letras.

El primero, si no estoy equivocado, que hizo un esfuerzo digno de loa para sentar las bases del teatro nacional, fue nuestro eximio poeta y gran humanista D. Francisco Gavidia. Siendo muy joven —de esto hace unos 45 años— escribió el drama histórico JUPITER, basado en episodios de nuestra lucha por la independencia. Escrito en elegante y castiza prosa, fue representado con éxito halagüeño.

Posteriormente escribió LUCIA LASSO, drama en tres actos, escrito en versos magníficos.

También publicó en verso la comedia AMOR E INTERES, y en prosa el hermoso drama histórico URSINO, estrenado en 1887 con el más rotundo de los éxitos. Asimismo deben las letras patrias al maestro Gavidia

una bellísima traducción en verso del MISANTROPO, de Moliére.

LA TRAGEDIA DE MORAZAN, en verso, del laureado poeta Francisco Díaz, también es de ese tiempo, o acaso anterior.

Algunos años después, José Llerena, con todo el entusiasmo de la juventud, se ha dedicado al difícil género y lleva escritos en prosa o verso unas veinte obras, estrenadas algunas con gran éxito, entre las cuales recordamos EL CORAZON DE LOS HOMBRES y NUESTRA SOMBRA, representadas por la compañía de Mercedes Navarro; EL DERECHO DE LOS OTROS, estrenada por Fernando Soler, quien hoy triunfa en España; EL SABOR DE LA VIDA, ejecutada por José Roviro: EL HAMBRE Y LA ESCLAVITUD DE LOS LIBRES. estrenadas por D. Gerardo de Nieva, fundador de la Escuela de Prácticas Escénicas de El Salvador; NEGACION DE LA NATURALEZA, puesta en escena por Matilde Palou; LOS VINCULOS, estrenada por Perdigueros, y algunas otras como RENOVARSE, LUZ DE AFUERA, y los dos bellísimos dramas en verso titulados RAZA NUEVA y LAS DOS AGUILAS.

El ejemplo y entusiasmo de Llerena ha tenido émulos entre el elemento joven. J. Emilio Aragón estrenó con aplauso sus comedias EL MILAGRO DE UN SANTO, PREPARANDOSE A LA ENTRADA y LOS CONTRABANDISTAS, y las zarzuelas COSAS DE ESTA TIERRA y EL PREMIO GORDO, ambas con música del malogrado Manuel Andreu.

Salvador Salazar Arrué, nuestro pintor-filósofo Salarrué, que lo mismo maneja los pinceles que la pluma, fue aplaudido con frenesí el día del estreno de su drama en un acto LA CADENA. El más joven de los devotos del arte dramático es Roberto Suárez Fiallos, quien ha estrenado recientemente dos bellas comedias tituladas LA EXTRAÑA y NUESTRO DERECHO.

El público premió con aplausos clamorosos los esfuerzos del incipiente comediógrafo, lo mismo que a los afortunados intérpretes, que en esta ocasión han sido los alumnos del Sr. de Nieva.

La última obra nacional llevada a la escena por el notable actor y sus discípulos ha sido la primorosa comedia del inspirado poeta Alberto Rivas Bonilla, ALMA DE MUJER, la que obtuvo el beneplácito del público en forma de éxito lisonjero.

Allá, en España, tenemos al gran poeta Raúl Contreras, genial autor de esa joya que tituló LA PRINCESA ESTA TRISTE, glosa de la célebre poesía de Rubén Darío, y de algunas comedias inéditas y aún no representadas, porque en la Madre Patria es poco menos que imposible abrirse paso en el teatro... ¡Son tantos los llamados! Más de ochocientos fueron hace dos años los autores noveles que acudieron al concurso abierto por el gran diario A, B, C, y sólo dos fueron las obras premiadas.

Raúl deseaba que hiciéramos algo en colaboración; pero no creí prudente que diplo-

máticos salvadoreños se expusieran a los desaires de los empresarios o a una sonada rechifla del público, que todo ello era posible.

No recuerdo en estos momentos, tal vez por mis prolongadas ausencias del país, si otros compatriotas han batallado en este terreno conquistando lauros o recibiendo decepciones. En todo caso les pido perdón por el involuntario olvido.

Gracias a D. Gerardo de Nieva y al grupo de jóvenes de ambos sexos a quienes ha sabido comunicar su entusiasmo fervoroso, nuestro público ha podido apreciar los esfuerzos que, en un ambiente poco propicio, se hacen sin embargo para mantener vivo entre nosotros el culto a Melpómene y Talía, devoción que decae y peligra hoy más que nunca con los progresos del cine sonoro y el creciente desarrollo del mal gusto.

* * *

La América española, que en algunas regiones bien pudiera llamarse la España americana, es en su mayor parte una prolongación de aquella Andalucía incomparable. ¡Como andaluces hablamos, y como españoles sentimos!

Nuestras costumbres son tan parecidas —idénticas en los rincones aún vírgenes de cosmopolitismo— que el deseo de darlas a conocer a mis compañeros y numerosos

amigos de España ha influido grandemente en mi decisión de publicar CANDIDATO, a sabiendas de que aquí, entre los míos, sólo veré aumentar el número de mis malquerientes.

Si fuera cierta aquella sentencia de Víctor Hugo que dice: "C'est pour ses enemis qu'on arrive", yo estaría en la cumbre desde hace veinte años.

Quizás habría sido Presidente y estuviera hoy enjuiciado o... huyendo.

Dios sabe lo que hace...: ¡bendigamos su sabiduría infinita!

Y el que no se consuela...

J. M. P.

San Salvador, mayo de 1931.

PRIMER ACTO

PERSONAJES

Doña Bárbara	50	años
Doña Concha	45	íd.
Clara	23	íd.
Rosita	17	íd.
Raquel	21	íd.
Ester	19	íd.
Asunción (Pelona)	12	íd.
Don Inocente López	60	íd.
Don Lorenzo González	58	íd.
José Antonio	35	íd.
Chencho	30	íd.
Alcalde Ortiz	40	íd.
El Mayor Pérez	50	íd.
Peje-espada	30	íd.
Maravilla	35	íd.
Roberto	21	íd.
Rodolfo	22	íd.
Doctor Aranda	45	íd.
Pataleta	15	íd.
Sonatina	25	íd.
Granada	35	íd.
Bravo (a) coronel	45	íd.
Comisionista	30	íd.
Pí Coll	35	íd.
Pí Pons	35	íd.
Chiquillo	55	íd.
Criados 1º y 2º	30	íd.

Propagandistas y manifestantes.

ACTO 1º

(Sala espaciosa en una antigua casa de hacienda. Paredes de un metro de grueso, pintadas de color claro. Cielo de caoba, con encajonado. En el foro, a la derecha, puerta grande que da al corredor. De éste se ven la baranda de madera, y un gran farol que cuelga de un cuartón. En el fondo, praderas con algunos árboles diseminados, y en el horizonte, lejanos cerros y montañas azules.

Siempre en el foro, a la izquierda y a unos tres metros de la puerta, gran ventana con reja, de las mismas dimensiones, con un poyo o asiento de unos sesenta centímetros de altura. Del dintel cuelga una jaula de cañas. En el poyo hay algunas macetas y tiestos con flores.

Entre la puerta y la ventana, mesa escritorio con recado de escribir, libros de cuentas, un diccionario, papeles y periódicos. Una silla giratoria entre la mesa y la pared.

Dos puertas laterales dan acceso: por la derecha, al comedor, dependencias, cocinas, etc., y por la izquierda a los dormitorios.

A la izquierda, entre la puerta y la escena, hay sobre una mesa un camarín con la imagen de Santa Bárbara. Una lamparilla de aceite encendida, varios floreros y dos candeleros. A la derecha, frente al camarín, una mesa pupitre, y encima un pequeño estante con libros. En medio de la sala mesita de labor rodeada de dos mecedoras y dos poltronas. Arrimadas a las paredes, seis u ocho sillas. Los muebles son sencillos, sólidos y de color oscuro. Sobre el dintel de la puerta grande, una palma bendita, con labores.

En la pared, detrás del escritorio, a tres metros de altura, el retrato del Padre de la Patria Dr. Delgado. Debajo, un almanaque.

Repartidos en las paredes, y alternando con un Corazón de Jesús y un mapa de El Salvador hecho en la Escuela, los retratos de Morazán, Barrios y Menéndez, los dos primeros de uniforme y el último de paisano. Sobre las esquineras, del color de los muebles, una lámpara de petróleo, y un santo de bulto).

ESCENA 1ª

(Al levantarse el telón, D. Inocente, sosteniendo los anteojos con la derecha —sólo los usa para leer— lee un periódico doblado. Recostado, detrás del escritorio, busca la luz de la ventana.

Doña Bárbara y Clara zurcen junto a la mesa.

Don Inocente lleva pantalón blanco con tirantes oscuros; camisa color de garbanzo, de cuello vuelto, sin corbata, y zapatos fuertes, amarillos. Melena entrecana, desarreglada, y grueso bigote, íd., íd.

Doña Bárbara lleva trenzas a la antigua. Viste falda oscura y un gran matiné blanco. Usa zapatillas negras sin tacones. En el pecho un gran medallón con el retrato del hijo que mataron los guardias.

Clara usa bata de percalina color de rosa; falda no muy corta y zapatos con tacón bajo. Lleva un delantal blanco. El pelo negro, recogido en abultado moño, donde luce una flor encarnada.

Un silencio.

Don Inocente vuelve las hojas del periódico).

BARBARA

¿Qué diantres pasará donde la Concha que no contestan?

¡Condenado trasto! Para fastidiarlo a uno sirve no más, y cuando se pide una comunicación, o que la línea está mala más allá de Apopa, o que no contesta el ocho, o que le dan a usté otro: total, una vaina.

CLARA

Probablemente no hay nadie en la casa: ya sabe que doña Concha no para en ella...

INOCENTE

Por fin aceptó su candidatura el doctor Mendiola, después de tanto remilgo y de muchos "no quiero", "no puedo", porque si ya hice declaraciones terminantes, o que si hay por ahí muchos hombres ilustres más capacitados...

BARBARA

¡Pamplinas! No quiero, no no quiero; échemelo en el sombrero...

Lo mismo que quien yo me sé... Y al tiempo...

INOCENTE

Al tiempo, mujer. A mí nadie me saca de mis casillas. A tus pasteles, pastelero.

(Suena el teléfono en el cuarto de la izquierda).

CLARA

¿Voy, madrina? Se me figura que son los muchachos que avisan su llegada desde el pueblo.

BARBARA

Andá, y deciles que no vengan corriendo; que el camino está imposible, y que tengan mucho cuidado en la quebradona.

(Clara se levanta y va al teléfono).

BARBARA

¡Qué locura! Pudiendo venir en el tren, y luego a caballo, prefieren venir dando tumbos y tragando polvo...

INOCENTE

El camino se ha arreglado bien, mujer. Maravilla dice que...

BARBARA

Ha quedado como una maravilla: me sé la canción. No sé por qué tenés a ese haragán, mentiroso, hipócrita...

CLARA

(Desde la puerta). Es Doña Concha, tía.

BARBARA

(Levantándose). Al fin... ¡Voy...!

(Don Inocente dobla el periódico, y riéndose lo deja sobre la mesa...)

INOCENTE

¡Qué hombres, Señor! Hoy no, mañana sí... Como el buey...

(Clara desde la puerta, lo celebra sonriendo).

(Don Inocente se levanta, se despereza y se acerca a la ventana. Examina la jaula, le silba al cenzontle, y dice):

INOCENTE

¿Y tú qué opinas; piñalero? ¿Sí o no? ¿No sabes decir la suerte? ¿Por qué callas?

(Se oye la voz de Doña Bárbara que habla a gritos).

BARBARA

¡Aló! ¿Sos vos, Concha? ¡Qué cuesta pescarte, mujer...! ¿Cómo? ¿Nos traes pescado...? Magnífico... Sí, hoy vienen mis hijos... Llegará a tiempo... ¿Un robalo de una arroba? ¡Qué hermosura! Venite, pues... Te esperaremos... Si esos muchachos lo han trastornado todo; comemos a las mil y cuarenta... Nos hacen aguantar hambre...

Pues te hablaba para preguntarte por tu tía Carmen... ¿Mejorcita? ¡Cuánto me alegro! Figurate que anoche soñé que se me habían caído todos los dientes, y ya sabés: muerte segura en la familia... Por Emilio pregunté, y ya está bien: no es él, de seguro. ¿Quién será, Santa Bárbara bendita? ¿Que no crea? Y cómo no he de creer si soñé lo mismo la víspera del asesinato de mi hijo...

¿Cómo? ¿Que me felicitas? No, hija; no acepta... Pues sabés más que nosotros... No: machete, estate en tu vaina... En fin, ya nos contarás... Te esperamos, pues... Hasta lueguito. Adiós...

(Luego, hablando sola, en voz alta).

BARBARA

Trasto inútil... Tiene una que desgañitarse. Yo creo que nos mandaron el primero que salió de la fábrica. Ni lo cambian ni lo componen... Para cobrar, sí; para eso están listos...

(Mientras duran la conversación y el monólogo, Don Inocente, por medio de señas a Clara, se ha estado burlando de su mujer.

Entra Patafeta por el foro con dos gruesos paquetes de papeles, los que pone sobre la mesa.

En ese momento vuelve Doña Bárbara, y persignándose, exclama):

BARBARA

¡Jesús! Más papelotes... ¡Y cuánta carta! ¡Dios nos ampare! ¿Y cómo vas a hacer para contestar todo eso?

(Don Inocente se ha acercado a la mesa, y examina los sobrescritos).

INOCENTE

He pensado buscar un secretario.

CLARA

Tío, si usted gusta, yo puedo ayudarle. Sé escribir en máquina, y no lo hago tan mal. En fin, algo habré olvidado...

INOCENTE

¿Y la máquina?

CLARA

Ya es hora de que se compre una: también las alquilan.

INOCENTE

No está mal pensado. Veremos...

(Pataleta escucha interesado, teciea en el aire con las dos manos, y dirigiéndose a Don Inocente, dice):

PATALETA

Ramón no pudo trer la caja de vino porque pesaba mucho, y como **bía aído** en la Cucaracha, que es mera pícara y más sombrista que un venado, se la dio al carretero de la niña Concha, que llegará dentro de media hora. Y dice que por ahí vienen el Comandante, el Alcalde y Peje-espada; que los dejó tomándose unos cocos onde don Tacho.

INOCENTE

Ya lo oyes, Bárbara: tres cubiertos más.

BARBARA

¡Vaya con los gorrones! Lo que faltaba... Porque esos no se van aunque los echen. Y más si huelen el pescado... (Dirigiéndose a Pataleta). Y vos, Luis, a ver si le ayudás a la María; y dejá de andar en retozos con la Pelona. Si vuelvo a ver algo, ya te lo he dicho: a Corral de Mulas, donde naciste, a comer sólo frijoles.

PATALETA

Usted no sería capaz de esa barbaridá, niña Barbarita. Hágalo por la memoria del niño Chente, que tanto me quería...

BARBARA

¡Ale, zalamero! Al oficio y mucho ojo. (Dirigiéndose a Clara).

Ve, hija; date una vuelta por el comedor y la cocina, y sacás el servicio nuevo. ¿Cuántos somos? A ver... siete, y si viene la Indalecia con los niños, diez cabales.

Mejor añadan una mesa, y sacás otro mantel.

CLARA

Está bien, madrina. ¿Me da las llaves?

BARBARA

Cogelas: allí están en el costurero.

(¿Se puede? —exclaman a una desde la puerta del foro, el Comandante, el Alcalde y Peje-espada).

ESCENA 2ª

INOCENTE

Adelante, señores... ¡Qué sorpresa más agradable!

COMANDANTE

¡Con su venia! (Hace un saludo marcial, y entra el primero).

ALCALDE

¡Buenos días tengan ustedes! ¿Y cómo han estado?

PEJE-ESPADA

Salud al ilustre hacendado, y a su bella y simpática consorte.

BARBARA

Vea, señor peje... manta, no empecemos. Le tengo dicho que no me gustan esas guasas.

(El Comandante, alto, cenceño, de bigote recortado, usa sombrero de junco, pequeño y de ala estrecha; guerrera de kaki sin galones y pantalón de la misma tela; medias cañas y zapatos color de cuero. Lleva un latiguillo en la mano, y se le nota el bulto del revólver sobre el anca derecha.

El Alcalde lleva sombrero de junco de alas anchas; camisa de color, corbata de lazo, chaqueta y pantalón de rayas, algo oscuras; polainas y zapatos de cuero negro, y cinturón con revólver. Usa bigote y barba rala, teñidos.

El Secretario lleva sombrero de fieltro, pequeño; viste de color claro, no usa corbata ni polainas, pero sí revólver. Todos calzan espuelas. Le llaman Peje-espada por la gran nariz, larga y picuda.

Estrechan la mano de Don Inocente más o menos torpemente, y después hacen lo mismo con la señora).

PEJE

Yo no me aparto nunca del Evangelio, ilustre matrona, y por la verdad moriría gustoso.

BARBARA

Con tal de que eso fuera pronto... Pero siéntense, señores.

TODOS

Gracias... Con su permiso. (Peje-espada se sienta en el borde de una silla, y echado hacia adelante y balanceando el sombrero entre las piernas, continúa):

PEJE

Doña Barbarita; ¿por qué me tiene usté tan mala voluntá?

BARBARA

Porque es usted muy trapalón, un borrachín, enredador, solterón empedernido y mujeriego, que con su ejemplo y sus prédicas li-ber-tarias ha corrompido ese bendito pueblo, que antes era una balsa de aceite y hoy es un nidal de víboras.

COMANDANTE

Yo se lo vivo diciendo: modérate, Peje; cásate, Travieso.

BARBARA

Y él, claro, se hace más peje.

ALCALDE

Exageran mucho, señora. Mi secretario no es tan malo como se dice. Es un hombre... algo moderno: nada más.

PEJE

¡Eso! Allí está el busilis. ¿Qué culpa tengo yo de haber nacido con horror al yugo, y un amor a la libertad que no me cabe en el pecho?

BARBARA

(Mirándolo y con un gesto de lástima). Porque lo tiene usted muy estrecho...

PEJE

(Después de una risa de conejo): ¿Es también culpa mía que ninguna hembra haya tenido gancho o anzuelo para pescarme?

BARBARA

Para usted hace falta un arpón.

(Los demás ríen y celebran el tiroteo).

PEJE

En mi corazón virgen sólo hay un altar: el de la razón, y un culto: ¡el de la soberanía popular!

BARBARA

No tergi..., no enredemos las cosas, amigo Travieso: hablemos claro. Usted predica la libertad... de cultos, pero si se trata de mujeres, bonitas o feas, solteras o casadas, limpias o **pushcas,** y en cuanto a esa famosa soberanía, creo que la confunde usted con su real gana.

Y por ahí se dice que predica usted que la propiedad es un robo; que somos unos ladrones los que a fuerza de trabajo hemos juntado unos reales para comprar cuatro terrones, y que anda usted ofreciendo a esos desgraciados el reparto de nuestras tierras. (Mirándolo fijamente). ¿Es cierto, o no?

(Peje-espada busca dónde escupir; se incorpora, coge el sombrero con la izquierda, y alzando la mano derecha, replica):

PEJE

Lo único que admito de lo que ha dicho Doña Barbarita es lo de desgraciados. ¡El Evangelio! Y con el mayor respeto añadiré que en todo lo demás la han engañado. ¡Se me calumnia!

Yo reconozco la legitimidad del trabajo acumulado, pero no admito que quien trabaja de sol a sol, o bajo el agua y con los pies en el lodo, no gane el pan con el sudor de su frente, sino una mísera tortilla y un puño de frijoles con gorgojos; y menos que no tenga con qué cubrir sus huesos o abrigarse del frío, y que no sepa lo que es una mala cama, ni un médico, ni una diversión. ¡Eso! (Escupe fuerte).

BARBARA

En cambio usted sí sabe, no de una mala cama sino de muchas, buenas... aunque con chinches, y bien se abriga por fuera y **por dentro,** y se divierte de lo lindo... Lo que usted no sabe sino de oídas es qué cosa es trabajar; romper la tierra endurecida bajo un sol implacable y regar la simiente en los surcos húmedos. Usted sabe **cosechar** en la Alcaldía, arrepantigado en su silla, cobrando los diezmos de Olancho a esos infelices por echar una firma, o dos reales por escribir dos renglones en una carta de venta, dos reales que esos des-gra-cia-dos han ganado en una mañana entera, y que usted trasiega a su bolsa en un minuto. Yo también sé el Evangelio: ¿qué creía usted?

Sí; los propietarios somos **detentadores,** ladrones si usted quiere, pero los cagatintas de alcaldías y juzgados son la peor polilla; unos desalmados salteadores, ni siquiera valientes porque a nada se exponen...

PEJE

(Corrido). ¿Qué mal bicho la ha picado hoy, Doña Barbarita?

Nunca fue usté tan dura con este infeliz y modestísimo funcionario que tanto la admira y los aprecia. (Se pone de pie). Y en espera de que mejore el tiempo, señores, con el permiso de ustedes me voy a retirar para buscar al mayordomo, para quien tengo un recadito.

BARBARA

Vaya usted a buscar a su compinche, y tramen bien sus planes, pedazo de . . . Trotsky.

PEJE

(Afligido). Don Inocente, vea lo que dice su señora...

INOCENTE

Son bromas, amigo Travieso. Maravilla anda por el campo con José Antonio. Están vacunando el ganado, pero no tardarán mucho.

PEJE

Bueno, pues con su permiso voy a esperar en su cuarto, y a darle un vistazo a ese toro gigante que trajeron el otro día. Hasta luego... (Hace una reverencia y se va muy digno por el foro).

INOCENTE

Hasta luego... Ya sabe que está en su casa... (A Doña Bárbara).

Has estado muy dura con él, mujer.

BARBARA

No todo lo que debiera: la cuenta era larga... Ya saben ustedes que a mí no me la pega ese peje, y que no tengo pelos en la lengua.

Y usted, Don Lupe, alcalde de tía coneja, no se deje llevar de las narices por ese Juan Lanas, porque lo va a comprometer... Que lo mande a Ud. su mujer está dentro de la ley, porque es hembra fuerte, discreta y trabajadora; pero ese sirifique... ¡Vamos!

ALCALDE

Doña Bárbara, perdone que no estemos de acuerdo: creo que mando en mi casa, y estoy seguro de mandar en la Alcaldía.

BARBARA

Pues... a Segura lo llevan preso; y ponga su barba en remojo, o quítesela...

(Deja la costura, se levanta, y exclama):

¡Ea! Ustedes están que arden por politiquear, y allí los dejo: dense gusto. Yo voy a ver qué hacen esas muchachas. (Sale por la derecha).

COMANDANTE

Caramba, caramba... (Se da aire con el sombrero).

(Suena el teléfono).

INOCENTE

"Permítanme un momento, señores". (Se levanta y entra al cuarto del teléfono).

COMANDANTE

(Al Alcalde, bajando la voz):

¡Vaya una presidenta...!

ALCALDE

(En la misma forma). ¡Están verdes amigo...!

COMANDANTE

Ortiz, ha llegado la hora de hablar claro. ¿Es usted, sí o no, partidario de nuestro amigo López?

ALCALDE

Vea, Mayor, conozco a Chente desde que era muchacho: su padre fue mi padrino...

INOCENTE

(Dentro). No contestan... ¡Vaya un servicio!

(Suena de nuevo el timbre, largamente).

ALCALDE

Crea usted que con toda el alma deseo que Chente llegue a la presidencia, porque nos hace falta un hombre honrado, limpio, **apolítico,** y que le dé impulso a la agricultura, única riqueza que nos va quedando; pero...

COMANDANTE

¿Pero qué? ¿Será cierto que está usted comprometido con el doctor Villagómez?

ALCALDE

Comprometido, precisamente, no; pero se dice que él es el candidato oficial —y yo lo creo— y ya conoce usted mi situación. Me reventó el algodón, debo veinte mil colones y no estoy para meterme en aventuras: yo quiero ir sobre seguro. Además, su partido me hizo alcalde.

COMANDANTE

¿De modo que no cree usted en las terminantes declaraciones del Sr. Presidente, respaldadas por el Ejército? ¿Cree usted mentirosa la promesa de la libertad electoral, hecha tantas veces y probada ya en las elecciones de alcaldes?

ALCALDE

Pero Mayor, usted está en cartilla... ¿En qué consistió esa libertad? En que hubimos

muchos candidatos en cada pueblo, porque la ambición es mucha; pero ¿quiénes ganaron? Los amigos del Presidente, los que él quiso. Y usted le ayudó... No ponga esa cara: **sí, ayudó.**

COMANDANTE

Amigo Ortiz, me ofende usted. Soy un humilde subalterno, y pobre; pero no me habría prestado: antes hubiera renunciado.

ALCALDE

Ya lo sé; pero no hubo necesidad. Bastó con que mandaran al Tenientillo aquel, mientras fue Ud. a curarse a la Capital, y entre él, el Teniente de la Guardia y el secretario, lo arreglaron todo en un tris. Y la prueba es que aquí me tiene usted de alcalde.

COMANDANTE

Conste que yo le ayudé discretamente, a riesgo de chocar con don Tacho, que tenía más partido que usted.

ALCALDE

¡Naturalmente! Y ya lo ve usted; gané yo en **elecciones libres.**

¡Viva la libertad!

Pues lo mismo pasará con la presidencia. Llegará el que el **hombre** quiera... ¡Y qué

bien tiende sus pitas! Véalo usted: ya hay cinco candidatos...

COMANDANTE

Francamente, me confundo; me confunde usted.

ALCALDE

Ahora, si **se me demuestra** que don Inocente López logra obtener el apoyo del que manda, crea usted que con el mayor entusiasmo trabajaré por él. ¡Chist...! Allí viene...

INOCENTE

Dispensen, señores. Luego "que no hablé por teléfono", pues nadie respondió, fui a ponerme decente, como dicen mis hijos: es decir, la corbata, una chaqueta y a pasarme el peine.

Antes uno mandaba en sus hijos: hoy ellos nos mandan...

ESCENA 3ª

(Don Lorenzo, con su hijo Crescencio, aparecen en el corredor, y el primero, que ha escuchado las últimas palabras, se detiene en el umbral, y dice, afectando seriedad):

LORENZO

¡Distingo! Eso será en las casas donde el jefe le ha cedido los pantalones a su mujer. En la mía mando yo, y mis hijos obedecen.

(Doña Bárbara, que ha venido a saludarlos al saber que llegaban, se detiene junto a la puerta de la derecha, y dice con sorna):

BARBARA

La prueba la trae usted detrás. Allí está ese zanguango, el niño sumiso de treinta cumplidos, que da los buenos días haciendo el bendito; se acuesta a las ocho para salir por la ventana a las nueve a correrla de lo lindo, y a dormir hoy con la **peche**[1] Tal y mañana con la **chele**[2] Cual; pero eso sí, a las cuatro de la mañana está el niño en su camita esperando a que lo llame el enérgico papá de los calzones de... cuero de diablo, para hacerle el bendito... (Lo hace cómicamente).

(Todos ríen de buena gana, y Don Lencho con verdadero gozo).

LORENZO

(Volviéndose hacia Chencho):

Entrá, hijo, y dale los buenos días a tu madrina, para que vea cómo correspondes a las flores que... acaba de echarte...

(Entra Chencho, se quita el sombrero tejano, y poniendo una rodilla en tierra a los pies de Doña Bárbara, hace el bendito y dice socarronamente, con voz humilde):

(1) Peche—Flaco.

(2) Chele—Blanco, rubio, gringo.

CHENCHO

Buenos días le dé Dios, madrina...

BARBARA

Quitá de allí, Satanás. ¿No te da miedo que Dios te mande un rayo? ¿Así saludás también a tus pelanduscas?

CHENCHO

(Incorporándose). ¡Madrina, por Dios! Puede oírla Clara... (Hace ademán de besarle la mano).

BARBARA

Yo soy más clara que ella... ¿Y crees que lo ignora?

(Doña Bárbara la retira, y con la otra lo coge de una oreja y le dice afectuosa):

BARBARA

Perdona, hijo; pero me quema la sangre el pensar que un muchacho noble, que se portó como un hombre cuando asesinaron a mi Chente, sea un zascandil por culpa del bragazas de tu padre.

LORENZO

Comadrita, no hay que mentar la soga en casa del ahorcado...

BARBARA

(Sentándose). Cállese, calzonazos, que si viviera mi pobre comadre, no se daría usted esos humos de rey de bastos. Porque usted es un basto, sí señor. El **as**, como se dice hoy; y por eso pone usted a esas niñas, ¡pobrecitas de mi alma!, a la piedra y a limpiar café, como si no estuviera usted nadando en plata.

LORENZO

Comadrita, ya conoce usted mis ideas en lo que toca al trabajo. Mi padre me crió así, y mil veces le oí aquello de que "para saberlo mandar, es preciso saberlo hacer".

A los doce años yo sabía ordeñar, lazar y... hasta capar; hacía un surco más derecho que la conciencia de usté; domaba en cuatro días el potro más cerril, y en tres horas me ponía en San Salvador: lo que tarda hoy uno de esos chacaleles que llaman "un Ford de 20 caballos".

¡Vaya unos caballos...!

A los doce años, en el mes de mayo, llevaba las yeguas a...

BARBARA

Adonde su abuelo, ya lo sé; al río... Guaza.

LORENZO

No señora: las llevaba a...

BARBARA

¿Se quiere usted callar, so... naturalista? ¡Ea! (levantándose) me voy a arreglar un poco para que no me regañen los hijos... ¡Figúrense que se han empeñado en que me quite el pelo...!

LORENZO

No haga usted eso, comadrita. Además de que conserva usted admirablemente, y le luce, esa hermosa cabellera... negra como el hollín (aparte) —¡chúpate esa!— va parecer usted la cabeza parlante...

BARBARA

Y usted, si no se quita esos bigotazos que a una legua apestan a nacascolo, seguirá siendo el rey moro de la historia...

LORENZO

Que se bautizará cuando quiera Santa Bárbara.

BARBARA

Vaya ¡abur! Ordeno y mando que el tirano de Amatitán y su digno retoño el tenorio de Cushushapa se queden a hacer penitencia saboreando un robalo de una arroba. Hasta luego... (Se va por la izquierda).

LORENZO

Nos sometemos incondicionalmente... (Reverencia que imitan todos).

ESCENA 4ª

(Don Lorenzo, al verla desaparecer, dirigiéndose al marido):

LORENZO

Hombre, Chente, tu mujer vale un tesoro. Se explica que estés tan rico... Porque cuando te casaste, tendrías tus cien mil pesos; pero hoy no te dejás ahorcar por un millón.

INOCENTE

Exageran mucho, compadre: con la mitad me conformaría...

ALCALDE

Pues hay quienes lo suponen más rico aún...

INOCENTE

Sí; ese imbécil de Peje-espada... Pero no hay tal.

LORENZO

No vengo a pedirte la firma, ni soy inspector de contribuciones: conque... confiesa el milloncete.

INOCENTE

Estirando un poco, y si ustedes se empeñan..., sea el millón, y no haya cuestión. (A Pataleta, que se ha cuadrado cerca de la puerta de la derecha). ¿Qué hay?

PATALETA

Señor, allí está ya la caja de vino que trajo el carretero: se esperan sus órdenes.

LORENZO

(Con malicia). Dalas ahora que no está mi comadre...

INOCENTE

Si estuviera aquí, las diera igual. Llama a la niña Clara.

(Movimiento de interés en Chencho).

PATALETA

¡Con su permiso! (Da una airosa media vuelta y se retira).

ESCENA 5ª

(Entran por el foro, viniendo de la izquierda, José Antonio, Maravilla y Peje-espada.

J. Antonio viste camisa de seda azul, pantalones kaki, botas altas de amarrar, y lleva al cinto un cuchillo de monte).

J. ANTONIO

Buenos días señores.

(Se quita el sombrero tejano; Maravilla y Travieso hacen lo mismo, se arriman a un rincón y cuchichean).

LORENZO

(A J. Antonio). No te quités el sombrero, muchacho: venís sudando.

(Se acerca a darle la mano y echándole un brazo, lo aprieta y dice):

Este es un hombre de verdad: el modelo que mi hijo debiera imitar...

(Chencho se acerca a su vez, abraza a J. Antonio y dice):

CHENCHO

¿De dónde vienes ahora? ¡Qué tiempo que no te daba un abrazo!

J. ANTONIO

(Un poco frío). Hemos estado vacunando el ganado...

CHENCHO

¿Con la pistola-jeringa? ¿Pero tú crees en eso?

J. ANTONIO

Ojalá lo hubiera creído antes... El año pasado no se nos murió ningún animal. Pruébenlo ustedes. Es sencillísimo y cuesta muy poco.

Ven conmigo esta tarde, y verás qué fácil es.

INOCENTE

¿Te faltan muchos animales que vacunar, hijo?

J. ANTONIO

La mitad de las vacas y todas las novillas. Terminaremos mañana.

MARAVILLA

(En tono humilde). Quizás no, patrón...

LORENZO

Yo también quiero verlo. ¿A qué hora van a seguir esta tarde?

J. ANTONIO

A las tres, si ustedes gustan. Concluiremos a las cinco. Es buena hora para ustedes.

LORENZO

¡Claro! Además, hay luna. No creo que

llueva hoy... (Mira por la ventana). Tampoco somos de azúcar...

CHENCHO A J. ANTONIO

Viejo, cada día estoy más enamorado de tu prima. ¿Le hablaste en mi favor? ¿Le explicaste aquello?

J. ANTONIO

(Titubeando). La verdad es... que no se conoce mucho que estés enamorado, y yo... en ese caso...

CHENCHO

Hablaste por ti... Calla, que allí viene. (J. Antonio hace un movimiento de contrariedad, y finge indiferencia. Entra Clara).

CHENCHO

(Para sí, arrobado). ¡Qué linda es...!

ESCENA 6ª

CLARA

Buenos días, señores. ¿Me llamaba usted, tío?

INOCENTE

Sí, hija.

LORENZO

Ven acá, rosa de estos pedreros. Deja que te abrace en nombre de mis hijas, que están muy resentidas contigo... Dos visitas te han hecho, y tú, si te he visto no me acuerdo. Dicen que el otro día pasaste de largo, sin mirar siquiera para mi casa...

CLARA

Es que íbamos a un bautismo, y nos cogió el tiempo...

LORENZO

Pero... ¿y a la vuelta? ¿Por qué no entraron?

CLARA

Se había hecho muy tarde, amenazaba una tormenta y... no quiso José Antonio.

LORENZO

¿Es eso verdad, José Antonio?

J. ANTONIO

Sí, señor; de lo contrario hubiéramos entrado a saludarlos y a pasar un rato agradable.

LORENZO

A ti te creo... No se hable más del asun-

to; pero mis hijas no pondrán los pies aquí mientras Clara no vaya a verlas. También nosotros tenemos nuestro puntillo de amor propio.

INOCENTE

Mañana irán Clara y Rosita a verlas... A mi hija no la van a conocer. ¡Ha cambiado, la indizuela! Cuando se fue, hace seis años, era un chirrión, y ahora está tamaña, hecha una mujer. En fin... que empieza a ser mi preocupación principal. (Suspira).

LORENZO

Ya nos lo han contado... Y el muchacho: ¿qué tal?

INOCENTE

(Titubeando). El muchacho... pesh... Creo que me equivoqué al mandarlo a California, por seguir la moda... Sospecho que me voy a arrepentir... Me ha costado un dineral... Doscientos dólares mensuales al principio; después... no quiero acordarme. Sólo para el regreso tuve que girar cuatro mil dólares...

(Movimiento de asombro general).

Trajo un automóvil y una hielera con música; aparatos de gimnasia, trastos de golf, chismes de tenis y de fútbol, y vestidos para todo eso. La mar de ropa —esmoquin, fra-

que y hasta trajes de payaso—, una cantidad de banderines de todos colores con letreros en inglés Con-nec-ti-cut, Bal-ti-mo-re y más de cien retratos, unos en grupo, de uniforme, y otros semidesnudos, siempre riéndose.

LORENZO

¡Claro! de nosotros...

INOCENTE

Muchas vistas del Colegio, que según dice él cuestan un platal. Yo creo que aquella gente sólo piensa en retratarse.

(Chencho se ha ido acercando a Clara con disimulo, y José Antonio no los pierde de vista).

LORENZO

Usted, compadre, puede aguantar eso y mucho más; pero otros, como el maestro Norberto y Chico **masacuata,** se han arrulnado por igualados. A los dos les han quitado todo, dejándolos casi en la calle, y para mayor castigo, los malsines de los hijos hoy se avergüenzan de sus tatas, y viven trampeando, metidos en la... **jai laif,** ¡je-je!; hablando en inglés, diciendo sólo «elóboy», jugando **rug-bi —escupe con fuerza—** boxeando y haciendo no sé qué de **Kíper** en las carreras de caballos.

Y acuérdese, compadre, que usted quería que yo mandara a mi Chencho; pero el cora-

zón me dijo «nones». Y después que si debía mandar a mis hijas... Allí están las pobres tan conformes, sabiendo, eso sí, lo que debe saber una mujer cristiana y señora de su casa.

No, compadre: esa educación no es para nosotros.

Prefiero a este barbarote de mi hijo, tal como es —por lo menos hombre y noblote— que a esos muñecos que hasta se avergüenzan de ser salvadoreños, y que prefieren hablar en una lengua triste y sin gracia, que en la suya, la más hermosa de todas, la única que entiende Dios, como dicen que decía Carlos Quinto.

INOCENTE

Compadre: la verdad es que hacemos cada burrada...

LORENZO

(Con intención). Pues... que sea la última, compadre; y ya usted me entiende. (Lo mira fijamente).

INOCENTE A CLARA

Ve, hija; que abran esa caja, y mandás doce copas y dos botellas destapadas; una de coñá y otra de güisqui.

ALCALDE

Por mí, si hubiera blanquita...

LORENZO

No hay, amigo Ortiz. A menos que la quiera «bendita», de la que tiene mi comadre para las parturientas... (Risas). Oye Clarita, fijate bien: **doce copas;** no vayas a traer doce dedales.

CLARA

(Sonriendo). No tenga cuidado, don Lencho... Con permiso. (Sale).

(José Antonio y Chencho la siguen embelesados con la vista).

LORENZO

Compadre, estamos entre amigos, y antes de encoñacarnos, quiero que hablemos de algo muy serio. Dígale a esos dos que se retiren.

(En voz alta y señalando a Peje-espada y Maravilla).

(Estos salen al corredor, y Peje-espada hace un movimiento de contrariedad. Se le ve luego escuchando con precaución cerca de la ventana).

ESCENA 7ª

INOCENTE

Hable usted, compadre.

LORENZO

Ya se da por hecho que usted, dando oí-

dos a unos cuantos amigos, y a otros que no lo son, ilusos algunos y vividores los más, va a lanzar su candidatura para presidente de la República.

Yo creo que usted no ha nacido para esos belenes, o mejor dicho, que nuestros tiempos ya pasaron. Antes, iban a sacar de su casa a un Vasconcelos o se acordaban de un Rafael Campo que vivía allá por Sonsonate... Aquello pasó. El último de los nuestros, hombre cabal y a la antigua, que llegó a la presidencia, fue ese hombre. (Señala el retrato del General Menéndez).

Y con él acabó todo, hasta la vergüenza de los salvadoreños, puesto que no supimos vengarlo lavando nuestra deshonra.

Desde entonces siento asco por la política.

(Doña Bárbara ha entrado sin ruido a mitad del párrafo, y toma asiento silenciosamente. Viste una bata-kimono, zapatos de tacón alto y se ha arreglado el moño. Lleva collar y pulseras de color. Se ve elegante).

(Entra la Pelona con una bandeja con copas y una botella. Viene toda desgreñada... Pataleta sigue detrás con un azafate con vasos y otra botella. Se le ven arañazos en la cara y trae medio desprendida una manga de la camisa).

INOCENTE

¿Quiere interrumpir un momento, compadre, mientras nos servimos? Estos señores deben de tener sed.

ALCALDE

Me parece una idea excelente...

LORENZO

Sirva, compadre: yo respeto siempre la opinión de la autoridad.

BARBARA

(Levantándose). Voy a servirles yo. (Ha notado el desarreglo de los domésticos, y acercándose con disimulo a la muchacha, le dice en voz baja):

¿Qué te ha pasado?

PELONA

Señora, yo no tuve la culpa: fue ese bruto de Luis...

(Cuando Doña Bárbara se dirige al Criado, éste escapa de prisa).

BARBARA

(A la criada). ¡Vaya a arreglar mi cuarto!

(La muchacha sale de mala gana por la izquierda, sonándose con el delantal y arreglándose las greñas).

BARBARA

(Sirviendo). Señores... ustedes dirán.

INOCENTE

Creo que todos somos de coñac, menos Chencho.

CHENCHO

A mí nada, señora: desde hoy imitaré a José Antonio.

J. ANTONIO

Pues sírvale whisky, mamá, que yo eso tomo.

BARBARA

Vaya, chiquitos, para los niños.

CHENCHO

Ya somos talluditos, madrina.

BARBARA

Y tú, de... (repetición).

(Doña Bárbara, con la bandeja servida, ofrece a unos y otros. Estos cogen las copas con reverencia, dan las gracias, y algunos van a la mesa a coger un vaso con agua).

LORENZO

¿Y usted comadre?

BARBARA

Los acompaño con mi buen deseo. ¡Salud, señores! Con su permiso... (Se va por la izquierda).

LORENZO

Regrese pronto, señora, que mi sermón le interesará un poco...

BARBARA

Vuelvo en seguida.

(Beben unos de un sorbo, otros paladean, y dejan los vasos sobre la mesa).

(Se oyen gritos sofocados hacia el cuarto del teléfono). Es la Pelona, que exclama: ¡Ay!, ¡ay! Si yo no tuve la culpa... ¡ay!, ¡ay...! ¡Perdóneme... madrina!

PEJE-ESPADA

(Desde el corredor a media voz). Justicia burguesa...

LORENZO

Les decía, señores...

(Regresa Doña Bárbara y se sienta dándose aire con un abanico. Al mismo tiempo pasa la criadita gimoteando por el corredor).

PEJE-ESPADA

(Indignado). ¡Y que esto pase en pleno siglo veinte!

LORENZO

¿Qué ha pasado después de Menéndez? Militares borrachos y ladrones han sido nuestros amos, ensuciando el solio... (El Comandante hace un signo de protesta).

LORENZO

¡O individuos, brutos como carreteros, que hundieron el país con sus torpezas! ¡Llegó luego Araujo, un patriota que iba por el buen camino, y se le asesina villanamente, porque en nuestro país ya no queremos gobernantes honrados y enérgicos, sino peleles!

Pescó luego el poder la familia funesta, y aquello fue el acabóse. Hemos pasado catorce años en la ignominia más grande, y por milagro tenemos pantalones todavía. Porque nos han robado y vendido de todas maneras.

¿Y quién ha protestado? ¿Qué hizo ese Ejército, defensor de la Constitución y guardián de la Ley, con permiso del señor Comandante aquí presente?

COMANDANTE

(En tono seco). «La fuerza armada es esencialmente obediente, y no puede deliberar».

LORENZO

(Con sarcasmo). O como dicen el Viernes Santo: Jesucristo fue obediente hasta la muerte, y tuvo muerte de cruz. (Al Comandante): Así acabarán ustedes.

No ¡refustanes! ¡Es que ya no hay hombres...!

Por último, llega al poder este señor, por el sistema del candidato único. (El 25 de diciembre nos quitó las ganas de ejercer nuestra decantada soberanía). ¿Qué dice a esto el señor Coronel?

COMANDANTE

No soy Coronel: Soy Mayor; el más antiguo de los mayores.

INOCENTE

(Distraído). Máximum maximorum...

COMANDANTE

Y con permiso de Don Inocente, me voy a retirar...

ALCALDE

(Con aire digno). Nos vamos a retirar...

INOCENTE

Señores, por favor... Estamos entre ami-

gos, y mi compadre expone sus ideas, tal vez exaltándose un poco...

LORENZO

Yo no me exalto, ¡recórcholis!, ¡y no admito que se vaya nadie sin haberme oído! (Se corre el cinchо llevando el revólver del costado izquierdo a la mitad de la barriga).

Vea, compadre: sirva otros tragos para tranquilizar a los señores.

(Don Inocente sirve los tragos. Los apuran de un sorbo).

PEJE-ESPADA

(Desde la ventana). Ese hombre habla como el Evangelio.

¡Lástima que sea burgués y tan tirano!

(Don Lorenzo chasquea la lengua, escupe y continúa):

LORENZO

Este señor, como iba diciendo, llegó por el camino torcido, pero cargado de experiencia, mamada en cuarenta años de...

BARBARA

Mamar...

LORENZO

Comadre, no sea... naturalista; se dice de **estar en candelero**...

Sabe que somos un pueblo de niños, por no decir otra cosa, y está jugando con nosotros. Nos ha dado la libertad —debiéramos haberla tomado, ¡refustanes!—, para que nos dividamos insultándonos, mientras él se divierte y trama sus planes. ¡Cuidado! Aún quedan hombres, y una gota basta para que rebalse nuestra paciencia...

Cierto es que halló vacías las arcas nacionales y comprometidas las rentas, y como nada podía dejarnos en mejoras materiales, nos ha halagado primero con la prensa libre y hoy con lo de la libertad electoral. ¡Lagarto! ¡Lagarto!, digo yo. Los salvadoreños no hemos cambiado; somos los tontos de siempre, y se nos engaña con las añagazas de siempre.

Y si no: ¿cuál es el objeto de animar a tanto candidato?

INOCENTE

Perdón, compadre: no creo que el Sr. Presidente **anime** a ninguno. Cada cual es libre de lanzar su candidatura, si se cree con prestigios, y encuentra amigos que le ayuden y masa que lo acuerpe.

LORENZO

Vea, compadre: usted, que fue seminarista

y sabe latín, dígame; ¿candidato viene de CANDIDO? Desde hace días quería hacerle esa pregunta...

INOCENTE

No, compadre; es usted muy malicioso y... muy matrero.

LORENZO

Y usted... candidato. (Carraspea). Echemos otro trago, compadre, que si no pierdo el hilo.

ESCENA 8ª

(Don Inocente está sirviéndoles cuando aparece en la puerta una visión. Doña Concha viuda de Tiéppolo, vestida de amazona, enorme sombrero de paja con flores, guantes de montar, larga falda de coleta graciosamente recogida, una rosa en el pecho y en la mano una fusta).

CONCHA

(Desde la puerta). ¿Llego a tiempo, señores? (Acompaña sus palabras de una graciosa sonrisa).

(Don Inocente corre galante, y dándole la mano, dice):

INOCENTE

La esperábamos con impaciencia; pero usted siempre llega a tiempo...

(Doña Bárbara la abraza; se besan. Don Lencho se

acerca a su vez, y le estrecha la mano inclinándose mucho. Los demás hacen más o menos lo mismo. Doña Concha tiene sonrisas para todos).

CONCHA

(A Doña Bárbara). Ya mandé el robalo a la cocina, y ordené que lo partan en dos, porque entero no cabría en la cazuela...

¡Señores, les ruego continuar!

(A Doña Bárbara). ¿Y tus muchachos, no han venido?

BARBARA

No, **mialma.** Ya debieran estar aquí, y yo estoy preocupada, afligidísima con el sueño de anoche. No tengo gusto...

CONCHA

Boberías, mujer: ya verás. Me sentaré un rato mientras me refresco para arreglarme un poco. Hace un sol horrible: vengo muerta.

LORENZO

Pero el sol se ocultó cuando venía usted de camino... (Burlón).

CONCHA

Don Lorenzo, no sea guasón. ¿Serán cataratas, o telarañas las que lo hacen ver opaco?

BARBARA

No, niña: son los tragos.

INOCENTE

Con usted no guasea mi compadre... Véalo cómo se ha puesto... Y es que donde hubo fuego...

CONCHA

Quedan las piedras chamuscadas... ¡Ay! Ya se apagaron del amor las fraguas... ¿No es verdad, Don Lorenzo?

LORENZO

Hum... No hay que fiarse, señora.

INOCENTE

Tiene razón mi compadre: no hay que fiar...

BARBARA

Eso quisieran ustedes... Los pobres viven de sus recuerdos y... leyendo los avisos de las boticas. (A Doña Concha). ¿Pero no querés tomar algo, mujer? ¿Una copita de Oporto?

CONCHA

Prefiero un fuertecito. ¿No hay coñac?

BARBARA

(Levantándose). Claro, mujer. Te voy a servir... ¿Con agua?

CONCHA

No, gracias...: después...

LORENZO

Y nosotros vamos a tener el honor de acompañarla.

TODOS

(En coro). Naturalmente... (Se sirven).

CONCHA

¡Señores! Por el futuro Presidente, Don Inocente López. ¡Salud!

TODOS

(En coro, menos Don Inocente y J. Antonio):

¡Por el futuro Presidente!!!

CONCHA

(Siempre con afectación): Traigo excelentes noticias. Sé... de **muy buena fuente,** que nuestro amigo cuenta, no sólo con las simpatías del señor Presidente, sino con su apoyo incondicional.

LORENZO

(A Doña Concha). ¡Por Dios señora: no acabe de trastornar a este hombre!

Cuando usted vino, yo trataba de desanimarlo...

CONCHA

Pues hacía usted muy mal. Lo que yo les digo es la pura verdad.

(Movimiento general de curiosidad. Se acercan y la rodean).

LORENZO

¿Quién se lo ha dicho a usted, si puede saberse?

CONCHA

Ustedes ya me conocen. Ayer recibí carta de un sobrino mío que está en la Secretaría Privada, y me decía que hoy, a las 8 a.m., recibiría el Presidente al Doctor Aranda, apoderado de Don Chente. A las nueve no me aguanté, y pedí el teléfono del Presidente. Contestaron que él estaba muy ocupado. "De parte de Concha de Tiéppolo, que es muy urgente", insistí. ¡Oh! Yo soy así... Ustedes saben que somos muy amigos...

El hizo la partición a la muerte de mi padre, y fue apoderado de mis dos maridos: de Guggenheim, con tres **gees**, y de Tiéppolo, con dos **pees**. Acudió en el acto; no admitió mis excusas, y me dijo muy fino, y textualmente, las siguientes palabras: (Pausa, para ver el efecto).

"Vea, niña Concha: acaba de salir de aquí el Dr. Aranda, y él comunicará mis propósitos a mi buen amigo el señor López. Indudablemente, él es el hombre que nos hace falta. Los demás candidatos, por más que sean apreciables, no satisfacen a la mayoría, ni a mí tampoco. Creo que si mi amigo don Chente se decide y lanza su candidatura, habrá un cambio de opinión formidable en su favor, y que él será la soñada solución que todos buscamos. Es hombre honrado, sin compromisos, amigo de todos, trabajador, generoso, querido de grandes y chicos, en una palabra, el deseado lazo de unión entre el capital y el trabajo". (Pausa).

¿Por qué se miran como bobos? ¿No me creen? No tardará el Doctor Aranda en confirmar mis palabras, pues cuando **le hablé por teléfono**, me dijo que en esos momentos salía para acá.

¡Animo, señores! ¡No hay que emocionarse tanto! ¡Sursum corda!

Bebamos por la patria, que al fin ha encontrado su salvador: ¡salud!

¡Por la patria! (Exclaman todos, sirviéndose una copa apresuradamente).

¡Salud, Doña Concha! ¡Por la hermosa mujer, heraldo de la mejor de las noticias!

CONCHA

Gracias, señores; muchas gracias... ¿Va-

mos, Bárbara? Quiero quitarme estos chismes... Hasta luego, señores. (Gracioso saludo).

(Sale, con Doña Bárbara muy emocionada, dándose aires de reina, y lentamente, como en las óperas, desaparecen por la puerta de la izquierda cogidas por la cintura).

LORENZO

(A Don Inocente, después de rascarse la cabeza).

Compadre, esto se complica... Suspendo mi juicio hasta oír al Doctor Aranda. En todo caso, ya lo sabe: yo voy con usté hasta topar; al triunfo o al fracaso: ¡hasta la cárcel! Pero que no se burlen de nosotros, porque... entonces... (Con movimiento rápido se coloca el revólver en su sitio...).

INOCENTE

Gracias, compadre. Sin embargo... esperemos. (Dirigiéndose a los otros). ¿No quieren salir un momento a tomar el fresco?

Les enseñaré al pasar mi toro nuevo, y las ocho vacas Holstein puras...

COMANDANTE Y ALCALDE

Estamos a sus órdenes...

INOCENTE

Pues vamos andando... (Los invita a salir con un ademán: cogen los sombreros, salen uno a uno después de una escaramuza de cortesías, y al salir al corredor se cubren. El Mayor sale el último).

ESCENA 9ª

(Cuando todos se han alejado, Peje-espada entra de puntillas por el foro: lo sigue Maravilla. Tienen los sombreros puestos.

Se van derecho a las botellas, se sirven en los vasos grandes y empinan. Peje-espada suspende a la mitad, tose, y luego exclama):

PEJE

¡Por el triunfo de nuestros ideales! ¡Por el reinado del proletariado universal...!

MARAVILLA

(Calmoso). Salud, señor Travieso.

PEJE-ESPADA

Amigo Maravilla, esta finca es para usté.

MARAVILLA

No sea **chucán,** señor Travieso: ni como broma puede pasar...

PEJE

¿Pero usté es lila? Si triunfamos nosotros, la hacienda será suya, y ya repartirá unos pedazos —los piores— entre los colonos... Y si triunfa su patrón, de seguro que se la regala. ¿Para qué va a querer él esta miseria,

soreria?

PATALETA

(Sorprendido, desde el umbral de la puerta de la derecha): ¿Qué es eso, Peje... Travieso?

PEJE

¿Y a vos qué te importa, esclavo?

PATALETA

Sí me importa, ¡apacha... clavo!

(Y dirigiéndose a Maravilla, agrega):

PATALETA

Señor Chon, dice la señora que usté va ayudar a servir la mesa...

MARAVILLA

(Mirando tristemente a Peje-espada):

Está bien...

PEJE

(Cerrando los puños y mirando al techo).

¡Maldita sea...!

(Aparta a Pataleta para entrar, y dice):

¿Qué pasa?

(Peje y Maravilla se quitan precipitadamente los sombreros).

PEJE

Nada, niña Clarita... Con su permiso...
(Salen discretamente).

PATALETA

¡Abusivos...! (Hace ademán de lanzar una coz hacia la puerta).

(Clara arregla los vasos en las bandejas, mientras Pataleta apura las heces de las copas, después de haber comprobado la vaciedad de las botellas, mirándolas al trasluz y poniéndolas boca abajo).

CLARA

Cuidado, Luis: no vayas a emborracharte...

PATALETA

Si no han dejado ni pizca... ¡Qué gente!

CLARA

Llévate todo eso, y que lo laven.... va a servir otra vez...

(Chencho ha llegado pasito, y se detiene sonriente

cerca de la puerta. Pataleta le hace un guiño señalando a Clara, y sale de prisa).

ESCENA 10ª

CHENCHO

(Dando unos pasos). Aquí me tienes, estrella de la mañana...
¡Clara! Mi dulce; mi adorada Clara...

CLARA

(Sentándose y desdeñosa). ¿Has aprendido los versos de Pepe Batres?

CHENCHO

Lo que he aprendido es a quererte atrozmente, a no pensar más que en ti.

CLARA

(Burlona). «Yo pienso en ti, tú vives en mi mente».

CHENCHO

(Serio). «Sola, fija, sin tregua, a toda hora...»

CLARA

(Incisiva). Si no supiera que tu lengua miente...

CHENCHO

(Avanzando hasta quedar muy cerca). No miento, Clara; bien lo sabes. Para mí no hay más que tú en el mundo... Perdóname, casémonos y seré bueno. ¡Te lo juro! (Intenta cogerle una mano).

CLARA

(Rechazándolo, y con verdadera indignación). ¿Y... la Obdulia?

(Chencho hace un mohín, sonríe, y luego dice soñador):

CHENCHO

¡La Obdulia...! Una prueba más de que te adoro.

CLARA

(Furiosa). Calla, bandido. ¿Acaso no sé que no sales de su tienda, y que, embobado, te pasas las horas muertas enamorándola?

CHENCHO

(Con calma). Voy a la tienda, es cierto; pero no la enamoro. Hablamos de ti...

CLARA

(Temblando). ¿De mí? ¡Canalla...! ¿Y qué hablas de mí con esa...?

Tres veces seguidas vine de balde: mi reina no quiso verme... Pero ¿no te has fijado cómo se parece a ti la Obdulia?

CLARA

(Airada). ¡Vete con ella, y no me la mientes!

CHENCHO

Viéndola, me hago la ilusión de que admiro a mi Clara, aunque un poco desteñida...

CLARA

¿Y en qué se parece a mí, esa **chele pixque,** ojos verdes...?

CHENCHO

En el físico, salvo que tú eres una real morena —una rosa encendida— y ella una rubia apagada, margarita blanca del campo...

Pero en el corte de cara, la boca, los dientes, la sonrisa y sobre todo en la voz... ¡Qué cosa más igual! Se me figura que esa muchacha es hija de tu padre.

CLARA

Pues... cásate con tu rubia, con **mi hermana.** Yo tengo algo mejor que tú.

Ya lo sé; pero eso no puede ser.

CLARA

¿Se puede saber por qué?

CHENCHO

Primero, porque es tu primo, y segundo, porque... me quieres a mí.

CLARA

¡Vaya con don Vanidoso! Todas están muertas por el irresistible señorito de Amatitán...

CHENCHO

Ni falta mujer. Me basta con una, y esa... esa me quiere desde que estaba así... (Pone la mano a la altura de un metro).

CLARA

Y si lo sabías, bandido, ¿por qué me has hecho sufrir tanto?

¡Ingrato! Hasta referir tus conquistas delante de mí... ¡Cruel!

CHENCHO

Tal vez... Sabía, o creía, que así me querías más, porque desde niña eras celosa...

CLARA

(Dulcemente). Ingrato...

CHENCHO

¿Desde cuándo me quieres? No puedes acordarte... ni yo tampoco. De chiquitina me llamabas a gritos para que fuera a bajarte de los árboles, donde golosa te hartabas de jocotes y de guayabas... ¡Y cómo te lanzabas sobre mí, sin miedo de golpearte...! Te recibía en mis brazos, y con los tuyos me apretabas, y te negabas a poner los pies en el suelo, para estar colgada de mi cuello...

CLARA

(Con dulzura). Tenía en ti tal confianza...

CHENCHO

(Más animado). ¿Y cuando íbamos al Lempa? «Yo voy en ancas con Chencho», decías tú. Y en las cuestas, fingías que resbalabas para apretarme, y después, hasta en el plan hallabas pretexto para agarrarte de mí... ¿Y quieres dejarme ahora?

CLARA

(Cogiéndole una mano). No, Chencho; eso nunca...

CHENCHO

Pero cuando volviste del colegio en las primeras vacaciones...

CLARA

¿Qué...?

CHENCHO

Viniste muy cambiada. Cuando fuimos a llevarte, yo te subía y te bajaba del caballo. El día que volviste —no se me ha olvidado nunca— no me diste tiempo: te tiraste del caballo. —¿Por qué no me esperaste?—, te dije yo. Y tú respondiste: es que no tengo corsé...

CLARA

Ya había aprendido algo: tenía malicia...

CHENCHO

Me quedé muy triste... Por la noche creo que lloré al pensar que habías perdido tu divina inocencia, y maldije del Colegio... Y luego, casi seis años viéndote de tarde en tarde, y temiéndolo todo...

CLARA

Tonto... Pero tú no perdías el tiempo...

CHENCHO

Sí; he sido un tarambana, poco respetuoso con las mujeres, excepto con una... Y si no, dime: ¿cuándo te he faltado tanto así? ¿Te he besado desde que fuiste mujer?

CLARA

(Serena y soñadora). Es verdad: ...¡nunca...!

CHENCHO

(Animado). ¿Es esto amor? ¿Lo sientes acaso? Di, mujercita mía; ¿me quieres como antes?

CLARA

No lo sé...

CHENCHO

Yo sí lo sé. ¿Y por qué no estamos casados? Porque se convino en que tu madrina se quedaba muy sola, y eres su brazo derecho; en que al volver Rosita del Colegio nos casaríamos, pero ella se fue por tres años, y se ha estado seis.

Ahora llega el momento de que seamos felices. Es nuestro derecho: ni un mes más. (Mira por la ventana). Allá viene José Antonio.

CLARA

¡Pobre! Bueno, seré tu esposa, pero con

la condición de que en un año entero no has de tomar un trago, ni volverás a poner los pies donde **mi retrato.**

CHENCHO

Tu caricatura, mujer. Un año es demasiado. Cinco meses bastan: palabra de honor. Nos casaremos después de las elecciones.

CLARA

¿Cuándo son?

CHENCHO

Del once al trece de enero.

CLARA

Nos va a coger en mitad de la molienda y del corte del café...

CHENCHO

¿Y qué mejor luna de miel? El dulce de las cañas y el jugo de las cerezas del café me darán sed, y yo la saciaré en esa boca...

(Se inclina con intenciones aviezas: ella lo detiene dulcemente).

CHENCHO

¿Convenido?

CLARA

Sí...

CHENCHO

Dame esa mano. (Se la besa con pasión en el momento que aparece José Antonio).

ESCENA 11ª

(Clara permanece sentada, y se enjuga las lágrimas con el pañuelo).

(Chencho, sonriente, da un paso hacia él, pero José Antonio lo detiene con un gesto).

J. ANTONIO

¿Qué ha pasado aquí? (A Clara). ¿Por qué lloras?

CLARA

Cosas... Nada... y mucho. Crescencio me quiere, es bueno, y yo le quiero desde niña... Tú lo sabías.

J. ANTONIO

(Seco). Está muy bien. (A Chencho). ¿Pero tú sabes a lo que te comprometes?

CHENCHO

Lo sé, José Antonio, y porque estoy seguro de cumplir es que he dado este paso. Y si no cumplo, me matas.

CLARA

José Antonio, Raquel te adora... en silencio, la pobre. Yo soy tu prima —tu hermana— y su confidente. Perdona, Chencho, que diga este secreto de tu hermana...

CHENCHO

¡Vaya un secreto! Menos éste, lo sabe todo el mundo...

JOSE ANTONIO

(Conmovido, atrayéndolos). ¡Que sean muy felices...! Y no olvidarlo: hermanos toda la vida.

CLARA Y CHENCHO

(Abrazándolo). Gracias, José Antonio.

ESCENA 12ª

(Suena repetidas veces el claxon de un automóvil).

(Se dirigen los tres al corredor. Salen por la puerta de la izquierda Doña Bárbara y Doña Concha, ésta con una bata elegantísima).

CLARA

(Gozosa). Son ellos, madrina: Rosita, Roberto y otro joven.

(Se oye algazara). ¡Good morning!, grita Roberto. —«Mamaíta», grita Rosita.

(Suben al corredor, y Rosita abraza y besa a Doña Bárbara. La deja y corre a besar a Clara...).

ROSITA

Pero mujer: ¿con moño todavía?

CHENCHO

Y por muchos años, Rosita. ¿No me recuerdas?

ROSITA

No... ¡Sí! ¡Chencho! ¡El hijo de don Lencho! (Le da un apretón de manos). ¿Y cómo están Raquel y Ester?

CHENCHO

Están muy bien, recordándote siempre. ¿No las vieron al pasar?

ROSITA

Hemos pasado volando, y dando cada brinco... ¡Tengo un porrazo aquí! (Se toca la cabeza).

(Roberto, entretanto, ha abrazado a José Antonio y conversa con Doña Concha).

BARBARA

(A Roberto). Hemos estado angustiados, sabiendo lo locos que son.

ROBERTO

Nada de eso, mamá. Te voy a presentar a Rodolfo Villagómez, compañero mío de colegio.

BARBARA

Tanto gusto, caballero; sea muy bien venido a esta su casa...

RODOLFO

Estoy encantado, señora: hemos hecho un viaje delicioso.

ROBERTO

Sólo que una carreta se quedó con un guardafango...

ROSITA

Y que en aquella quebrada oscura tuvimos que subir con bueyes...

BARBARA

¡Bendito sea Dios que no fue ninguno de ustedes! ¿Y la Indalecia?

ROSITA

La tía se quedó en el pueblo. Dijo que si en la carretera venía medio muerta, en este camino la íbamos a matar del todo... ¡Qué gracia!

BARBARA

Locos, imprudentes: les pudo pasar algo...

CONCHA

Ven acá, Rosita; dame un beso. ¿No me conoces?

ROSITA

Niña Concha, ¡por Dios! Si está usted siempre tan fresca y tan guapa. ¿Y Olga? ¿Tiene noticias de ella?

CONCHA

Sí, hija; y muy buenas. Está siempre en Dresden, en el colegio. Quiere doctorarse. Otto y Eitel están en Hamburgo, aprovechando mucho.

ROSITA

¡Cuánto me alegro! Cuando les escriba déles saludes mías.

(Vuela donde Chencho, y señalando a Clara, le dice):

ROSITA

¿Y cómo van esos amores?

CHENCHO

Se van a acabar pronto, Rosita.

ROSITA

¿Cómo? ¿Y por qué?

CHENCHO

Porque nos vamos a casar: sólo te esperábamos a ti...

ROSITA

El demonio, éste... ¿Pues no me ha asustado? ¡Oigan, señores!

Dice este bárbaro que ya van a terminar sus amores con Clara, porque... ¡se van a casar! ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia...! Miren cómo también hay hombres modernistas en estas juruneras...

(Clara se escabulle).

ROBERTO

Mira, Clarita, ruborízate; pero tráete unos whisquitos, que venimos muertos. ¡Mamá! ¿Dónde está papá?

BARBARA

Allá viene, hijo, con Don Lencho y otros amigos.

ROBERTO

Es que en el pueblo me dieron este telegrama para él. (Mostrándolo).

BARBARA

Dámelo. (Lo abre). (Lee con atención, y luego, alzándolo en el aire, exclama): ¡Señores, albricias! ¡Se ha muerto la tía Clemencia...! ¡Qué alegría...!

(Don Inocente, desde el corredor, extrañado). ¿Y por qué te alegras?

¿Acaso la pobre tía nos deja una fortuna?

BARBARA

No, hombre. ¡Es que ya resultó lo del sueño! ¡Uf...! Tenía un ñudo aquí. ¡Y la Concha que no cree...!

INOCENTE

Habrá que telegrafiar a la familia.

(Roberto y Rosita han corrido a abrazar a su padre).

(Rosita se quita la boina, la tira por el aire, y se sacude la melena. Luego, encarándose con su madre):

ROSITA

¡Mamita, quítate el pelo...!

ROBERTO

Papá, te voy a presentar a mi amigo Rodolfo Villagómez...

INOCENTE

Tanto gusto, amiguito. ¿Es usted pariente del Dr. Villagómez?

RODOLFO

Soy su hijo mayor, señor. Y estamos encantados de que sea usted uno de los contrincantes de papá, porque... quizás **libremos** de la manera más poética.

(Don Inocente se queda perplejo, y se encoge de hombros).

(Mientras, Rosita disimula, examinando atentamente el cuarto. Ve los retratos de la pared, y exclama):

ROSITA

¡Todo está igual! Esos señores siempre serios, y sin envejecer. (En seguida va a abrazar a Don Lencho).

(Se hacen otras presentaciones).

ESCENA 13ª

(Clara llega con una bandeja, y Pataleta con las consabidas botellas).

(Detrás entra la Pelona con una canasta encopetada de sandwiches).

ROBERTO

¿Qué tomas tú, Rodolfo?

RODOLFO

Yo, un **white horse.**

ROBERTO

(Examina la botella de Canadian, y pregunta en alta voz a Clara):

¿No hay white horse, prima?

CLARA

No sé qué es eso...

ROBERTO

Un whisky que tiene pintado un caballito blanco, mujer.

CLARA

Güisqui, sólo hay de ése.

RODOLFO

No hay whisky malo: todos son buenos o mejores.

LORENZO

Pues a mí, con perdón, todos me parecen peores. Me gusta más la blanca.

ALCALDE

Opino como don Lorenzo.

INOCENTE

Y yo, me arrebiato.

ROSITA

(Con un bocado en la boca). Ra-bi-a-to, papá.

INOCENTE

Yo digo arrebiato para que me entiendan todos, y tú también.

INOCENTE

(Mirando el reloj). Las doce, casi, y el Doctor Aranda sin llegar...

ROBERTO

¿No es un señor de anteojos, que usa «un pajita» y que parece que ya va a volar? Por

ahí viene con otros tres en un auto de alquiler. Los dejamos rellenando una llanta con zacate.

BARBARA

¡Con tres más! No vamos a caber en la mesa, y no sé si alcanzará la comida.

CONCHA

Con el robalo hay de sobra: la cuestión es que echen bastantes tortillas.

BARBARA

También hay queso, huevos, plátanos, frijoles y mucha fruta. Vamos Concha, y tú, Clara, a dar una vuelta por allá. Tengo una hambre...

(Las dos señoras cogen sendos sandwiches, y comiendo salen por la derecha).

ROSITA

(Mimosa). Papaíto: me han dicho que quieres ser o que te quieren hacer presidente, lo mismo que al papá de Rodolfo. ¿Es cierto?

INOCENTE

Son habladurías de la gente, hijita.

ROSITA

¡Qué lástima! Mucho me gustaría ser hija del presidente, para tener un lindo automóvil para mí sola, y para dar muchas fiestas...

INOCENTE

Sí; para eso está el tiempo.

(Suena el claxon de un auto. Movimiento general).

LORENZO

Allí está ya el doctor Aranda: pronto saldremos de dudas.

(Salen al corredor Don Inocente, Don Lorenzo, J. Antonio, el Alcalde y el Comandante. Los otros continúan devorando y bebiendo).

ESCENA 14ª

(Entran todos con el Doctor Aranda. Este señor, alto, delgado, usa anteojos de muelle y viste de chaqué. Se da aire con el sombrero de paja).

ARANDA

¡Uf...! ¿No sienten calor, señores?

INOCENTE

Tome usted alguna cosa... ¿Qué le sirvo?

ARANDA

Un coñaquito, si me hace el favor. (Saca el pañuelo, y tose).

(Servidos todos, el doctor, muy fino, dice): ¡Salud, señores!

LORENZO

Al grano; al grano. Lo esperábamos impacientes...

ARANDA

Francamente... no sé si debo... ante tanta gente...

INOCENTE

Sí, debe usted: estamos en familia y entre amigos.

ARANDA

Pues bien, como no podía menos, el Sr. Presidente se ha abierto conmigo y me ha hecho declaraciones terminantes, todas favorables a mi estimado amigo y poderdante. (Sonríe a Don Inocente y se frota las manos).

CONCHA

(Como una sibila, exclama junto a la puerta, con una mano levantada). Textualmente le dijo a usted, esto: (Casi declamado).

«Indudablemente, el Sr. López es el hombre que nos hace falta. Los demás candida-

tos, por más que sean apreciables, no satisfacen a la mayoría, ni a mí tampoco. Creo que si mi amigo don Chente se decide y lanza su candidatura, habrá un cambio de opinión formidable en su favor, y que él será la soñada solución que todos buscamos. Es hombre honrado, sin compromisos, amigo de todos, trabajador, generoso, querido de grandes y chicos: en una palabra, el deseado lazo de unión entre el capital y el trabajo».

(Pasea una mirada triunfal, y da dos pasos en dirección al Doctor, que se adelanta a besarle la mano ceremoniosamente...).

ARANDA

Estoy realmente sorprendido: ¡es maravilloso! Exacto, exacto. Ni una palabra más, ni una coma menos. Pero si esto ha ocurrido a las ocho de la mañana, ¿cómo es posible? ¿Por la radio acaso?

CONCHA

¡Ah...! Yo tengo un pajarito...

ARANDA

¿El amigo Restrepo?

CONCHA

Se dice el milagro, pero no el santo...

ARANDA

Estoy sorprendido, y no tengo nada que añadir.

LORENZO

Sí, **algo**: lo que le voy a preguntar yo. El Presidente... **¿estaba bien?**

ARANDA

¡Oh! Perfectamente...

INOCENTE

Sea prudente, compadre...

LORENZO

Porque soy **prudente**... lo pregunto. Oiga, quiero decir... que si el Presidente... En fin, se lo diré a usted al oído. (Le habla en secreto).

ARANDA

(Con énfasis). ¡Como usted y como yo!

LORENZO

¿Estaba... como usted? Porque yo, ahora, **no cuento**.

ARANDA

Puedo afirmarlo con la mano puesta sobre el corazón.

LORENZO

(A Don Inocente). Perdone, compadre —y usted, doctor— que sea yo tan escéptico. Creo al pie de la letra lo que usted afirma, pero opino que no es prudente decidir nada hasta que usted hable con el hombre.

Mañana cumplo los 59, y van todos ustedes a almorzar con nosotros...

ROBERTO

Nosotros no podemos. Tenemos que regresar hoy mismo porque hay un baile en el COUNTRY.

LORENZO

No lo decía por vos: me basta con tus padres, Clara y José Antonio. (Roberto hace una mueca, y va en busca de Rodolfo, que flirtea con Rosita).

INOCENTE

(En voz baja, a Don Lencho): ¿Y a Doña Concha no la invita, compadre? (Malicioso).

LORENZO

(Al oído). Es un poco lenguona y enredadora... Además... no sea el diablo que den-

tro de un año sea también la viuda de González, con dos zetas.

INOCENTE

¿Cómo...? ¿Con qué?

LORENZO

¡Zetas! No sea tan pícaro, compadre. (Hace ademán de puyarle la barriga).

LORENZO

Al día siguiente a San Salvador. Celebraremos allá la Santa Clara, que este año se me figura que va a ser sonada, y después... a los cuernos del toro bravo. A ver si es verdad. Yo iré con usted, compadre, para mayor garantía, y no se hable más.

ARANDA

Creo que don...

LORENZO

Lorenzo o Lencho: es igual.

ARANDA

Creo que don Lorenzo está en lo justo, y ahora, si me permiten ustedes, voy a presentarles a unos admiradores del Sr. López que han venido conmigo a saludarlo y a ofrecérsele incondicionalmente. (Los tres muchachos salen escapados).

(El Doctor Aranda se asoma al corredor, y dice): Señores, tengan la amabilidad de acercarse... (Una voz bronca, fuera): «**¡Despierten a Tamal-pixque!**»

ESCENA 15ª

(Entran, por su orden: Granada, obrero; Sonatina, poeta y redactor de «Veritas»; el Coronel Bravo, hombre corpulento, de paisano y un comisionista a **tout faire**, que lo empuja).

ARANDA

(Presentándolos). El señor Granada, obrero, ¿de oficio...?

GRANADA

(Con voz fuerte). ¡Varios! (Estrecha las manos de Don Inocente y Don Lorenzo, y tiene un cabezazo para los demás. Se pone a un lado y mira el retrato de Barrios).

ARANDA

¿El joven poeta y escritor...?

PERIODISTA

Armando Escudero de La Reina. (Saludos exquisitos).

INOCENTE

¡Ah! ¿Conque es usted de La Reina...? Allí tengo varios amigos...

PERIODISTA

No señor: soy tecleño, gran admirador de usted, y he venido a que me conceda una interviú para el diario VERITAS...

LORENZO

Eso será después del almuerzo.

ARANDA

¿El Coronel...?

BRAVO

General, si hubiera justicia: Rufino Bravo, de baja, ¡pa servirles!

ARANDA

¿Y el señor...?

COMISIONISTA

Juan José Andana, comisionista, para todo lo que gusten...

INOCENTE

Señores, muy agradecido: ¿me permitirán que les ofrezca una copita?

LOS CUATRO

(En coro). **Se acepta el honor...** (Granada y Bravo escupen).

GRANADA

(Después de echarse el trago él solo, y de limpiarse la boca con la manga): **Señor López, el gremio obrero tiene los ojos puestos en usté...**

BRAVO

Y el ejército de reserva —el verdadero— los militares que hemos conquistado nuestros galones entre las balas, y que hoy nos vemos postergados causa esos muñecos que les dicen de escuela, estamos con usté.

COMISIONISTA

Y entre los muchachos, el entusiasmo es inverosímil...

(Beben). **¡Salud! ¡Por el triunfo del verdadero pueblo...!**

INOCENTE

Gracias; muchas gracias, señores.

BARBARA

(Entrando). Señores, es tarde; hay que almorzar... Van a dispensar, pero nos han cogido desprevenidos. Somos veinte, y disimularán el mal servicio...

BRAVO

Señora, empieza una guerra: ¡como en la guerra, entonces!

BARBARA

(Sonriendo). Doctor Aranda, haga el favor...: le voy a enseñar el camino...

ARANDA

Señora, usted nos manda... (Pasa el primero detrás de ella). (Don Lorenzo y Don Inocente empujan a los demás, que se meten sin ceremonias).

LORENZO

(Deteniendo al candidato junto a la puerta). Compadre, estas bromas cuestan caro. ¿Cuánto tiene disponible?

INOCENTE

Unos sesenta mil pesos...

LORENZO

Añada diez mil míos, y ya buscaremos lo demás.

INOCENTE

(Sorprendido). ¿Cree usted que se gaste tanto...?

LORENZO

Ya me contará usted el cuento.
(Desaparecen juntos por la puerta).

ESCENA 16ª

(Peje-espada entra cauteloso, mira a todos lados, y se dirige a las botellas. Las huele; se sirve un buen trago, y paladea con delicia).

PEJE-ESPADA

Todo esto va a cambiar muy pronto. (Se mete un sandwich entero en la boca).

PELONA

(Entrando). ¿Es Ud. el señor Peje-espada?

PEJE

Peje. Peje... CUERNO, soy yo. ¡Yo me llamo TRA-VIE-SO! ¿Qué hay?

ASUNCION

(Asustada, dando dos pasos atrás). Dice mi madrina que vaya; que hay un puesto para usté.

PEJE

¡Dile a Doña BAR-BA-RA que que no me vendo a los BUR-GUE-SES! Fíjate bien: a los **burgueses**... ¡Largo de aquí! (Alza la mano, y la niña sale corriendo).

(Coge de nuevo un vaso, lo llena, apura la mitad, y se deja caer sobre una silla).

(Medita y mueve la cabeza a un lado y otro).

PEJE

¡Todo esto va a cambiar!

(Mirando torpemente los retratos). No queremos oscurantismo, sino luz...

No queremos espadas, sino herramientas...

PATALETA

¡Y guaro! (Grita desde la puerta, pasando a escape).

(Peje da un respingo, y apura el vaso).

(Se tambalea un poco en la silla).

(Con lengua estropajosa). El mundo tiene que dar una vuelta muy... muy grande...

(Extiende la derecha temblorosa, y dice):

—Ya... ya... comienza...

(Deja caer el brazo y dobla la cabeza).

CAE EL TELON LENTAMENTE

SEGUNDO ACTO

ACTO 2º

(CUADRO 1º)

(Sala grande, de casa antigua, dividida en dos por un tabique con puerta de comunicación. En la parte de la izquierda, que es sala de espera y más pequeña, hay una puerta en el foro que da al zaguán. Esta puerta tiene dos hojas de persiana hasta la mitad de su altura. En la pared de la izquierda hay una ventana grande, a un metro del suelo, con balcón. En una esquina, mesa con un jarro o porrón y varios vasos. Dos bancos, sillas ordinarias y escupideras. En la pared de la izquierda, una percha para los sombreros. En la pared de enfrente un retrato grande, de busto, de Don Inocente, con dos banderas nacionales enrolladas y cruzadas debajo.

En la sala-despacho de la derecha, pared corrida en el foro, sin otro adorno que un mapa de El Salvador, en el que se ven prendidas muchas banderitas. Tanto la puerta que da a la sala de espera, como la de enfrente, a la derecha, que da a las demás habitaciones, tienen cortinas de color oscuro. Entre esta última puerta y el foro, un escritorio de cortina. Entre éste y la puerta cuelga el teléfono. Sobre el escritorio,

colgado en la pared, un almanaque, y más arriba un reloj. Encima del escritorio una lámpara eléctrica de pie flexible con pantalla verde, y un busto cualquiera.

Junto al foro, debajo del mapa, un sofá y varias butacas forradas de cuero de color oscuro. Tres o cuatro sillas más, repartidas por la sala.

En medio, pequeña mesa con un florero y cajas de puros, cigarrillos y fósforos. A la derecha, entre la puerta y la escena una mesa para los sombreros y bastones).

ESCENA 1ª

(Al levantarse el telón, Rufino Bravo (a) coronel, ronca arrepantigado en una butaca, junto a la puerta que da al zaguán, con las manos cruzadas beatíficamente sobre la panza).

(Entran por dicha puerta Doña Bárbara y Clara, de velillo. (Vienen de misa). Visten de luto por la tía Clemencia, y llevan libro y rosario).

BARBARA

(Viendo a Bravo). ¡Jesús, qué hombre! ¡Y como éste ganan el dinero todos esos haraganes que se nos han metido en casa! ¡Pro-pa-gan-dis-tas...! Pro... ganguistas, digo yo. (Clara lo mira, y sonríe).

(Bravo cambia de postura, se espanta una mosca, y ronca más fuerte).

(Doña Bárbara hace un mohín de asco, y seguida de Clara entra al despacho).

BARBARA

(Para sí). No hay nadie... ¿Se habrá ido ya o estará todavía en su cuarto?

(Mirando el reloj de la pared). Son las siete y media... (Se dirige con paso rápido hacia la antesala, y se planta frente a Rufino Bravo).

BARBARA

¡Eh! ¡Señor Argos!

(Bravo da un bufido y cambia de postura).

BARBARA

(Sacudiéndolo). ¡A usted le hablo! ¿Ha comido usted pitos con **tamal pixque?**

BRAVO

(Abriendo los ojos, y de mal humor). Rufino Bravo me llamo, ¡cuerno!

(Al ver a Doña Bárbara se pone de pie no sin dificultad, y dice):

BRAVO

Perdone, señora... (Procura poner orden en su traje).

BARBARA

Diga: ¿salió ya mi marido?

BRAVO

(Titubeando). No sé... es decir...

(Don Inocente entra al despacho por la puerta de la derecha).

INOCENTE

Aquí estoy, mujer...

CLARA

(Volviéndose rápida). Buenos días, tío.

INOCENTE

Buenos días hija. Fue corta esa misa...

BARBARA

(Entrando por la izquierda). Yo creo que ese dominico se come la mitad... En fin, una cumple... ¿Ya tomaste café?

INOCENTE

(Examinando papeles). Sí, ya tomé. Tengo mucho qué hacer, y no han venido los secretarios.

CLARA

Allá estaban en la librería de Caminos, charlando alegremente.

BARBARA

Y esos niños, ¿no han venido?

INOCENTE

Por lo visto. ¿Sabes que ya me está escamando ese entusiasmo por el tenis? Francamente, la muchacha está muy delgada y no necesita de ejercicios fuertes.

BARBARA

Yo me oponía... A ti te arrancaron el permiso las gringuitas esas.

ESCENA 2ª

(Mientras, Bravo ha vuelto a coger el sueño).

(Dos cabezas asoman cautelosas por encima de la persiana de la puerta que da al zaguán).

PI PONS

¿Si puede?

PI COLL

No cuntestan.

PI PONS

(Con voz fuerte). ¡Buenes díes!

BARBARA

¡Adelante!

CLARA

(Yendo a ver a la puerta de comunicación, dice

luego). Son los catalanes de Cushushapa... ¿Qué les digo?

INOCENTE

(Con un gesto de impaciencia). ¡Qué vaina! Que pasen y despachémoslos pronto.

CLARA

(Amable, a los que llegan). Pasen, señores: por aquí. (Levanta la cortina).

(Los catalanes a una, empujan la persiana y dicen):

Cun permiso.

(Doña Bárbara se sienta en el sofá. Clara permanece de pie).

PI PONS

Doña Bárbara, gusto de verla. Don Inocente, gusto en verle. (Les da la mano). Señorita...
Voy a presentarles mi primo Jaime Pí Coll. Llegó ha no más cance díes de Puerto Barrios. Aún no habla español, ni conoce la capital. (Reverencias un tanto torpes de Pí Coll).

BARBARA

¿Pero el señor no es español?

PI PONS

Sí... y no. Como ser español, lu es por

ley; pero semes catalanes por nasciencia y la llingua.

BARBARA

La verdad, no comprendo bien... Pero siéntense, señores.

PI PONS

Gracies. Tinemos priesa. A las ocho comienzan negocios, y yo dit Jaime: apruvechemos dirt antes ver don Inocente, para conózcate y ofrecer servicios.

INOCENTE

(Sacando el reloj). Gracias, señores. Yo también tengo que hacer a las ocho. ¡Esta política!

PI PONS

Política no es nostro negocio. Vinimos ofrecert tot cuanto tenems y necesiten vostets. Sabemos van fundart muchos clubs y cumités, e nusotros ofrecems meses, sillas, carpetes, papel, tinta, plumas, lápices, porrons, vasos, copas, cántaros, lámparas, farols, candeles, fósforos, petróleo, gasoline, carburo, aceites máquina y pur comer muy fino; vins catalans exellentes, güisquis varies marcas, champañ Codorniú, sardines, escobas, jamón e salchichón de Vich; butifarras, y jabons, toalles, escupideras, buenos puros, cigarros, listón culores nacionales...

PI COLL

Alambre con púas, farina, cimento, cadenes, frenos, espueles, machetes, hachas, revólvers, escopetes...

PI PONS

No; corvos, navajes y armes sont confiscats...

PI COLL

Tenems stamps de tots les santes: Monserrat, Sant Jaime, San Cougat...

PI PONS

Cucufate, dicent els señors.

BARBARA

(A Pí Coll). ¿Usted es del pueblo de San Cucufate?

PI COLL

Non, siñora, Sems de Sitges; provancia de Yirona...

BARBARA

Dichosos ustedes que tienen una provincia de **chirona.** A nosotros nos hace mucha falta un departamento entero, porque causa

que no caben en la cárcel, andan miles de pícaros libres...

PI PONS

Verdat es.

BARBARA

(A Pí Coll). Dese prisa en aprender el español, para que no lo tomen por turco, y se burlen de usted las criadas y los chicos.

PI PONS

La llingua catalá est más antigua y hermosa quel castillano, solament queste tuvo más suerte.

BARBARA

¡Y sí que ha sido suerte...! Que es antigua, ya se conoce; pero que sea hermosa... ¡calle usted, hombre! Sólo a un catalán puede ocurrírsele semejante herejía...

PI PONS

Cuand ustet aprend catalá, dirá: Pons teníe razó...

BARBARA

Parece mentira que siendo españoles no hablen castellano, cuando aquí hasta el último indio de la costa lo habla bien.

PI PONS

Perdón. No muy bien. Els disent tunco, chancho. ¡Je, je!

PI COLL

¿Quest chancho?

PI PONS

Guarro.

BARBARA

Cuche, cerdo, marrano, puerco...

INOCENTE

No vaya a creer que lo estás insultando.

PI COLL

¡Ja, ja, ja...! ¡Quel gracie...!

PI PONS

Bueno, don Chente: ya sabe: ostet manda un orden, y ya pagará...

No tenems priesa... Nus vams, Jaime... Son las huit.

(Haciendo reverencias). Doña Bárbara, señurita, don Inocente, hasta más ver... Conservarse... Buenes díes... (Salen de espaldas).

BARBARA E INOCENTE

Adiós... Gracias... Que les vaya bien...

(Al pasar por la antesala, los catalanes le hacen una reverencia a Bravo, que continúa roncando).

ESCENA 3ª

(Claxon y ruido de un auto que se detiene junto al balcón).

INOCENTE

El compadre avisó anoche que vendría a las 8. (Mira el reloj).

(Entrada estrepitosa de Roberto y Rosita, en traje de tenis, y cada uno con su raqueta).

ROSITA

(Repartiendo besos). Buenos días, mamita chula... Papaíto lindo... Santa Clara de... González.

(Roberto besa a su madre, y abraza a Don Inocente y a Clara).

BARBARA

(A Rosita). Le estaba diciendo a tu padre que no permita ya esas salidas tan de mañana, a jugar el mentado tenis... Te estás quedando en los huesos...

ROBERTO

Mamá, Rosa estaba demasiado gorda, y la moda es todo lo contrario. Para conservar la línea, no hay como el sport.

ROSITA

Y todas lo hacen, mamá. ¿No te has fijado que entre mis amigas no hay ninguna gorda?

BARBARA

Ya me he fijado en que son una colección de lombrices... Y no se acerquen mucho al gallinero de Mister Threefeet, porque no va a quedar ninguna de ustedes. ¿Y en qué auto se vinieron?

ROBERTO

Con Rodolfo y las Williamshead. Papá: es una pena el andar siempre invitados. Mi «dodge» no está presentable, y tu posición exige el sacrificio de comprar un buen auto...

INOCENTE

El sacrificio más sencillo es no ir donde no se puede.

ROBERTO

Pero papá, todos los chicos y chicas bien van allí...

INOCENTE

Sí... como los tramposos de Norberto y de Masacuata...

ROSITA

(Con mimo). Papaíto... ¡sé generoso! A ustedes les hace falta un auto grande y hermoso. Donde Poma tienen un Isotta-Fraschini que es una ganga.

BARBARA

A ver si está al alcance de mis economías: ¿cuánto vale?

ROBERTO

Valen quince mil; pero ese lo dan en doce.

BARBARA

(Persignándose). ¡Jesús! ¡Doce mil pesos...!

ROBERTO

Dólares, mamá: es una verdadera ganga.

BARBARA

¡El gran poder de Dios...! Pero... ¿hay gente que dé treinta mil pesos por un trasto de esos? ¡Una fortuna...!

INOCENTE

Sí, mujer: todos esos ladrones de alto bordo que nos están chupando la sangre y nos dejarán en la miseria... ¡Como ninguno va a la cárcel...!

BARBARA

Estoy creyendo que tiene razón Peje-espada. ¡Qué locura! ¡Dios nos guarde!

ROSITA

¡Papita...! Compra siquiera un Packard de seis mil pesos...

INOCENTE

Pónganse más bajo, y allá veremos...

BARBARA

Eres capaz... (Levantándose). ¡Ea! Vamos a desayunar: yo vengo muerta.

ROSITA

Yo no tengo hambre, mamita...

BARBARA

(Empujándolos hacia la puerta de la derecha). Si no tomás siquiera una taza de leche, te meto dos botellas con una lavativa...

(Salen todos, menos Don Inocente).

ESCENA 4ª

(Don Inocente lee cartas, rompiendo los sobres, y pone unas en un montón a la derecha, y otras a la izquierda, sobre el escritorio).

(Entra Granada por el foro; se planta con las manos en jarras frente a Bravo, que continúa roncando; mueve la cabeza a un lado y otro, y grita):

¡FIR!

(Don Inocente vuelve la cabeza).

(Bravo se levanta asustado, y al reconocer a Granada, dice):

BRAVO

¡No sea usté grosero! Le puede pasar algo a uno causa un susto...

GRANADA

Cualquier cosa, menos que lo hagan a usted general. ¿Pero dónde diablos ha pasado usted la noche, para dormir así, como un chancho?

BRAVO

Donde el chele Márgaro. Me tocaba turno de casero, y a las tres de la mañana nos fuimos al velorio del Chachaco Benito. A las seis me vine para la oficina...

GRANADA

A dormir... Vea, coronel; si sigue así le van a dar la patada...

BRAVO

¿Y qué hago yo con dos miserables colones diarios? Usté, como saca sueldo en la Policía... Necesito cuatro, porque somos cuatro bocas en la casa.

GRANADA

¿Contando con la suya?

BRAVO

No: sólo la mujer y los tres cipotes...

GRANADA

Pues diga usté que son ocho... Váyase a tomar el fresco o duerma en su cama, y véngase a las doce, ya almorzado.

BRAVO

(Bostezando de nuevo y estirándose). Bueno; pero présteme un peso para no llegar con las manos vacías.

GRANADA

(Saca del bolsillo un peso; se lo da, y le dice):

Con éste son ocho... ¡Y que llegue entero! No deje la mitad en la «Copa de Oro»...

Y ya sabe que mis pesos valen uno veinticinco... Me debe diez...

(En ese momento entra Don Lorenzo. Los otros se descubren y le dan los buenos días).

LORENZO

¡Buenos días! (Los mira un instante; hace un ademán de repugnancia, y entra al despacho de Don Inocente).

(Bravo se pone el sombrero, coge su tranca, y se va. Granada enciende un puro; saca un periódico del bolsillo, lo desdobla y se pone a leer, sentado en un banco, junto al balcón).

ESCENA 5ª

LORENZO

Buenos días, compadre. ¿Cómo va eso?

INOCENTE

¡Qué sé yo! Lo esperaba a usted con impaciencia. (Mientras, ha dado la vuelta en la silla, y se estrechan la mano).

No veo claro en todo esto, y necesito sus consejos.

LORENZO

Creo que yo empiezo a ver claro... ¿Cómo está la comadre?

INOCENTE

Todos están bien. ¿Y qué le pasó que no vino anoche?

LORENZO

No me hable de eso, compadre. Estábamos mejor cuando no había trenes ni autos. Al menos sabía uno cuándo salía y cuándo llegaba...

Ayer nos han tenido cuatro horas de plantón en el apeadero de Tonacatepeque. ¿Qué pasó? No lo sé, ni me importa. El caso es que se vino la máquina sola, dejándonos allá. Dijeron que tenía no sé qué desperfecto: que no podía subir la cuesta, y que llegaría otra a llevarnos. Sin duda la pidieron a Cutuco porque llegó a las ocho de la noche, y nosotros llegamos aquí pasadas las nueve, en vez de llegar a las cinco de la tarde... ¿Qué tal?

INOCENTE

Realmente, son pésimos esos servicios. ¿Y Chencho y las niñas?

LORENZO

Perfectamente. Chencho está empezando a deshijar los algodonales.

¿Y José Antonio? Hace días que no lo veo...

INOCENTE

Se fue antier para Cutename. El alemán que nos recomendaron dice que hay que hacer de nuevo el beneficio; que aquello está al revés; que el francés que teníamos entendería de hacer zapatos, pero no de café, y nos ha hecho un presupuesto como de quince mil colones. Le digo a usted que estoy divertido... A ver qué dice José Antonio.

LORENZO

Paciencia, compadre; pero siempre ojo alerta. Cuénteme ahora lo de su entrevista con **el hombre.**

INOCENTE

Fui antier por la tarde. Me habían citado para las tres. Había tanta gente que creí que nunca llegaría mi turno; pero como a las tres y media llegó un Oficial muy atento, preguntó por el señor López y me dijo que el Sr. Presidente me esperaba. La verdad, me dio pena por los que habían llegado antes que yo.

No había vuelto a verlo desde la inauguración del puente «San Martín», pero me recibió con los brazos abiertos... en fin, como si fuéramos usted y yo. ¡Vaya con don Chente! —me dijo—; tenía grandísimos deseos de darle un abrazo, y de echar una gran platicada con usted.

ESCENA 6ª

(Sonatina empuja la persiana de la puerta del foro, y se aparta muy atento para cederle el paso a Doña Concha viuda de Tiéppolo. Granada se cuadra; tira el periódico sobre una silla, coge el puro con la izquierda y hace una reverencia).

(Doña Concha, muy elegante, de sombrero, lleva sombrilla y bolso. Le sonríe amable. Sonatina se adelanta y la anuncia desde el umbral de la puerta de comunicación):

SONATINA

¡La señora de Tiéppolo!

(Don Inocente y Don Lorenzo se levantan. El primero va a su encuentro, y el otro tiene un gesto de impaciencia).

INOCENTE

Mi querida amiga... ¡Cuánto bueno por esta su casa! Tenga la bondad de sentarse.

CONCHA

¿Interrumpo, tal vez? No vengo a robarles su tiempo: dos palabras nada más.

(Don Lorenzo le estrecha la mano y se sientan todos).

CONCHA

Vengo muerta. Les pareceré ridícula con este traje y a esta hora; pero como vivo tan lejos, y con la crisis suprimí el coche, me

vestí así para ir a misa y no tener luego que regresar a casa...

SONATINA

(Muy atento). Perdón... ¿Cuáles son las cartas que debo contestar de preferencia...?

INOCENTE

(Señalando). Ese montón de la derecha... ya sabe: acuse de recibo... las gracias... que se ha tomado nota y... que oportunamente se les comunicará lo conveniente.

CONCHA

Veo con gusto que ha hecho usted progresos, amigo Chente...

LORENZO

Todos estamos aprendiendo de prisa, como los muchachos en vísperas de exámenes. (A Sonatina, que recoge las cartas poniéndolas en orden).

¿Me ha apartado usted las cartas de los pedigüeños, y los presupuestos de los clubes y comités? (A Doña Concha). Le advierto que **me he recetado** la cartera de Hacienda...

CONCHA

¡Oh! Usted sería un gran ministro...

Sí señor: ahora se las traeré. (Se va por la derecha).

CONCHA

No quiero robarles su tiempo, y voy a entrar un momento a que me den de desayunar, pues no he podido hacerlo antes.

Al salir de la iglesia —allí vi a Bárbara y a Clara, aunque ellas no me vieron— me fui con la cuñada del General Montagut y una de las sobrinas del doctor Mendiola: Bertita. Andando llegamos a la puerta del General en el preciso momento en que él salía con varios amigos. Tuvimos un aparte, y me dijo que su sueño es una alianza con usted, puesto que persiguen idénticos ideales... (Don Inocente y Don Lorenzo se miran sorprendidos) y que muy pronto va a pedirle a usted una entrevista.

Fui en seguida a dejar a Berta Mendiola, y cuando llegamos salía de allí el doctor Carrasco. Mendiola no estaba en casa, y no quise aceptar la invitación de Bertita para desayunar con ella, por venirme con Carrasco, que, como ustedes saben, es el amigo que tiene más influencia con Manuel.

LORENZO

¿Qué Manuel?

CONCHA

Mendiola, amigo Don Lencho...; Mendiola. Pues bien, Carrasco me dijo que tenía sumo interés en hablar larga y reservadamente con su amigo el señor López, y me pidió que solicitara de usted la entrevista; pero como en su casa todos son villagomistas, me rogó que no le hablara por teléfono.

Y... ¿Qué dice a esto Don Inocente?

(Don Lorenzo mueve la cabeza con incredulidad).

INOCENTE

Pues... a la hora que él diga, y... donde guste.

CONCHA

¿Le parece a usted hoy a las once y aquí mismo?

INOCENTE

(Pensando un momento). A ver... Sí; perfectamente. ¿Usted se encargará de comunicárselo?

CONCHA

¡Claro! Debe de estar esperándome... (Levantándose). Vaya: ¡abur!

Voy a ver a Bárbara, y a que me den algo... ¡Estoy desfallecida...!

(Don Inocente y Don Lorenzo se levantan y la despiden).

(Cuando doña Concha va a apartar la cortina, Sonatina, que sale muy de prisa, casi se encuentra con ella).

CONCHA

¡Jesús!

SONATINA

Señora, ¡mil perdones! ¿Le hice daño?

CONCHA

(Sonriendo). ¡Oh! No... Sólo el susto... Hasta luego señores.

SONATINA

(A Don Lorenzo). Aquí tiene las cartas y los documentos que me pidió. (Le da un fajo de papeles).

(Don Lorenzo hace un rollo y se lo mete en un bolsillo. Sonatina saluda, y se va. Se oye en seguida el tecleo de una máquina).

(En el ínterin han entrado dos tipos de dudoso aspecto a la sala de espera, y como Granada les explica por señas que Don Inocente tiene visitas, abren el balcón y se ponen a mirar y a hacer señas a los transeúntes).

ESCENA 7ª

INOCENTE

¿En qué estábamos, compadre? (Se sientan).

LORENZO

En que el hombre lo abrazó y le dijo que tenía ganas de echar una gran platicada con usted.

INOCENTE

Es verdad. Me habló de la crisis, de lo aburrido que está, y de que no ve la hora de estar en su casita...

LORENZO

A otro can con ese hueso...

INOCENTE

Me explicó largamente que él quiere que haya absoluta libertad; pero que no le creen, y que los peores son los candidatos, que viven bailándole el agua, ofreciéndole el oro y el moro, y chismeándose entre ellos.

LORENZO

Eso es verdad.

INOCENTE

Que todos fingen desear la libertad; pero

lo que realmente quieren es su ayuda —que él los imponga— en una palabra; mas él no quiere borrar con el codo...

LORENZO

Lo que hizo con el otro codo...

INOCENTE

Que es absolutamente falso que él quiera ayudar a nadie, y menos que lo haya ofrecido; que todos, con excepción de Mendiola, han ido a pedirle permiso y consejo para emprender sus trabajos, y que a todos les contestó lo mismo, en una forma vaga...

LORENZO

También es verdad.

INOCENTE

Que él sabe que se le acusa de fomentar esa división con el fin de inclinar fácilmente la balanza en la Asamblea, o para que no haya elección, asumir entonces la dictadura y convocar una constituyente, cosa en la que no ha pensado nunca...

LORENZO

Mintió en lo último: es su sueño dorado.

INOCENTE

Que siendo ya ridículo el número de candidatos, hasta el grado de que ni el diablo sabe de memoria los pintorescos nombres de todos esos partidos, ni quedan colores libres para uno nuevo...

LORENZO

Quedan aún el **lila** y el... pardo: el color de su gramática.

INOCENTE

...Y que en vista de la ansiedad general y del clamor público, y de que esos señores no se entienden entre ellos y pierden el tiempo lastimosamente, ha pensado intervenir de una manera amistosa, sea para que se agrupen en dos partidos, y haya entonces elección, o para que se busque un tercero... o séptimo que sea candidato único, evitando así al país una lucha enconada y peligrosa...

LORENZO

En eso mintió por partida doble.

INOCENTE

Que por este motivo, y vista la facilidad con que se embruecan los aspirantes a la menor palabra de aliento de su parte, ha decidido ser **hermético** en lo sucesivo, y que, a las personas que realmente merecen su

aprecio, les aconsejará abstenerse mientras las cosas no se despejen un poco más.

LORENZO

Y usted, NATURALMENTE, es de las personas que merecen su aprecio...

INOCENTE

Al menos, él me lo aseguró así...

LORENZO

Y no tiene motivos para otra cosa.

INOCENTE

En fin, terminó aconsejándome que me mantenga en un ten con ten, sin dejarme explotar ni hacer gastos innecesarios; que no acepte públicamente mi candidatura, ni organice comités, ni clubes, y que no me comprometa con nadie...

LORENZO

En eso estamos completamente de acuerdo.

INOCENTE

Y que como lo más probable es que esos

señores no se entiendan jamás, es casi seguro que se vean obligados a pensar en un hombre como yo —en mí, me lo dijo clarito— y que esa es la solución mejor para el país, y la que él desea ardientemente.

LORENZO

Oiga, compadre: el señor... **¿estaba bien de salud?**

INOCENTE

Sí, compadre: estaba perfectamente bien.

LORENZO

¿Y no vio si tenía sobre la mesa un tomo de Maquiavelo?

INOCENTE

Me parece que sí...

LORENZO

Vea, compadre: lo que le ha dicho a usted se lo ha repetido al doctor Zutánez, al General Perencejo, al joven hacendado Mengánez, y a una docena más, porque así lo aconseja el pícaro florentino.

«Del enemigo el consejo», dijo un abuelo de Maricastaña.

Nosotros vamos a seguirlo al pie de la

letra, pero no para quedarnos acurrucados como el indio aquel que, creyendo que gracias a la eficacia de la oración de un brujo se había convertido en racimo de plátanos, a cada cintarazo que le daban los alguaciles, se reía y decía: ¿a quién le estarán pegando éstos?

No. Nosotros seguiremos agrupados, trabajando calladitos, sin dejarnos pegar y menos con jota; pero no para ayudar a ese señor en sus planes, sino para desbaratarlos, haciéndole al país el servicio de quebrar el viejo juego de la imposición disimulada. Para esto no hace falta gastar mucho.

(Momentos antes han entrado dos tipos más en la antesala, y arman un jaleo de carcajadas con motivo de los insultos de una mujer de la calle, a la que gastaron una broma pesada desde el balcón).

(Don Lorenzo se planta furioso en la puerta de comunicación, y dice):

LORENZO

¿Qué escándalo es éste? ¿Se figuran ustedes que están en la cancha de gallos?

(Suena el teléfono en ese momento, y acude Sonatina).

LORENZO

Ya están ustedes largándose... ¡Ale! ¡A la calle...!

SONATINA

¡Aló...! Sí: aquí es... Está en casa..., sí señor. ¿Quién desea hablarle...?

(Entretanto los alborotadores salen de mala gana, lanzando amenazas y cuchufletas).

UNO DE ELLOS DICE

Vámonos con los laboristas... Allí **se ve algo**...

OTRO AÑADE

Yo estaba aquí de guasa esperando el día de los Inocentes...

UN TERCERO

Métase usted con bayuncos...

GRANADA

(Digno). Orden, señores; compostura...

EL ULTIMO

Es lo que hace falta: que te remienden.

SONATINA

Señor López: le hablan del Palacio Arzobispal...

(Don Lorenzo hace un gesto de sorpresa, y se dispone a escuchar con atención).

INOCENTE

(Cogiendo el teléfono). ¿Aló...? Sí... ¿Con quién tengo el gusto de hablar? ¡Ah! Monseñor... Tantísimo gusto... Para mí es un honor... ¡Ya lo creo...! Seré puntual; sí señor. ¡No faltaría más...! Ella está muy bien... ¡Cuánto lo va a agradecer...! Gracias, Monseñor... Beso a Usía la mano... (Cuelga el auditivo).

LORENZO

(A Inocente). ¿Qué novedad es esa?

INOCENTE

Me invitan para una reunión de candidatos, dentro de un cuarto de hora...

LORENZO

No olvide el nuevo plan, compadre... Sea... **hermético.** No diga sí ni no... Cuidadito con comprometerse en nada... Y con el Obispo hable en latín. Ya verá cómo los demás se quedan boquiabiertos y lo respetan...

INOCENTE

¿Me espera un momento, compadre? Voy a traer mi sombrero...

¡Escudero! Pídame un taxi.

LORENZO

Lo esperaré, compadre.

SONATINA

(Sale, y cogiendo el teléfono). ¡Aló...! (Deme el 6-46...).

ESCENA 8ª

(Rosita sale en ese momento, y hace un gesto de contrariedad al ver a Sonatina en el teléfono).

ROSITA

¡Qué mala suerte...! (Viendo a D. Lorenzo). ¡Don Lencho...! ¡No lo había visto...! ¿Por qué no entra a saludar a mamá?

SONATINA

Aló... Mande un taxi al 111 de la novena avenida sur... Sí...: en seguida. (Se queda con el auditivo en la mano, mirando embobado a Rosa).

(Esta se lo arrebata, y le hace una mueca de desdén).

(Sonatina se retira despacio, marchando de espaldas, como un tonto).

LORENZO

Espero a tu padre. ¿Por lo visto has flechado a ese infeliz?

ROSITA

Figúrese... Me tiene frita con sus miradas tristes y sus latas de versos: lo menos uno diario. Y lo peor es que los publica. Antier salió uno titulado «Rosa Mística», que... ya... ya. No se imagina las bromitas que me gastan los amigos y amigas... Hay ociosos que se los aprenden de memoria, sólo para fastidiarme.

LORENZO

Pobre muchacho... No parece malo.

ROSITA

¡Bah...! Don Lenchito, por lo que más quiera, dígale a papá que nos compre un Packard. ¡Los hay lindos!

LORENZO

¿No cuestan mucho?

ROSITA

¡Son baratísimos...! Seis mil colones míseros...

LORENZO

¡Carape...! En fin se lo diré a tu padre...

(El doctor Aranda, con el hongo en la derecha, en la izquierda el bastón, y una flor en el ojal del chaqué, se inclina graciosamente en el marco de la puerta del despacho viniendo de la calle, y dice):

ARANDA

¿Se puede?

LORENZO

Pase adelante, doctor. (Se dan la mano). Aranda se da aire con el sombrero y aspira con fruición.

ROSITA

Buenos días, doctor. Adiós, Don Lorenzo.

(Se dirige a la puerta).

LORENZO

¿Pero no ibas a hablar por teléfono...?

ROSITA

Ya no...: lo oye todo ese tonto... (Señala al cuarto de Sonatina).

Dígale a papá que me pongan un teléfono en mi cuarto. Me hace mucha falta... Y no se olvide de lo del Packard... Vaya, adiós... (Dentro del cuarto, se oye que, al pasar, se burla del poeta, diciéndole): ¡Eh! ¡Eh! ¡Tonto! (Y en seguida se le oye decir): ¿Se va, doña Concha? Adiós: hasta pronto.

ESCENA 9ª

(Sale Doña Concha, seguida de Don Inocente. El doctor Aranda se pone de pie bruscamente; se arregla la corbata y se afirma los quevedos).

CONCHA

¡Oh...! ¡Dichosos los ojos, querido doctor...!

ARANDA

Señora... ¡Qué feliz casualidad...!

LORENZO

Y a mí, que me parta un rayo.

CONCHA

Afortunadamente, eso es imposible, Don Lorenzo.

INOCENTE

Querido doctor, va a perdonar; pero una cita urgente...

GRANADA

(Desde la puerta). Allí está el taxi.

ARANDA

¡Oh! No tenga cuidado, mi querido amigo... (Se dan la mano).

Esperaré o volveré... (Mirando a doña Concha, sonriente). No tengo ninguna prisa...

LORENZO

Ustedes espérenme, que volveré pronto a... cuidarlos. (Hace un guiño).

CONCHA

Don Lencho, cuídese usted el reuma. Váyanse tranquilos, señores, que yo acompañaré al doctor unos minutos.

INOCENTE

¿Y el recado para el doctor Carrasco? Ya lo olvidó usted...

CONCHA

Ya está hecho, amigo mío: le mandé cuatro líneas con Pataleta.
Usted no se olvide: ¡a las once en punto, aquí!

INOCENTE

(Disponiéndose a salir). Seré puntual.

LORENZO

Y yo también. Conque... ¡mucho ojo! (Se van).

ESCENA 10ª

(Doña Concha se sienta en el sofá y Aranda en la silla más cercana).

ARANDA

¿Y cómo ha estado la hermosísima ninfa de Palmira?

CONCHA

(Coqueta). ¡Ay...! Ya hace rato que salí de la clase de ninfas...

ARANDA

¡Para entrar en la de las diosas...!

CONCHA

Caramba... Es usted muy galante ¿Y qué hace ahora, doctor?

ARANDA

Trabajar... siempre luchar. Precisamente, hace tres días que pasé por su finca.

CONCHA

¿Cuál de ellas? Porque tengo tres...

ARANDA

Por Palmira. ¿No queda cerca de Cushushapa?

CONCHA

¡Oh, no! Usted se ha confundido... Esa es

Palmira, a secas. La mía se llama «Palmira de las rosas», y queda cerca de Suchitoto, una legua más allá de Santa Bárbara, la hacienda de Don Chente.

ARANDA

¡Pues es verdad! Palmira de las rosas... ¡Qué nombre más poético! Y su dueña es el hada de aquel vergel; la reina, entre miles de rosas!

CONCHA

¡Doctor, por Dios...! Eso es algo más que galantería...; casi raya en la declaración...

ARANDA

(Acercando la silla). Pues... por mí que no raye: sea la declaración... ¿Qué diría usted?

CONCHA

Que usted es de... estopa, y yo... no. Eso... habría que pensarlo...
No somos dos chiquillos...

ARANDA

¿Bastan veinticuatro horas?

CONCHA

Pongamos... cuarenta y ocho. (Se pone el índice en la barbilla).

ARANDA

¡Un siglo! ¿No es usted libre? ¿No lo soy yo?

CONCHA

Sí... pero... En fin, quedemos en las veinticuatro.

ARANDA

Y... ¿Por qué no ahora mismo?

CONCHA

(Riendo coqueta). Me asusta usted... No me imaginé que hubiera tanto fuego en ese corazón...

ARANDA

No lo sabe usted bien... ¡Estoy ardiendo desde hace quince días!
(Poniéndose de rodillas). ¡Concha! ¡Tu amor o la muerte!

CONCHA

(Soñando). Así se llamaba un vals que me compuso Tiéppolo hace diez años... Levántese, Aranda: no es serio lo que usted hace. ¿Lo ha pensado usted bien?

ARANDA

(Con la mano derecha sobre el corazón). No tengo otro pensamiento... Tu amor...

CONCHA

(Conmovida, casi trágica). ¡O la muerte! ¡Sea! Quiero su vida...

(Don Lorenzo ha entrado de puntillas, y escucha las últimas palabras).

LORENZO

(Aparte). ¡Atiza!

ARANDA

(Le coge la mano con pasión, y besándosela, exclama). ¡Gracias! ¡Gracias!
(Se incorpora sin quitar de sus labios la mano de Doña Concha).
(Don Lorenzo tose fuerte, y entra luego con aire socarrón).

LORENZO

¿Se han portado bien **los niños?**

CONCHA

Mejor que usted, viejo... **verde.** Nos íbamos en este momento. (Se levantan).

LORENZO

Por precaución dejé el taxi a la puerta...

CONCHA

¿Lo aprovechamos, doctor?

ARANDA

De mil amores... (Efusivo). Amigo don Lorenzo... (Le da un apretón doble).

(Doña Concha, a su vez, le da la mano con aire displicente, y después de amenazarlo coquetamente con un dedo alzado, se coge del brazo del doctor, y salen muy acaramelados).

DON LORENZO

(Bendiciéndolos cómicamente). ¡Dominus vobiscum! Dentro de un año será la viuda de Aranda, con tres aes. ¡Requiescat in pace!

TELON RAPIDO

ACTO 2º

(CUADRO 2º)

(La misma decoración del cuadro 1º Es de noche. En la antesala cuelga un foco del techo. Pataleta, vestido de azul oscuro, con chaqueta de botones dorados en doble fila, deletrea un periódico. En el despacho se halla encendida la araña con dos o tres focos, lo mismo que la lámpara de pantalla verde que hay sobre el escritorio).

ESCENA 1ª

(Al levantarse el telón, Rosita, vistiéndo un jersey blanco y zapatos del mismo color, está hablando por teléfono).

ROSITA

¡Qué antipático! ¡Ja, ja, ja...! Ya sé que

hiciste monopolio con Fanny... Sinvergüenza... Te quedan quince días de libertad, ¡canalla!

No pude librarme de un mes de luto por la tía Clemencia... Antiguallas...

¿Cercana? ¡No! Figúrate que murió en Santa Rosa de Copán... Pero, ¡qué bruto eres...! Mi Santa era de Lima, animal... ¡Ja, ja, ja...! ¡Huy! ¡Qué chiste más malo...! Sólo salgo a jugar tenis, y hasta eso quieren prohibirme...

Bueno... Me contaron que perdiste mil pesos... Pero ¿para qué juegas, majadero...? ¿Dichoso en el amor...? Eso lo dirás por Fanny... Cuidadito, ¿eh?

Tú no me conoces... ¿Cómo...? Grosero, estúpido, salvaje... bruto... ¡Ladrón!

(Don Lorenzo entra por la sala, le da un tirón de orejas a Pataleta, lo mira de pies a cabeza, y le dice):

LORENZO

¡Vaya un almirante! ¿Quién te ha puesto así?

PATALETA

El niño Roberto... (Don Lorenzo se ríe...).

(Escucha la última tanda de adjetivos amables que suelta Rosita, y desde la puerta del despacho, pregunta):

LORENZO

¿Con quién es ese pleito, niña?

ROSITA

(Todavía al teléfono).

Cerdo, cochino... Adiós... ¡Euh, euh, euh...!

(Con el auditivo en la mano, se vuelve hacia el visitante, y dice):

ROSITA

Con nadie, don Lencho: hablaba con Rodolfo... (Cuelga el trasto).

LORENZO

Por lo visto es tu novio, y reñías con él...

ROSITA

(Sonriendo). Nada de eso...: bromeábamos.

LORENZO

De modo que cuando disputan, se arañarán o se darán de mordiscos...

ROSITA

A veces... ¡Ja, ja, ja...! Voy a avisar que

usted está aquí... ¿O prefiere ir allá dentro...?

LORENZO

No, hija; esperaré aquí.

ROSITA

Vendrán en seguida... Vaya. ¡Abur! (Se va dando pasos de baile).

ESCENA 2ª

(Don Lorenzo se acerca a la luz del escritorio; saca un fajo de papeles y aparta unos cuatro o seis).

(Don Inocente llega por la derecha, y tendiendo la mano a Don Lorenzo, dice):

INOCENTE

Buenas noches, compadre. ¿Y por qué no se vino a comer con nosotros?

LORENZO

Había invitado a Ortiz y al Mayor Pérez, que llegaron hoy, llamados por el Gobernador y el Ministro del... ramo.

INOCENTE

Sentémonos. ¿No quiere fumar un buen puro? (Lo saca del bolsillo).

LORENZO

Se acepta... (Lo recibe, lo examina, lo huele, y sacando los fósforos, añade). ¡Qué lujo! Esto es una «Regalía».

INOCENTE

Es un regalo de mister Threefeet.

LORENZO

Contrabando, de seguro... (Da una chupada al cigarro, echa una bocanada de humo y se queda en éxtasis). ¡Estupendo...!

Bueno compadre: ya sé lo ocurrido donde el Obispo. Charla inútil, pérdida de tiempo, exquisiteces, bendiciones, espinazo y rodillas a medio doblar, besos a la esmeralda... Total: música... sagrada.

Cuénteme ahora lo de la entrevista con Carrasco.

INOCENTE

(Pensativo y después de una pausa). Ha ocurrido algo insólito, muy extraño...

Llega el señor, y como yo observara cierta reserva de su parte, creí que no entraba en materia por temor a que aquí nos escucharan. Entonces lo invité a pasar allá dentro, a la sala; pero como mi mujer recibía a una comisión de **señoras** del Mercado...

LORENZO

(Riendo). Hombre... ¿Todavía quedaban para usted?

INOCENTE

(Riendo también). Sí, compadre; y bastantes... Pues bien, nos encerramos en mi cuarto, pero Carrasco continuaba en su mutismo y me miraba interrogativamente. Al fin me decidí y le dije: bueno doctor, estoy a sus órdenes. Entonces sacó un papel del bolsillo, y dándomelo, dijo:

—Yo he recibido este papelito...

Lo leí y quedé confuso, sin saber qué decir... ¿A que no se imagina usted de quién era?

LORENZO

De la enredadora de Doña Concha...

INOCENTE

De la misma... Le decía que yo deseaba hablar con él, y que le suplicaba venir a mi casa a las once en punto. Añadía que era de suma importancia. ¡Figúrese!

El conoció mi embarazo, y muy amable me dijo: Vea señor López; yo tuve la sospecha, y por eso traje la cartita; pero usted no se apene.

Ya irá viendo muchas cosas cómicas —y ojalá lo fueran todas— en nuestra política. Es por eso que no he querido tomar parte

esta vez, y Manuel se ha resentido conmigo; pero el motivo principal es que todo esto es una farsa; que el Presidente se está burlando de todos y yo no quiero entrar en la colada. Ya somos viejos... y yo más que usted.

Total, que él quedó convencido de mi inocencia y yo de la suya, y creo que de hoy en adelante podremos llamarnos amigos.

Pero, digo yo, ¿con qué objeto ha hecho eso la Concha?

LORENZO

Por amor al arte. Le gusta estar en todo: se pirra por los enredos y chismes, y cuando no los encuentra hechos, los trama ella misma.

No hay que darse por entendido, ¿eh? Le vamos a gastar una broma de las sonadas. Le contaremos todo lo contrario de lo que resolvamos, y dentro de quince días, no será la reina de las rosas, como le decía esta mañana ese sonsaina de Aranda, sino la emperatriz de las mentirosas.

¡Je, je...! ¡Y la muy simple que se había imaginado que iba a ser la madrastra de mis hijas...!

Pero... ¿Carrasco le dijo algo de Mendiola?

INOCENTE

Sí...Me confesó que don Manuel no tiene un plan fijo, sino la remotísima esperanza de pescar en río revuelto. Dice que es bastante terco, pero que el grupito que lo rodea

lo es más todavía. Es algo gracioso el doctor Carrasco. Dice que él les llama «los río arriba».

Cree, eso sí, que los que más valen de los candidatos son el propio Mendiola y el doctor Sevilla; pero que aquél no cuenta con ninguna probabilidad, y terminó diciéndome que en su opinión, lo mejor que podemos hacer es unirnos con Sevilla.

LORENZO

Celebro infinito pensar exactamente como Carrasco.

(Se oye la voz de Doña Bárbara, en el cuarto de la derecha, que dice):

BARBARA

Ve, Clara: tráeme el sobre con los recortes... Lo dejé encima de mi mesa de noche...

ESCENA 3ª

BARBARA

(Entrando). Buenas noches, compadre. Hoy también nos dejó plantados. ¿No será usted un **crepuscular,** como dicen en «El rosal de las tres rosas»?

LORENZO

No, comadrita. No soy **pucuyo,** sino **tecolote.** Ya le dije a Chente que comí con Ortiz y el Comandante.

BARBARA

¿También aquí son gorrones? Vaya...

¿Y no ha visto las **gracias** que le dicen a mi marido en esos papeluchos?

LORENZO

No haga caso, comadre. ¿Qué le pueden decir a mi compadre? Con su honradez tendrían para ser honrados todos esos pícaros, mercenarios de la pluma. Ríase usted...

También traigo aquí algo que nos va a divertir...

BARBARA

A mí no me lea nada, compadre, porque me pongo mala.

LORENZO

No son cosas para enojarse: ya verá...

CLARA

(Entrando). Buenas noches, Don Lencho. Aquí están los recortes. (Le entrega un sobre a Doña Bárbara).

LORENZO

(Sacando del bolsilio una carta). Yo también traigo algo para ti...

Toma y no te pongas colorada... ¡Cuánto valdrás tú para que, a mis años, sin ser boticario haga yo este papelito de Mercurio!

CLARA

(Cogiendo la carta y viendo el sobre). ¡Si es de Raquel...! Gracias...

LORENZO

Sí... de Raquel y **hermanos.** El sobre dice: **En propia mano.**

(Clara guarda la carta dentro del escote, y se sienta).

BARBARA

Hoy no me he sulfurado mucho con las estupideces de esos canallas, gracias al cuento que refirió esta mañana una de las vendedoras del mercado, mujer muy graciosa...

LORENZO

Oigamos ese cuento...

BARBARA

Lo voy a contar, pero no con la gracia de

esa mujer. Nos contó que en una ocasión disputaban dos verduleras, que por cierto las dos tenian tamaños **güegüechos.** (Con las manos refuerza la descripción).

Ambas se insultaban de lo lindo recurriendo a su rico vocabulario, y no se arañaban porque otras las tenían sujetas; pero una de ellas tenía una chiquilla como de diez años que toda nerviosa le decía por lo bajo: «Nana, dígale güegüecha, antes que ella se lo diga a usté...»

(Todos sueltan la carcajada).

BARBARA

(Después de un acceso de tos). Realmente, el cuento tiene gracia, y yo me he reído como una tonta.

«Pues así son los políticos —añadía la buena mujer—: antes que se lo digan a ellos, llaman a los otros ambiciosos, ignorantes y hasta ladrones».

De hoy en adelante no me sofocaré por nada...

LORENZO

Ya va a terminar todo eso, comadrita, y volveremos a dormir tranquilos. ¿Verdad, compadre? (Le da palmaditas en el muslo).

INOCENTE

Verdad...

BARBARA

¡Bendito sea Dios! El Te Deum que tengo prometido será solemnísimo, y ya ni me importa que supriman o no la Guardia. (A Clara). Andá a ver, hija, qué está haciendo esa muchacha, y decile que venga aquí. (Se levanta Clara y sale por la derecha).

ESCENA 4ª

SONATINA

(Entrando por la izquierda). Muy buenas noches, señores. He pasado por el Correo para ver si había algo importante, y me dieron estas seis cartas. Ustedes dirán si hago falta o no. (Se las da a don Inocente).

LORENZO

Sí... Siéntese un momento: viene muy sofocado...

ROSITA

(Entrando). ¿Me llamabas, mamá?

BARBARA

Sí: siéntate. ¿Qué diablos haces por allá sola? Fumando ¿verdad?

ROSITA

Leía... Ya no fumo...: yo soy muy obediente...

LORENZO

(Sacando un papel del bolsillo). Pues aquí tienes algo que te interesa. Entre los papeles que me dio el señor esta mañana (señala a Sonatina), venía éste que es para ti... (Se lo alarga a Rosita). (Esta lo toma, lo acerca a la luz y lee): «STELLA MATUTINA». (Lo hace pedazos, y enojada dice):

ROSITA

¿Para esto me llamaban ustedes? Bueno: pues ahora voy a poner los puntos sobre las íes. (A don Inocente) ¡Papá! Es preciso que ordenes al señor... SO-NA-TI-NA que no me ponga en ridículo publicando sus tonterías. Tú le pagas para que trabaje, y no para que haga ensaladas... rusas. Por culpa suya, el otro día, al pasar por el mollejón oí que decían: «¡Qué linda va la Traviata!»

BARBARA

¿Y por qué te dijeron esa grosería?

ROSITA

(Con zumba). Porque el señor firma sus versos con su nombre. (Burlona y haciendo como

que escribe en el aire). AR-MAN-DO..., el amante de la Dama de las Camelias. ¡Qué bonito!

SONATINA

Rosita... crea usted que estoy anona... dado.

ROSITA

Anona, nada más.

BARBARA

Pero... ¿todas esas cosas las aprendiste en el colegio?

ROSITA

¡Pues claro! (Animada). Una tarde, llevamos con engaño a la monja al cementerio de Montmartre, y pusimos flores sobre la tumba de la pobre María Duplessis —o Plessis, porque el **du** era... añadido—. Y les advierto que tenía muchas...!

BARBARA

¡Qué atrocidad!

ROSITA

Creo que era el Centenario. ...Y otro domingo fuimos al Pére-La chaisse, e hicimos lo mismo en la tumba de Abelardo y Eloísa...

CLARA

(Conmovida). ¡Qué criaturas más románticas...!

ROSITA

¿Y quién más romántica que tú? Señores; se sabe de memoria como veinte libros de versos...

CLARA

No le hagan caso...

ROSITA

Cuando vine de Europa, Espronceda era el de turno, y recitaba de carretilla «El estudiante de Salamanca...» Sí...: se figuraba que Chencho era Don Félix... y ella... ¡la desdichada Elvira! ¡Qué linda!

CLARA

(Corridísima). Rosita, no inventes tonterías, o me voy.

ROSITA

No lo permitan, señores, hasta que me oigan. (A Clara). ¿Di si no es verdad que recitabas casi gimiendo aquello de... «Voy a morir; perdona si mi acento, vuela importuno a molestar tu oído»?

CLARA

No hagan caso de esta locuela...

ROSITA

Y cuando decía: «Goces te dé el vivir, triunfos la gloria, dichas el mundo... amor otras mujeres...», se ahogaba en llanto y derramaba chorros de lágrimas...

CLARA

(Levantándose para irse): ¡Mentirosa! (Casi enojada).

ROSITA

(Deteniéndola y besándola). Son bromas, señores (A Clara)... Perdóname...

SONATINA

Clarita, estoy encantado de conocer sus aficiones..., y me voy a permitir obsequiarle mi libro «Musa histérica»...

ROSITA

(Tragi-cómica). ¡Alto allí, señor Escudero de la Reina! La plaza está ocupada...: ¡Don Félix de Montemar es el dueño y Señor! Además, a mi prima le gustan los versos, pero no el... ripio ni las tonterías.

(Todos ríen, y Clara finge tomarlo a broma).

ROSITA

(A Sonatina). Y por culpa suya me llaman Reina de no sé cuántos, o me preguntan por «mi escudero». ¿Por qué se ha cambiado el Reinosa por de la Reina?

SONATINA

(Semi-corrido). Licencias poéticas, Rosita. Nunca me imaginé...

ROSITA

Bueno; pues se acabaron esas licencias, y tenga más imaginación en adelante.

(Doña Concha entra por el foro, y Pataleta la anuncia así):

ESCENA 5ª

PATALETA

¡La señora viuda de Tríppoli...!

CONCHA

(Enfadada). ¡De Tiéppolo, majadero!

(Se ponen de pie y la saludan los tres hombres). (Se abraza y besa con las mujeres, y toma asiento al lado de Doña Bárbara, y cerca de Don Lorenzo).

CONCHA

¡Uff...! Vengo muerta... Denme un vaso de agua, por favor...

CLARA

Voy a traérselo yo misma... (Se pone de pie). ¿No quiere también un anisadito?

CONCHA

Bueno... Eres muy amable, Clarita...

CLARA

Por Dios... doña Concha. (A los otros). ¿Y ustedes no gustan también?

LORENZO

No me caería mal...

BARBARA

Mejor traes para todos... (Clara sonríe y se va).

(Pataleta abre el balcón y se asoma).

CONCHA

¿Y qué novedades se tienen por aquí?

LORENZO

Muchas, señora. Pero antes de contarle quiero leerles algunas cosas graciosas.

CONCHA

¡Oh...! Esos periódicos... No sé cómo lo permiten...

LORENZO

(Sacando unos papeles). No se trata de la prensa... Oigan esto:

(Lee). «PRESUPUESTO para la instalación del «Club Partideño Pro-López», de El Paisnal.

(Ríen todos).

Un rótulo grande (muy cómodo)	10	colones
Una mesa escritorio (de ganga)	20	íd.
Una mesa pequeña para el escribiente	10	íd.
Otra mesa pequeña para el porrón y los vasos	10	íd.
Doce sillas de junco, modestas	75	íd.
Un sillón para la presidencia	15	íd.
Tres pares de cortinas colores nacionales	30	íd.
Tres galerías para las ídem	15	íd.
Cinco bancos de madera de cedro, cepillados	35	íd.
Un armario para el archivo (barato) ..,	25	íd.
Un lavatorio, con huacal, jarro y jabonera	20	íd.
Libros de notas, de inscripciones, papel, sobres, etc.	15	íd.
Media docena de toallas	9	íd.

Media docena de escupideras (y son pocas)	15	colones
Mapas, retratos, cromos, etc.	30	íd.
Imprevistos, mal calculados	25	íd.
Total, S. E. u O.:	359	íd.

BARBARA

¡Qué latrocinio...!

LORENZO

No se ha acabado todavía, comadrita. (Sigue leyendo).

GASTOS FIJOS MENSUALES:

Alquiler del local (muy barato)	25	colones
Sueldo del Secretario (el mínimo)	60	íd.
Sueldo de un mozo para la limpieza y recados	30	íd.
Sueldo de tres propagandistas (mal pagados)	90	íd.
Para viáticos del Presidente del club ...	100	íd.
Extras e imprevistos (escasos)	25	íd.
Total, S. E. u O.:	330	colones

¿Qué tal?

Y más o menos así son los presupuestos de los clubes «Voltamad», de Chicunhueso; «Recuerdos del Porvenir», de Huehuezontes; «Libertad o Muerte», de Tacachico, «Dulce

Esperanza», de Aguacayo; y para el Club de señoras «Santa Bárbara», de Cushushapa, piden de ajuste una radiola de 750 colones, o **siquiera** una ortofónica con cien discos surtidos...

Parece que hemos progresado, ¿eh?

CONCHA

Pero eso es un abuso... No habría dinero bastante...

LORENZO

Nosotros lo tenemos de sobra, pero no para tirarlo. Hoy se han suscrito 550 mil pesos, sin contar con los 200 mil de los Bancos...

(Doña Concha escucha atentamente, y repite en voz baja para grabar mejor las cantidades en su memoria. Los demás cambian miradas de inteligencia).

LORENZO

(Con entusiasmo). ¡Estamos de enhorabuena, Doña Concha! El Presidente ha obligado ya a los candidatos militares —fíjese; **¡obligado!**— a unirse, es decir, a venirse con nosotros, con armas y bagajes.

El doctor Mendiola hará lo mismo de hoy a mañana. Con el doctor Sevilla se discuten las condiciones. En el Palacio Episcopal, esta mañana el triunfo fue para el modesto ciudadano don Inocente López. Hace media hora han salido de aquí tres Generales que vinie-

ron en comisión a ofrecernos la cooperación de la Junta Militar. ¿Qué dice usted, señora mía?

CONCHA

(Nerviosa, mira la hora en su pulsera, y dice). ¿Recuerdan ustedes lo que les dije en Santa Bárbara el ocho de agosto? ¡Y ustedes dudaban... ¡Bárbara! Deja que te abrace... (Se abrazan).

(Clara aparece por un lado con la bandeja de copas, y el doctor Aranda, desde la puerta de enfrente, pregunta).

ESCENA 6ª

ARANDA

¿Se puede? ¿No estorbo?

LORENZO

Llega usted requeteatiempo...

INOCENTE

Adelante, querido doctor.

Aranda, más atento que nunca, saluda: (A Doña Bárbara). ¡Mi señora...!

(A Doña Concha). Veo que me persigue la dicha... (y a Clara y a Rosita con amables sonrisas). (Se sienta).

ARANDA

Creo notar que están ustedes muy contentos...

LORENZO

Mucho; aunque no tanto como usted...

(Clara ofrece las copitas, y cada cual coge la suya. Cuando todos están servidos, Doña Bárbara los invita diciendo): ¡Salud!

(Beben un sorbo y conservan los vasitos en la mano. Saborean).

ARANDA

(A Don Inocente). Esta mañana no pude consultarle, y por eso he venido ahora.

(Don Lorenzo tose tres veces y doña Concha le da un abanicazo).

INOCENTE

¿De qué se trata, doctor?

ARANDA

De la prórroga concedida a los señores Pedrosa... Ellos aceptan el doce por ciento, pero sólo por dos años, y los tres últimos al diez.

INOCENTE

En ese caso la prórroga sería sólo por cuatro años. En fin, usted lo arregla como le parezca...; se trata de unos amigos.

ARANDA

Perfectamente. ¿Vieron ustedes ya la «sección ajena» de hoy?

LORENZO

Esta es una casa decente, y no recibimos porquerías.

BARBARA

Pero no faltan personas **caritativas** que se encargan de mandar los recortes. Aquí tienen los de hoy. (Muestra el sobre).

LORENZO

Pero... ¿dicen algo que valga la pena?

SONATINA

¡Nada...! Una silueta burlesca, sin un átomo de sal, y «La Ametralladora» trae un articulejo titulado «El Padre López se lanza», de lo más estúpido e insípido que puede verse «El Tarugo» trae aquella cuarteta de Vital Aza, que dice:

«Bárbaro y Bárbara riñen,
y mutuamente se llaman;
Bárbaro a Bárbara, bárbara,
y Bárbara a Bárbaro, bárbaro».

BARBARA

¿Y ustedes le hallan la gracia a eso?

TODOS

¡Ninguna...!

BARBARA

¿Quién escribe El Tarugo?

SONATINA

Manuel Andino y Serafín Quiteño.

BARBARA

Pues que no vaya a coger yo a ese... **indino**, porque no va a ganar para el dentista: y el querubincito, puede que vaya a parar hasta Quito.

¿Y se sabe al fin quiénes son los canallas de la «sección ajena»?

LORENZO

Dos mercenarios mejicanos, según dicen **licenciados** o prófugos de las cárceles de su país, y un tinterillo criollo, borracho, la hez del **gremio**, que en vez de ocupar un cargo público debiera estar con la cadena.

No haga caso, comadre: desde mañana dormiremos tranquilos. Tómeme la palabra.

CONCHA

¿Pero es que se puede tolerar que los pí-

caros de fuera vengan a insultar a las personas honradas en su propia casa?

ARANDA

¡Oh...! La República de El Salvador es un asilo sagrado...

BARBARA

Pero hay **asilados** que debieran llevar bozal...

(Gran algazara en la calle. Se oyen los claxones y campanas de las bombas de incendio).

PATALETA

(Entrando asustado). Dicen que hay un incendio por allá arriba. Desde el balcón se ve el resplandorazo...

CONCHA

(Poniéndose de pie). ¡Aranda, por Dios! ¡Si será mi casa...!
Acompáñeme usted...

LORENZO

Tal vez dejaron ustedes chispas...

SONATINA

¿Desean un taxi?

ARANDA

Traje uno que espera a la puerta. (Coge el sombrero y el bastón).

(Doña Concha se despide de prisa, y Aranda hace lo mismo. Salen todos a la antesala y algunos miran por el balcón).

LORENZO

(A la pareja que se va). ¡Cuidado...! No se acerquen mucho al fuego... Yo también me largo; voy a curiosear un poco...

SONATINA

Yo lo acompaño. (Va en busca de los sombreros).
(Se despiden).

LORENZO

Hasta mañana, y a descansar. Adiós.

INOCENTE

Hasta mañana compadre.

BARBARA

Mañana no se escapa... Le voy a tener un gallo en chicha.

LORENZO

Téngame también una libra de bicarbonato, comadrita. No faltaré... Adiós.

CLARA Y ROSITA

Adiós, don Lencho.

ROSITA

(A Clara, y al oído): dile papá.

ESCENA 7ª

ROSITA

(Bostezando). Papaíto... ¿cuándo nos mudamos a la nueva casa?

(Se encaminan al despacho).

INOCENTE

Dentro de un mes... En cuanto esté lista.

(Rosita va a su madre, la abraza para irse juntas, y mimosa dice):

ROSITA

Mamita... ¿te pondrás sombrero cuando estemos en la otra casa?

BARBARA

(Sonriendo y acariciándola). Tonta...

ROSITA

Sí, mamita; pero no como el de Doña Concha... Yo lo escogeré...

INOCENTE

(A Pataleta). ¡Luis! Cierra el balcón, la puerta, y ¡a la cama!

PATALETA

(Obedeciendo). Un... dos, tres... ya está hecho.

(Doña Bárbara y Rosita, abrazadas, salen lentamente). (Clara pone orden en los muebles).

BARBARA

¿Te quedas, Clara?

CLARA

Un ratito nada más, madrina; iré en seguida.

ROSITA

(Al oído de su mamá). Va a hacer versos... Está enamorada...

(Cuando han desaparecido, Pataleta inclusive, Clara se acerca al escritorio, saca la carta, rompe el sobre, la desdobla con primor...).

(Lee la antefirma... mira a todas partes, y se lleva el papel a los labios...).

(Luego coge la carta con las dos manos, la pone muy cerca de la luz, y se embebe en la lectura... Sonríe dichosa...).

CAE EL TELON RAPIDAMENTE

TERCER ACTO

ACTO 3º

(La escena representa el hall de una casa moderna. En el foro, al centro, puerta vidriera de dos hojas que abierta deja ver, un poco más lejos, la cancela de hierro que da al jardín de la calle.

En la pared del foro, a los lados de la vidriera, jarrones con plantas o estatuas. En la pared de la derecha dos puertas; la primera da al comedor y la segunda al saloncito de señoras.

En la pared de la izquierda, también dos puertas, frente a frente de las otras. La primera da a una salita de recibo y la otra al despacho.

Entre estas últimas hay un sofá y dos poltronas, y cerca una mesa con un centro de flores. Del techo, en medio, cuelga una araña de varias luces, y de las paredes laterales, entre las puertas, paisajes en lujosos marcos.

El teléfono se halla en el despacho. Entre la puerta del comedor y la del saloncito de señoras, un sofá pequeño, y al lado una mesita de fumar y de juego, rodeada de cuatro sillas pequeñas).

ESCENA 1ª

(Al levantarse el telón, Doña Bárbara, vestida para salir, arregla las flores en el jarrón de la mesa grande. No lleva sombrero sino tapado).

BARBARA

Rosita, hija; date prisa... Se hace tarde.

ROSITA

(Dentro del saloncito de señoras). Yo no voy, mamita... No me siento bien: me duele mucho la cabeza... Creo que voy a tener jaqueca.

BARBARA

(Acercándose a la puerta). ¿Pero cómo no has de estar mala con esos desarreglos? Anoche te comiste una enormidad de sandwiches de esa porquería que hiede a zapatos, y encima no sé cuántos helados y pasteles... Y claro, a medianoche a vomitar, y venga una a levantarse y a preparar la manzanilla, o a buscar el elixir paregórico. ¡Qué vida más idiota...! La verdad... Dentro de una se-

mana, ¡a Santa Bárbara todos! Estoy hasta la coronilla de política y de meterme en lo que no entiendo ni me importa. ¿Tomaste la sal de fruta?

ROSITA

Me da mucha basca: la hubiera arrojado...

CLARA

(Saliendo del comedor). No quiso tomarla, por más que la rogué.

BARBARA

Pues prepárale una taza de manzanilla, y que la tome con una aspirina. ¿Qué no ha vuelto todavía la institutriz?

CLARA

Todavía no. Y hace ya dos horas que salió, para la iglesia, según dijo.

BARBARA

Se me figura que estas gringas cambian de religión cada vez que entran a una casa nueva. Esta, sospecho que no cree ni en Dios ni en el diablo... Ya me está cargando la mujercita... Y la voy a despedir, porque ya no quiero ese trasto allá en la hacienda. ¡Para lo que sirve la tal Miss...!

CLARA

Váyase tranquila, madrina. Hace rato que espera el auto, y dijo el chofer que lo iba a necesitar mi tío. El está donde el doctor Sevilla.

BARBARA

Para allá voy yo. Ayer le ofrecí a la niña Tina ir a ayudarle, aunque no sé en qué, porque fuera de mi jaula soy una inutilidad, a menos que se trate de poner cataplasmas; pero en este caso creo que no servirían de nada... Por lo que lo que he visto y olido, parece que la jornada de antier fue un desastre y que perderemos la partida. Es decir, la perderán los políticos a quienes ayudamos, pues nosotros quedaremos como antes, con unos miles de pesos menos y un poco más de experiencia. En fin, con tal que mi marido no quede contagiado...

(Entran de la calle dos criados con sendos canastos vacíos).

ESCENA 2ª

CLARA

Les tengo dicho que entren por la otra puerta...

CRIADO 1º

Dispense, ¡je, je! Siempre se nos olvida...

El pan y los tamales quedaron entregados en el Comité.

CRIADO 2º

Y devorados... Se hicieron humo en un santiamén.

CRIADO 1º

Aquello fue una garduña; una rebatiña...

CRIADO 2º

¡Qué gente! Parece que no bían comido en tres días.

CRIADO 1º

Y dicen que los más no son de los nuestros, sino de otros partidos.

CRIADO 2º

Y que muchos se han desayunado en los seis comités, cambiándose la insignia cada vez.

BARBARA

¡Qué poca vergüenza! No me imaginaba tanta porquería... Estoy por no mandar los refrescos...

CLARA

Ya están hechos, madrina: sólo falta ponerles el hielo.

BARBARA

En fin, es último día... Que los lleven a las dos de la tarde. (A los criados). Ustedes vayan a dejar los canastos a la cocina, y esperen allí, o vayan a votar si no lo han hecho.

CRIADO 1º

Vamos ir a que nos pinten el dedo... ¡je, je! (Al otro). ¿Vamos, o?

CRIADO 2º

¿No nos apalearán como hora dos años en el pueblo?

CRIADO 1º

No... El patrón dice que agora hay libertá de verdá... (Cogen los canastos y salen por el comedor...).

BARBARA

(Riéndose). ¡Pobres diablos...! ¡Y este es el pueblo soberano que debe mandarnos, según Peje-espada...! (A Clara). Vaya, me voy. Regresaré en cuanto pueda. Creo que seremos doce a la mesa. Si no he vuelto, y resultan

trece, invitas a Sonatina. ¿No se ha asomado todavía?

CLARA

Sí; pero se fueron a votar. Roberto y Luis iban con él...

BARBARA

¡Pero si Pataleta no tiene la edad! Ganas de ir a curiosear... ¡Vaya! Hasta luego, hija. Vigila a esa niña...

(Se dirige hacia la puerta cuando suena el teléfono. Clara entra al despacho y Doña Bárbara se detiene a escuchar).

CLARA

(En el teléfono). ¡Aló...! Sí señor; aquí... El no está... Donde el doctor Sevilla... ¿Cómo? ¿El club entero...? ¿Con los agrarios...? ¿También Maravilla...? Está bien; lo comunicaré en seguida. Buenos días.

(Clara sale pensativa).

BARBARA

¿Qué? ¿Otra traición?

CLARA

Sí... Avisan de Cushushapa que más de la mitad de los nuestros se pasaron a los otros bandos, y que el Club del Cantón «Las Delicias» —el de la Hacienda— entero votó por los agrarios, con Maravilla a la cabeza...

BARBARA

(Con zumba). ¡Qué delicia! ¡Bueno está! Eso me lo tenía yo seguro... Al fin se convencerá tu tío de que tengo más narices que él... Vaya, ¡adiós! ¡Con qué gusto le voy a dar la noticia...! (Se va por el foro).

ESCENA 3ª

(Clara se sienta en el sofá, y se queda pensativa). (Rosita, desencajada, envuelta en un kimono, en chanclos, con un pañuelo en la mano, se asoma a la puerta y dice con voz doliente):

ROSITA

¿Se fue ya mamá?

CLARA

Sí... ¿Por qué no te estás recostada en el canapé?

ROSITA

(Avanzando despacio, y gimiendo). ¡Clara! Soy la mujer más desgraciada de este mundo...

CLARA

(Levantándose bruscamente, y alarmada). ¡Pero!, ¿qué estás diciendo, niña...?

ROSITA

(Echándose en sus brazos y muerta en llanto). ¡Y la más infame...!

CLARA

(Espantada, cogiéndola por los cabellos para mirarla a la cara). ¡Me asustas...! Di: ¿qué te pasa? ¡Estoy temblando...!

(Rosita se arroja en el sofá; se cubre la cara con el pañuelo y rompe en sollozos).

(Clara consternada, se sienta a su lado, y esforzándose por incorporarla y verle la cara, exclama):

CLARA

¡Santísima Virgen de las Angustias! ¡No...! ¡Eso no es posible...! Di...; ¡dime la verdad!

ROSITA

(Entre sollozos). ¡Sí, Clara; es verdad...!

CLARA

¡Virgen Santísima! ¡Dios poderoso...! ¿Pero cómo has podido hacer eso? ¿No pensabas que tus padres se van a morir de pena y de vergüenza? ¡Mi pobre madrina que te adora, y mi tío, tan celoso de su honra...!

ROSITA

¡Clara! Quiero morirme... (Solloza de nuevo).

CLARA

(Abrazándola). ¡No...! ¡Ilumíname, Virgen Santa! No... Dios no me abandonará... Todo tiene remedio, menos la muerte... Lo primero es que no se enteren tus padres —¿oyes?— porque se morirían... Pero desgraciada; ¿cómo pudiste olvidar tus deberes; caer así, como una cualquiera?

ROSITA

(Quitándose el pañuelo de la cara, y más tranquila). Todas lo han hecho...

CLARA

(Con espanto). ¿Todas? ¿Pero qué dices? Eso es imposible: ¡sería monstruoso!

ROSITA

Todas... todas, no; pero muchas...

CLARA

Pero eso es un horror... ¿Y cómo pudo ser? ¿Con quién? ¿Dónde? ¿Cuándo?

ROSITA

(Suspirando). El primero de noviembre... con Rodolfo... en el puerto... en la playa del Obispo.

CLARA

¡Jesús! ¡Ayúdame, Señor, o mándame la muerte! Pero... ¿y tu hermano? ¿No estaba contigo? ¿No te cuidaba?

ROSITA

(Sombría). Roberto también se divertía con una de las...

CLARA

¡Calla! No quiero saberlo... ¡El muy canalla...! ¿Y la institutriz?
¿No te servía de nada ese espantajo?

ROSITA

A la miss la emborrachaban, y luego inventaba que iba a poner un telegrama, y ya no salía de la oficina hasta que pasábamos por ella. Allí se divertía también...

CLARA

¡Qué vergüenza! ¿Y para esto han hecho tus padres tanto sacrificio por ti? Di, desgraciada: ¿y quiénes más saben lo que te pasa?

ROSITA

La miss, Rodolfo, la amiga de Roberto, y él tal vez...

CLARA

¡Qué horror...! ¿Y desde cuándo sabes que estás mal? Porque tú estás mal...

ROSITA

(Sollozando de nuevo). Desde ayer... Me llevó la institutriz a ver a un médico alemán que está de paso, y él nos dijo la verdad... (Llora inconsolable).

CLARA

Y esa mujer, ¿qué te aconsejó?

ROSITA

Me regañó mucho; por bruta, decía. Me dijo que si yo hubiera tenido confianza con ella, no me pasaría esto, como a ella, que no le pasa nada...

CLARA

¡Qué mujer más criminal! Deja que yo la vea...

ROSITA

No volverá más... Ayer me rogó que no te dijera nada, y me habló de buscar un médico que nos sacara del apuro...

CLARA

¡Hasta eso...! ¡Infame!

ROSITA

Pero hoy me dijo que no quería líos, y que se marchaba; que inventaría un pretexto o que fingiría una fuga con un hombre... Se llevó sus cosas de valor, y después mandará a recoger su ropa que ya está arreglada en un baúl.

CLARA

Es lo mejor que ha podido discurrir la muy... ¡Dios me perdone! Y Rodolfo: ¿qué dice?

ROSITA

Está muy afligido... El dice que me quiere y que está dispuesto a reparar su falta, a menos que su papá se oponga...

CLARA

Menos mal, y ojalá no mienta. Ahora, déjame a mí. Tú, a disimular, a poner cara alegre, y ¡por Dios!, que no sospechen nada tus padres. Y al canalla de tu hermano le dices —le ordenas— que no digan una palabra, ni él ni la pindonga de su novia. Y le dices también que yo lo sé ya; pero que no me hable de eso... ni de nada.

Y ahora ve a arreglarte un poco: rézale a la Virgen con toda tu alma, y Ella nos ayudará, Dios mediante.

ROSITA

Perdóname, Clara... (Se ponen de pie y se abrazan llorando. Clara la acompaña hasta la puerta).

ESCENA 4ª

(Entra Pataleta por la puerta del foro, muy entusiasmado, con la mano derecha levantada, mostrando el índice teñido de rojo).

PATALETA

(Mostrando el dedo). ¡Niña Clarita! Hoy ha sido mi bautismo de sangre... ¡Veya! ¡Y decía Doña Bárbara quibir de balde, porque estaba muy muchacho! ¡Huechos! Le puse estos tarugos a los tacones, ¡mire!; me estiré todo lo que pude, y me bía pintado con un corcho un poco de bozo.

Contimás, yo vide que en los otros partidos bía muchos que votaban, más cipotes que yo.

(Entra Sonatina, dándose aire con el sombrero).

SONATINA

Yo también puse el dedo en la llaga, Clarita; ¡Vea! (Muestra el dedo teñido).

CLARA

Vayan a lavarse. Con jabón y ceniza debe de salir eso...

PATALETA

Yo no me lavo. Así me quedo hasta que se destiña él solo; quiero ver cuántos días dura esta añilina. Los que quieren votar dos veces, dicen quiban a una botica a que los destiñan con no sé qué **tractivo.**

SONATINA

Luis me ha hecho reír como un tonto en el momento de votar. Figúrese que al dar los nombres de los diputados, por decir «Doctor Cantacuceno», dijo «San Cacaseno». Los escribientes se morían de risa...

PATALETA

De meros tontos que se hacen, los muy **carburos**... ¡Una quivocación la tiene cualquiera, y no es pa tanto! ¿Qué les cuesta llamarse López, Pérez o García, como yo? Pues no señor... Y luego se enojan, como Doña Concha enantes, cuando era de guguemjaim, o de tiep-pópolo, y uno se trabucaba. Hoy no: la señora de Aranda... Eso sí, es de la gente; suena a zaranda, baranda, bufanda y parranda...

CLARA

(Sonríe y titubeando le dice a Sonatina). Vea, Armando; recoja unos telegramas que hay en el escritorio, y se los lleva a mi tío a casa

del doctor Sevilla, y allá se queda usted con él.

SONATINA

Está bien, Clarita; lo haré en seguida, pero antes voy a permitirme beber un vaso de agua fresquita. Con su permiso... (Entra al comedor).

CLARA

(A Pataleta). Y tú, Luis, te quedas en el jardín, junto a la puerta, y les dices a los que vengan que no hay nadie, a menos que...

PATALETA

Sea don Chencho... Entendido.

CLARA

¡Qué diablo éste, tan adelantado...!

(Pataleta hace un saludo militar, y se dirige al comedor. Sonatina sale de allí limpiándose la boca con el pañuelo, y se dirige al despacho).

(Sale luego con los telegramas en la mano, se los mete en un bolsillo, coge su sombrero y se dirige hacia la puerta, la que corre a abrir Pataleta que sale en ese instante del comedor, con algo en la boca...).

(Clara, entretanto, fingé arreglar las flores).

SONATINA

(Desde la puerta). Hasta luego, Clarita.

CLARA

Hasta luego, Armando.

(Pataleta sale, y cierra la puerta cautelosamente, sin ruido. Luego la entreabre despacio, asoma la cabeza, y dice):

PATALETA

¿Así es que aquí no entra más que don Crescencio González, de... Amatitán...?

(Clara lo amenaza de mentirijillas, y Luis da un portazo y se queda fuera).

ESCENA 5ª

(Clara se sienta en el sofá, cruza una pierna, apoya ambas manos sobre la rodilla, y medita). Pausa...

ROSITA

(Con mimo, dentro del cuarto). ¡Clara...!

CLARA

Voy... (Se levanta y entra al cuarto de Rosita).

(La puerta del foro se abre lentamente, sin ruido, y aparece Chencho. Viste de señorito, sin afectación, muy discretamente. Trae la mano derecha vendada. Se quita el sombrero, que conserva en la mano izquierda; da varios pasos, y luego dice en alta voz):

CHENCHO

¡Buenos días!

CLARA

(Sale presurosa, y desde la puerta dice): ¿Eres tú? (Luego ve la venda de la mano, y avanzando rápida, exclama con sobresalto):

CLARA

¿Pero qué te ha pasado? Ayer no tenías nada...

CHENCHO

Sí...fue anoche. Una bobería...

CLARA

¿Pero estás herido?

CHENCHO

No...; es sólo una contusión... Me disloqué un dedo.

CLARA

¿Y cómo ha sido eso?

CHENCHO

Un golpe... No tiene importancia.

CLARA

(Intrigada). ¿No es cosa seria? ¿No me engañas?

CHENCHO

No, mujer. Un camión que llevaba unas vigas muy largas, al virar en una esquina, me golpeó.

CLARA

(Maliciosa). Un camión... con vigas... después de las once de la noche... Porque a esa hora se fueron ustedes ayer.

CHENCHO

Te digo que no es nada... Este pobre ha pagado el pato... (Le muestra el índice de la mano izquierda, teñido de rojo).

CLARA

¿Fuiste a votar?

CHENCHO

Por cierto en muy buena compañía. Me tocó ir en un grupo selecto: el Rector y el Secretario de la Universidad; el Decano de la Escuela de Medicina con varios catedráticos; el Director del Hospital, el de Contribuciones Directas; un director de Banco, con el abogado; dos magistrados y dos ministros plenipotenciarios; varios médicos distinguidos, profesores, abogados de lo mejor, y algunos ricos propietarios, pero de los honorables... En fin, que aquello daba gusto. Los

artesanos también eran de lo mejor, lo mismo que los estudiantes.

CLARA

Pero todo eso servirá de muy poco...; perderán ustedes.

CHENCHO

No del todo... Se ganará mucho, para el futuro. Estoy orgulloso de este pueblo. En cambio, con el candidato que combatimos, ¡vieras qué gente iba! ¡Unos tipos...! Con decirte que los mejorcitos se regresaron avergonzados de la esquina del Fénix... Yo estoy contento, aunque no ganemos.

No me imaginaba un pueblo tan civilizado, y tan bueno... que se deja seducir o engañar con bellas palabras o promesas baratas y absurdas. Esta lección de hoy lo volverá a la realidad, y la próxima vez lo haremos mejor.

CLARA

Pues... yo, no estoy contenta. Te esperaba impaciente. Tengo una pena...: la angustia más grande de mi vida...

CHENCHO

(Con extrañeza). ¿Qué dices?

CLARA

En esta casa honrada; sobre este hogar casi santo, se cierne una desgracia horrible.

CHENCHO

Me asustas, Clara. ¿De qué se trata?

CLARA

(Sentándose). De algo espantoso... (Se queda pensativa).

CHENCHO

(Después de un silencio). ¿Hay remedio?

CLARA

Tal vez... Tengo mi esperanza puesta en ti.

CHENCHO

Pues por mí no quedará: haré hasta lo imposible. Pero... ¿se puede saber...?

CLARA

Es preciso... Pronto seré tu esposa, y tú lo serás todo para mí. Además, tu padre y tú son como de la familia... Se trata de Rosita.

CHENCHO

(Sin aspaviento, filosóficamente). Me lo temía...

CLARA

Sí... Mis padrinos han sido condescendientes en exceso. Han tenido más confianza de la que convenía en las amistades de Rosita y... sucedió lo irremediable.

CHENCHO

Y él... es el niño de Villagómez...

CLARA

¿Y quién otro?

CHENCHO

Y... ¿Robertito, a todo esto?

CLARA

Otro que tal...

CHENCHO

Y el Rodolfito, ¿cómo se presenta?

CLARA

Rosita dice que está anuente a reparar el daño.

CHENCHO

Sí: con otro mayor. ¿Pero es que sirven para maridos esos títeres imbéciles? ¿Qué saben esos desgraciados de ganarse la vida? Preferiría que hubiera sido un carretero: creémelo.

CLARA

Sí; mas nosotros no podemos en un día volver el mundo del revés. Son prejuicios tontos, lo que tú quieras; pero aquí, y en nuestro medio, sólo hay una solución: el matrimonio de Rosita con ese canalla, y lo más pronto posible. Antes de un mes: es preciso. Y hay que procurar, además, que mis tíos no sospechen el motivo de esas prisas.

CHENCHO

Si Rosita fuera pobre, la empresa sería difícil; pero con medio millón de pesos, la familia no pondrá reparo en que el niño haga tan buen negocio... Y de él depende que lo sea, pues afortunadamente nuestras leyes son muy liberales con las mujeres, defendiéndolas de los maridos poco escrupulosos. Y después... está el divorcio.

CLARA

Sí, hijo; pero hoy se trata de lo contrario. ¿Qué piensas hacer?

CHENCHO

Exactamente no lo sé. Esta noche consultaré con la almohada, porque hasta dentro de quince días no tendré a mi mujercita a mi lado, y detallaré mi plan.

CLARA

¿Y cuál es, en conjunto?

CHENCHO

Muy sencillo. Ir a ver al señor papá pasado mañana, cuando esté más en calma; pero mañana confesaré al niño. Esta mano vendada me servirá de mucho. Tengo la seguridad de que dentro de tres días han pedido la de Rosita, y como al niño le saldrá una colocación en un Consulado, y deberá marchar inmediatamente, se acelerarán los preparativos y antes de un mes estará navegando la pareja amorosa, convertida en marido y mujer.

CLARA

Dios te oiga y nos asista en este trance.

ESCENA 6ª

PATALETA

(Entreabriendo la puerta del foro). ¿Se... puede?

CLARA

¿Qué hay?

PATALETA

Un **mecapalero** que viene a llevar un cofre, y trae este papel.

CLARA

(Lo toma, lee, y murmura). ¡Maldita...!

CLARA

(A Pataleta). Que entre por la puerta de servicio, y le entregas el baúl de la miss. Está en su cuarto ya arreglado. ¡Ale! De prisita...

(Pataleta saluda militarmente y sale al paso ligero, haciendo movimientos de shimmy).

CHENCHO

(A Clara). ¿Y esa novedad?

CLARA

Consecuencia de lo ocurrido. Esa mujer tiene mucha culpa, y se va antes de que estalle la tormenta.

CHENCHO

La verdad, jamás tuve confianza en la tal miss. Me parecía una aventurera; pero la moda nos vuelve estúpidos.

CLARA

Con tal que se vaya lejos... Ella dice que sale mañana para Guatemala...

CHENCHO

Pues... que no descarrile el tren.

ESCENA 7ª

(Entra Doña Bárbara. Tira el tapado, la bolsa y un paquete sobre una silla, y dice):

BARBARA

¿Cómo ha seguido esa niña?

CLARA

Está mejor: ya no le duele la cabeza.

(Chencho, se pone de pie, y va al encuentro de Doña Bárbara).

CHENCHO

Buenos días, madrina.

BARBARA

Buenos días, hijo. Perdona que no te haya saludado al entrar.

(A Clara). ¿Y qué significa ese baúl que sacaba Pataleta con otro hombre?

CLARA

Es el de la institutriz, que manda por él.

BARBARA

Se despide a la inglesa, naturalmente. ¡Qué olfato de mujercita!

Se adelantó a mis deseos, librándose de un chubasco. ¡Con el humorcito que me traigo hoy...!

CHENCHO

Pues... ¿qué le pasa, señora?

BARBARA

Cuando llegué a casa del doctor Sevilla, había un montón de mujercitas de no sé qué club, demasiado entusiastas, abrazando al candidato, al candidote de mi marido, y al fresco de tu padre. ¡Y ellos en sus glorias! ¿Y qué creen ustedes que hizo la Tina al ver la cara que yo puse? ¡Pues soltar la carcajada...!

No sé qué vieron en mí aquellas pelanduscas, que de prisita se fueron despidiendo...

(Chencho se ríe de buena gana, y Clara, sonriendo dice):

CLARA

Madrina, ¡por Dios! Si así es la política...

BARBARA

Pues si así es... ¡al cuerno la política! ¡Vaya, hombre...! ¡Abrazar a mi marido en mis narices...!

CHENCHO

Peor sería que lo hicieran lejos de usted...

BARBARA

¿Y yo qué sé? ¡Ni lejos, ni cerca; ni por delante ni por detrás! ¡Y deja que venga por aquí el poca lacha de tu padre! ¿Qué crees que hizo? Muerto de risa, las acompañó hasta la puerta, llevando a dos cogidas por la cintura, y oí que les decía: «Esa señora es la viuda de don Felipe el Hermoso».

Sí... ¡Como él es el viudo de Santa Mónica!

Perdona, hijo; pero tu padre me las va a pagar, y hoy mismo.

¿Y tus hermanitas? Las invité a almorzar hoy con nosotros. Es día de San Antón, el del cochinito, y nos vamos a comer uno por ser el cumpleaños de José Antonio.

CHENCHO

Supongo que José Antonio pasará a buscarlas. Ellas salieron a hacer unas compras, pero las dejé para irme al Comité.

BARBARA

¡Claro! Irían a comprar el regalo de Raquel... ¡Pues como no compren pastillas de goma en las boticas de turno...! ¿No ves que todo está cerrado?

CHENCHO

¡Pues es verdad! Entonces no tardarán en llegar...

BARBARA

De mi marido me vengué bien. Delante de todo el mundo le solté lo de la traición de Maravilla. ¡Vayan a votar ustedes dos —les dije— para que siquiera le ayuden con dos votos al doctor Sevilla! Esa niña Tina se moría de risa... ¡Ja, ja, ja...! Vaya: mejor es que ría yo también...

(A Clara). ¡Ay, hija...! Tráenos unas copitas de anís, de vermú, de cualquier cosa.

CLARA

(Levantándose). En seguida, madrina. (Se dirige al comedor).

BARBARA

(A Chencho, bajando la voz). ¿Y cómo ha sido lo tuyo, que por culpa de aquellas diablas no me enteré bien?

CHENCHO

(En voz baja). Calle, madrina, que Clara no sabe nada...

BARBARA

¿Y por qué no se lo has dicho? ¿Qué mentira le has contado?

CHENCHO

Cualquier cosa... Un golpe de un camión... por no asustarla. Realmente, no fue nada.

BARBARA

¿Pero qué no sacaron los puñales aquellos desalmados?

CHENCHO

No...; sólo uno de ellos. El otro quedó sin sentido del primer y único puñetazo.

BARBARA

¿Y con el del puñal, qué hiciste?

CHENCHO

Le arrebaté el bastón a un señor cojo que estaba cerca de mí, y creo que del leñazo le rompí el brazo, porque el bastoncito era una tranca maciza...

BARBARA

¿Pero cómo empezó la reyerta? ¿Por qué fue?

CHENCHO

Quizás borrachera... o despecho. Pasaba yo frente al Teatro Colón, cuando sentí que me tiraron algo al sombrero. Me volví bruscamente y vi que dos majaderos se reían... Iba a seguir mi camino cuando uno de ellos dijo: «¡He sido yo, sevillista desgraciado!» Y el otro, acercándose, me dijo: «Grite ¡Viva Villagómez! **bayunco** hijo de...» No había acabado de decirlo cuando le largué un puñetazo en la propia trompa, y como la tenía abierta, me clavé los dientes... Dio dos vueltas de campana, y quedó boca abajo sobre el asfalto. Entonces fue cuando el otro sacó el cuchillo, y pesqué el bastón tan oportunamente.

BARBARA

¿Y no los llevaron a todos a la Policía?

CHENCHO

No, porque el Director, que salía del teatro en aquel momento, lo vio todo perfectamente y ordenó que me dejaran libre. Allí cogí un taxi y me fui a casa.

ESCENA 8ª

(Clara sale del comedor con una bandeja con tres

copas y tres vasos de agua. Les sirve a Doña Bárbara y a Chencho, y como en ese momento entra Sonatina sofocado, Clara le ofrece la otra copita).

SONATINA

Muy buenos días... Gracias...: ¿Pero y usted, Clarita?

CLARA

Yo no tomo ahora: hasta después.

BARBARA

Ande y tome usted, que viene sofocado.

SONATINA

Si es empeño... pues muchas gracias, y ¡por ustedes! (Bebe). Por ahí iban Don Inocente y Don Lorenzo en la manifestación que se dirige a casa del doctor Sevilla...

BARBARA

(Después de beber). Bendito sea Dios... ¡Ultimo día! Pasado mañana, el TE DEUM. (A Sonatina). Perdone que hoy no le diga que se quede a almorzar, porque seríamos trece en la mesa. Lo que es la Indalecia nunca ha querido sacarnos de esos apuros. Da unos bocados, a deshora y en su cuarto; o quizás en la iglesia.

SONATINA

(Sonriente). No tenga cuidado, señora. Bastante he abusado de la bondad de ustedes.

BARBARA

Qué habla usted de abusos... Voy a ver qué hace esa niña... Hasta luego... (Se levanta y se dirige al cuarto de Rosita).

ESCENA 9ª

(Entran Don Lorenzo y Don Inocente por el foro).

CHENCHO

¿Y qué tal esa manifestación?

LORENZO

Espléndida, magnífica, más por la calidad de la gente; pero llegamos reventados donde Sevilla. Queda muy lejos y hace un sol de patente... Nos hemos escabullido por el garaje, y aquí nos tienen. ¿Nos vas a dar algo, Clara?

Esta hija mía... futura, debe de ser ya una experta cantinera...

CLARA

(Levantándose y sonriendo). Lo que gusten...

Sé preparar varias clases de cocteles... Martini, Manhattan...

INOCENTE

No... tráenos dos coñacs grandes —o mejor tres— y tres vasos de agua, grandes también.

CLARA

(Dirigiéndose al comedor). Vuelvo en seguida.

LORENZO

(Sentándose). Bueno compadre, esto se acabó. Pasado mañana me voy al monte a preparar lo de estos muchachos, y en un mes no pienso leer ni un periódico. A ver si así se me quitan las agruras... y las náuseas.

INOCENTE

No creo que hayamos salido mal del todo. Ocuparemos el tercer lugar en la Asamblea, y allí se decidirá...

LORENZO

Ya está decidido; pero... no lo que el Presidente deseaba. Esa combinación de los diputados fue una idea excelente. Sin eso, tendríamos por delante otro mes de incertidumbre, de ansiedad, de intrigas, de corrupción, de porquerías...

INOCENTE

Y tal vez la dictadura, otro gobierno de familia, o la revolución; porque en caso de lo otro, habría que hacerla...

LORENZO

Todo podría ser... Sin embargo, el ejército se ha portado bien, y voy a felicitar al pobre Pérez. Se pondrá muy contento. ¿Cómo hiciéramos para que en vez del más antiguo de los Mayores, fuera el más nuevo de los Tenientes Coroneles?

INOCENTE

Allá veremos...

LORENZO

Yo creo que «el restaurador de la república» no va a perdonarnos nunca la jugadita que se le ha hecho. Y le advierto que este día pensaba echarnos el prieto; pero la protesta de ayer tarde, del general Montagut, estuvo oportunísima. Tuvieron miedo... Sin eso, nos amuelan, compadre.

INOCENTE

El doctor Sevilla no será Presidente, pero hemos logrado quebrar el juego y librar al país de caer en garras de un grupo funesto. Porque Villagómez no sólo no es malo, sino

una excelente persona; pero representaba el pasado, la reacción, y... ¡esa camarilla! Pues... ¿y los compromisos que había contraído con los eternos explotadores, y una cáfila de aventureros sin conciencia?

LORENZO

Algunos lo habían seguido por eso; porque creían que todos iban a mangonear, menos él.

INOCENTE

Pero sobre todo porque creyeron que era el candidato oficial, y que sería impuesto. Sin embargo, hubo quienes lo siguieran por cariño...

LORENZO

¡Je, je! Y ahora están más calientes que nosotros con el hombre. Hasta le llaman «traidor», según dicen.

(Clara aparece con las copas, los vasos y una botella).

Yo no sé si Maquiavelo aconseja eso de contentar a todos... ¿Lo aconsejó Santo Tomás, compadre?

INOCENTE

Creo que fue San Carlos... Borromeo. Es usted muy malo...

(Don Lorenzo se levanta, y tomando la botella, sirve él. Beben).

CLARA

Con permiso... (Se dirige al cuarto de Rosita).

(Suena el teléfono, y acude Sonatina).

SONATINA

(En el despacho). Aló... Sí... Recuerda que es el santo de José Antonio, Roberto... Bueno... Avisaré... Adiós...

ESCENA 10ª

(Se oye un murmullo en la calle. Gritos lejanos... Vivas).

PATALETA

(Entra y dice). Allí viene la manifestación. (Abre la puerta-vidriera de par en par).

(El Doctor Aranda y Doña Concha entran corriendo de la calle. Saludos).

(Doña Bárbara, Clara y Rosita salen a su vez). (Las mujeres se abrazan y se besan).

(En la calle uno grita). ¡Viva Don Inocente López, líder de la coalición triunfante! (Vivaaa!!!)

¡Viva el doctor Sevilla! (Vivaa!!)

BARBARA

¡Luis! Ven acá. (Llega Pataleta, y Doña Bárbara le dice algo al oído). (Luis asiente con la cabeza, y sale a la calle).

¡Viva el triunfo de la democraciaa!! (Vivaaa!!!)

UNA VOZ RONCA

¡Que hable el gran Don Lorenzo González...!

(Don Lorenzo se adelanta hasta la puerta, carraspea, y con voz fuerte y entonada, habla así).

LORENZO

Señores... ¡¡muchas gracias!!

No soy orador; pero sí patriota, y hombre de corazón.

Debemos sentirnos orgullosos de haber cumplido con nuestro deber de salvadoreños y de ciudadanos, y, sobre todo, de haber dado esta muestra de cultura que repercutirá por toda Centroamérica. (Aplausos).

Aunque lo haya parecido, no todo anduvo limpio; pero a la farsa habéis respondido con vuestra buena fe, y a las máculas opusimos nuestra honradez... (Aplausos).

El orden con que habéis cumplido en estos tres días uno de los deberes más sagrados de la ciudadanía, ha sido una sorpresa y una lección para los de arriba, quienes ya no olvidarán que el pueblo salvadoreño es fuerte cuando quiere serlo; que vive siempre alerta, y que, si tiene vicios que ellos mismos fomentaron, posee en cambio virtudes que lo salvarán en breve plazo. (Aplausos).

No ha triunfado Fulano ni Mengano, sino el pueblo, el trabajador oscuro y modesto, y los verdaderos derrotados son los que nunca creyeron en nuestras virtudes, porque ellos no las tienen... (Aplausos).

Los equivocados de buena fe, son también nuestros hermanos, y debemos tenderles los brazos.

Por primera vez habéis emitido libremente vuestro voto, y el ensayo no pudo ser mejor. El tiempo dirá si habéis acertado... ¡Dios lo quiera!

La próxima lucha electoral acaso no la veamos los viejos; pero la emprenderéis vosotros los jóvenes, con la confianza que da el conocimiento de la propia fuerza; el entusiasmo —inseparable de todo ideal noble— y el tino que sólo enseña la experiencia. (Aplausos).

Esta vez no hemos luchado por nosotros sino por nuestros hijos, a fin de prepararles una vida más digna. Grabad los sucesos de estos días en vuestra memoria, y transmitidlos a la juventud por tradición, como se hace con las leyendas heroicas y los cuentos de Hadas.

Pero no olvidéis que el arte de gobernar se ha convertido en ciencia y, haciendo a un lado odios y simpatías, vuestro deber será discurrir con ponderación, y luchar por que suban al solio únicamente los más capacitados y honorables.

Terminaré excitándoos a que coronéis dig-

namente esta jornada memorable, abrazándoos todos como hermanos.

¡Que de hoy para siempre sea un hecho la república, y la democracia una realidad...!! (Aplausos).

¡Loor al pueblo salvadoreño, que ha reverdecido los laureles que ornaron la frente de los Delgado, los Arce y demás próceres de nuestra independencia!

¡Juremos defender nuestras libertades, y morir antes que verlas pisoteadas de nuevo!

¡Viva El Salvador libre!! (Vivaaa!!!)

Compatriotas: ¡id con Dios! (Ovación. Aplausos prolongados).

(Cuando empieza a calmar la baraúnda, se oye la voz de Pataleta que grita): ¡Viva el rey Salomón...!, ¡Viva! (Responden algunos).

(Don Lorenzo entra ufano, secándose el sudor con el pañuelo, y recibe abrazos de Don Inocente, Aranda, Sonatina y Clara, y parabienes de las demás señoras...).

ARANDA

Para mí esto ha sido una revelación. Don Lorenzo es un orador formidable...

LORENZO

Nada más que hombre de corazón, señores...

CONCHA

Y de lectura... Yo estoy en el secreto...

LORENZO

(A Doña Bárbara). Comadrita, es usted implacable. Ese viva al rey Salomón ha sido cosa suya...

BARBARA

No señor: sospecho que es cosa de **Doña Juana la loca,** con quien me figuro tendría usted alguna cuenta...

LORENZO

¡Je, je...! ¿Y por qué me compara usted con el hijo de David?

BARBARA

(Con zumba). ¡Por las doscientas concubinas...! ¿O se creía usted que por la sabiduría...? (Risas generales).

LORENZO

¡Chente! ¿Me das permiso de abrazar a tu mujer?

INOCENTE

Bien puede, compadre...

BARBARA

¡Quite usted allá, que huele todavía a bacalao y a jabón...!

(Se abrazan bromeando y todos los celebran gozozos).

(Entran Raquel, Ester, y José Antonio. Ellas, de moño, usan tapado en vez de sombrero).

CONCHA

(A los que llegan). Se han perdido ustedes de lo mejor... ¡El triunfo de Mardoqueo!

(Abrazos, besos y saludos).

RAQUEL

(Entregando a Doña Bárbara una gran caja de bombones). Aquí le traigo estos dulcitos...

BARBARA

Gracias, hija; eres muy fina. ¿Son de la botica, verdad?

RAQUEL

(Un poco cortada). Sí... ¿Por qué lo dice? ¿Qué no son buenos?

BARBARA

(Riendo). Sí, hija: ¡son magníficos! Lo dije

porque todas las tiendas están cerradas por las elecciones. ¡Qué lástima que no oyeran a su padre! Ha estado estupendo...

RAQUEL

(Después de mirar tiernamente a su padre). Nos detuvimos un poco causa las manifestaciones...

(Ester, entretanto, ha entregado dos cajas más pequeñas: una a Clara y otra a Rosita, y conversa con ellas).

BARBARA

¿Estamos cabales? A ver... (Empieza a contar...).

SONATINA

No señora. Roberto avisó hace un momento que tiene un compromiso ineludible y que no puede venir.

BARBARA

Pues entonces, completos: usted será uno de los nuestros...

LORENZO

(A Sonatina). Es usted el hombre de la suerte... (Señala a Rosita).

SONATINA

(Para sí, tristemente). El hombre más infeliz de este mundo...

(Mira a Rosita y suspira. Esta lo mira lánguida, y suspira a su vez...).

LORENZO

Comadrita, son las once, y ahora recuerdo que el Alférez Real, el célebre Peléznez del Cabral, invitaba a

«Hacer las once después de la función,
con alguna aceituna, algún pastel...
Y un poquito de vino moscatel».

BARBARA

Pues... vamos andando. Al comedor, señores: hagan el favor...

CONCHA

Don Lorenzo siempre oportuno...

LORENZO

¡Naturalmente! ¡Doctor Aranda! Para completar mi día: ¿me permite que abrace a su señora?

ARANDA

(No muy satisfecho). Con... con gusto, amigo Don Lorenzo.

(Este la abraza fuertemente, y le hace cosquillas).

CONCHA

(Por lo bajo, debatiéndose). Suélteme... ¡Sátiro...!

BARBARA

Basta ya: ¡Salomón!

(Ríen todos y van entrando al comedor. Aranda saca el pañuelo y se seca el sudor de la frente).
(Pataleta cierra la puerta por dentro).
(Mientras, Roberto asoma la cabeza, despeinada, por la puerta del cuarto de Rosita, y en seguida, de puntillas, avanza rápido atravesando el escenario para entrar al despacho).
(Pataleta lo ve, y de puntillas también, se acerca a la puerta...).

PATALETA

(Sorprendido, bajando la voz). ¡Niño Roberto! ¿Pero qué está haciendo?

ROBERTO

(Desde dentro, con voz ronca): Tú, a callar...

PATALETA

¿Y si se descubre... **eso**, y creen que he sido yo...?

ROBERTO

(Saliendo y abotonándose la americana). Entonces... ¡dices que fui yo el ladrón!

PATALETA

(Implorando, y queriendo detenerlo). ¡Por Dios, niño Roberto! ¡Piense lo que hace...!

ROBERTO

(Desasiéndose y caminando para salir por donde entró). Es asunto de **honor.** Tú no entiendes de eso... (Se va).

PATALETA

(Entristecido, moviendo la cabeza con lástima). ¡Ni ganas...!

(Mira hacia la puerta fijamente durante unos segundos. Luego dice):

PATALETA

(Para sí, conmovido). El hijo, perdido... ¡y la niña también! ¡Pobres señores...! (Se enjuga una lágrima).

(Se repone, se arregla, y en tono confidencial, dirigiéndose al público...):

PATALETA

Después de esto, no me atrevo a pedir un aplauso...

(Saluda ligeramente, da tres pasos atrás, y luego se yergue, da media vuelta, y se dirige braceando al comedor).

TELON LENTO

El Trapichito, Marzo 19 de 1931.

EPILOGO

EPILOGO

ESCENA 1ª

(El mismo decorado del primer acto).

(Al levantarse el telón, Doña Bárbara, sentada junto al costurero, devana una madeja de hilo, haciéndolo una pelota. Asunción, la criadita, de pie, sostiene la madeja en las muñecas de las manos. Doña Bárbara ya no se tiñe el pelo: lo tiene entrecano. La niña bosteza).

BARBARA

¡Qué muchacha ésta para bostezar...! Te vas a tragar una mosca...
¿Qué no has dormido anoche?

ASUNCION

Sí, señora; pero esto y el rezo me dan sueño...

BARBARA

(Bostezando). ¿Lo vez? Ya me contagiaste... Un minuto más, y acabamos... Después, a coger el catecismo. Hoy te examinará Clara para ver si puedes comulgar el quince, día de la Virgen.

ASUNCION

Menos las declaraciones, lo demás me lo sé de **cuerito a cuerito.**

BARBARA

Pues hija, sin las declaraciones, te falta mucho para el segundo cuerito... ¡Ea! Esto se terminó...

(Acaba de enrollar el hilo y coloca la pelota en el canastillo de la costura).

Y ahora, al catecismo; pero antes vamos a rezar un Padre Nuestro y un Ave María por los ausentes...

(Se arrodillan ante la imagen de Santa Bárbara, y rezan).

(Entra Pataleta presuroso, y al ver aquello se queda tieso y se cruza de brazos, después de un conato de persignado).

BARBARA

(Levantándose, a Pataleta). ¿Qué querías...?

PATALETA

Dice Don Inocente que le mande una caja de fósforos.

BARBARA

Cogé una del paquete... Ya sabés; en esa gaveta.

(Luis va, abre la gaveta, y saca los fósforos).

BARBARA

¿Dónde está Inocente?

PATALETA

En el establo. Están curando a la Holandesa, que la han mordido los murciégalos.

BARBARA

Decile que ya están aquí los diarios, pero que no hay cartas.

PATALETA

¿No se le ofrece algo más?

BARBARA

Nada...

PATALETA

Entonces... ¡con permiso!

(Se va de prisa, pero al pasar frente a la ventana, le hace muecas a Asunción: ésta le corresponde sacando la lengua).

(Doña Bárbara pone orden en el costurero, y la niña ha cogido el catecismo).

PATALETA

(Regresa, y desde la ventana dice): Por allá vienen Don Lencho, con su hijo y la niña Clarita...

BARBARA

...Me voy a arreglar un poco... (A la Criada). Deciles que pasen adelante, y que me esperen un ratito...

(Se va Doña Bárbara por la izquierda y la niña se asoma a la puerta. Pataleta, traidor, la abraza).

ASUNCION

(Rechazándolo). ¡Bruto, liso, atrevido...! Voy a dar la queja... ¡animal!

(Pataleta se aleja riendo burlonamente).
(Clara llega la primera. Viste traje de montar, de color claro, y lleva un sombrero de paja).

ASUNCION

(Cariñosa). Buenos días le dé Dios, niña Clarita...

CLARA

(Acariciándola). Buenos días... ¿Dónde está mi madrina? (Se quita el sombrero).

ASUNCION

En su cuarto; dijo que la esperaran aquí...

BARBARA

(Desde su cuarto). ¡Entrá, hija...!

(Clara entra, y la niña se va por la puerta de la derecha).

ESCENA 2ª

(Entran Don Lorenzo y Chencho, éste dando el brazo a su padre, que renquea un poco). (Visten como en el 1er. acto).

LORENZO

Me voy a sentar en el sillón del compadre, que es más cómodo.

¿Por dónde andará él?

CHENCHO

(Ayudándole a sentarse). Clara habrá ido a avisarles. (Coge un periódico, lo desdobla y pasa la vista por los títulos).

LORENZO

¿Trae noticias de nuevas calamidades?

CHENCHO

No...: los crímenes de todos los días...

LORENZO

¿Trajiste la carta que llevaron allá por equivocación?

CHENCHO

Sí... No puede ser nada bueno...: es de la Secretaría del Country. Probablemente son **recuerdos** de Roberto.

LORENZO

La verdad es que mis compadres no se merecían esos disgustos...; pero hay errores que se pagan caro.

CHENCHO

Yo no sé cuánto les habrán costado las calaveradas de ese muchacho; pero debe ser algo gordo.

LORENZO

¡Figúrate! Primero, el auto hecho trizas: seis mil pesos; segundo, el valor de la moto y la indemnización al ciclista; mil quinientos.

Luego las cuentas del Casino y del Country, que creo pasaban de mil, y por último el pago de las deudas de juego, que sospecho suman algo...

CHENCHO

En lo que toca al juego, creo que mi padrino hizo mal, exagerando su caballerosidad. Me contó Clara que la última reclamación, recibida cuando el muchacho ya se había ido, era de un famoso tahur, tramposo y borracho, y que en ella hablaba mucho de «entre caballeros», «deudas de honor...»

LORENZO

La dignidad por allá, y la vergüenza en la cola de un venado.

CHENCHO

Creo que al padrino le estafaron esos cinco mil pesos.

LORENZO

¡Pues claro! Siquiera esas lecciones nos aprovecharan; pero las recibimos ya viejos, cuando sólo sirven para amargarnos los últimos días... Y Roberto: ¿dónde está?

CHENCHO

Se embarcó hace una semana en Puerto Barrios. En Guatemala llevaba la misma vida que aquí...

LORENZO

Y dondequiera que vaya. Ese muchacho es cosa perdida. ¿Pero adónde va?

CHENCHO

A Filadelfia. Quiere hacerse dentista, y Don Chente tiene la esperanza de que siendo aquél un país seco, por lo menos no beberá; y piensa enviarle cien dólares mensuales durante los tres primeros meses, para mientras... enseña la oreja.

LORENZO

Sí, sí... ¡Pobre compadre! ¡Qué pena...! A Rosita creo que le manda doscientos dólares al mes, para doblar el sueldo del marido. Y éste, ¿cómo pinta?

CHENCHO

Es un papanatas que ni huele ni hiede. En fin, ya no jugaba, y aunque se echa sus tragos, parece que no es borracho, y quiere a Rosita.

LORENZO

Del mal el menos... ¿Como que viene por ahí el compadre? Oigo pasos...

CHENCHO

(Mirando por la ventana). Sí; él es. (Se dirige a la puerta del corredor).

ESCENA 3ª

(Entra Don Inocente. Tiene el cabello y los bigotes más blancos. Lleva sombrero de junco de alas anchas, y va en mangas de camisa).

(Chencho lo recibe y abraza en la puerta).

INOCENTE

(Entrando). ¡Buenos días! ¿Cómo va eso, compadre?

LORENZO

Ya voy mejor... ¿Y usted, compadre? (Se dan la mano).

INOCENTE

¡Así...! Envejeciendo de prisa.

CHENCHO

(Acercándole una silla junto al escritorio). Yo lo veo a usted lleno de salud, como siempre.

INOCENTE

Sí...; la procesión anda por dentro. Y a disimular, para no afligir a la mujer... (A Don Lorenzo). ¿Y usted cómo se siente ya?

LORENZO

Ya estoy casi bien. Ayer monté a caballo, aunque con dificultad.

INOCENTE

¿Supongo que no habrá montado a Vendaval?

LORENZO

Todavía no... Hoy ando en mi vieja Petenera; pero dentro de unos días pienso habérmelas con aquel pícaro...

INOCENTE

Compadre, sea prudente: no quiera acabar como los chalanes que no saben retirarse a tiempo. Usted ya está avisado...

CHENCHO

Es lo que yo le digo. A los sesenta es peligroso hacer pininos... y menos con bestias de la sangre de ese caballo. Ya debe dos desgracias: tres, contando con la caída suya.

LORENZO

No sé si me resigne a cabalgar como el Obispo, en una mansa pollina.

INOCENTE

Es preciso... Recuerde que el Obispo es menos viejo que nosotros...

LORENZO

Mi padre montó bestias de brío hasta los ochenta años.

CHENCHO

Y murió a consecuencia de la última caída...

LORENZO

¡No había de morir de la penúltima...!

INOCENTE

Es verdad...; pero recuerde cuánto sufrió el pobre con su pierna rota, y cómo renegaba de la obligada inmovilidad en la cama...
Y... ¿qué se dice por ahí de política?

LORENZO

¿Y que no se ha curado usted, compadre? Yo no quiero saber nada; pero como no soy sordo, a la fuerza me entero de que todo anda mal o peor, como siempre. Nuestra administración está muy corrompida, y sólo un milagro podría hacernos cambiar. Lo malo es que ya no se hacen milagros...

INOCENTE

Realmente, es vergonzosa la escasez de

hombres honrados y la abundancia de ladrones...

CHENCHO

Y Dios protege a los malos...

LORENZO

...¡Cuando son más que los buenos! Sin embargo, yo creo que hay todavía los suficientes para los principales puestos, y que si hubiera firmeza y patriotismo —buena voluntad siquiera— aún podría enderezarse la cosa.

INOCENTE

Quizás tenga usted razón; pero me temo que no tengamos remedio, compadre.

Es triste que los pícaros estén en mayoría. No son más inteligentes que los hombres de bien, pero en cambio son más intrigantes, audaces y desvergonzados.

CHENCHO

Es vergonzoso que las personas decentes no puedan hacer política.

INOCENTE

Los hombres de mérito no intrigan nunca, y son un estorbo para ciertos gobernantes.

Y si no, recuerden lo que hizo don Jorge con el doctor Mendiola.

LORENZO

Y don Fernando ídem de lienzo. En cambio Zelaya sólo tuvo a su lado hombres de valer.

Estamos perdidos, compadre. Ya lo lloraba el poeta hace...: ¡90 años!, cuando dijo:

¡Cara y desventurada patria mía!
Con razón barre el polvo tu diadema;
Con razón tu existencia es agonía;
¡Con razón tu destino es anatema!
¿Por qué no dejas la fatal porfía;
Por qué no abjuras el mortal sistema,
De hacer que el sabio en un rincón se oculte
Y en la inacción su mérito sepulte?

INOCENTE

Cada día juzgo más grave la responsabilidad del «Padre de la democracia», y creo que son poco castigo las humillaciones que ha pasado.

LORENZO

Muy cierto. En vez de orientar la opinión, como era su deber, la desorientó con fines egoístas, haciendo al mismo tiempo una guerra solapada a los mejores...; y, como era lógico, le salió el tiro por la culata. ¡Pobre señor...!

INOCENTE

¡Siquiera él solo se hubiera labrado la estaca...! Pero nos dividió en castas, en clases, creando así un grave mal, desconocido antes.

La verdad es que nos partió por el eje...: Dios lo perdone.

LORENZO

Yo no lo perdonaré nunca, aunque lo viera más arrepentido que la Magdalena. Estamos dejados de la mano de Dios, compadre.

INOCENTE

¿Tendrá razón Mendiola al asegurar que nos hemos vuelto cobardes?

CHENCHO

¡No es verdad! Hemos sido estúpidos, es muy cierto; pero ya verán que sabemos ser hombres llegada la ocasión.

LORENZO

Tu boca diga verdad, y ojalá que yo lo vea; pero... me temo que les vuelvan a teñir el dedo, repitiéndose la pasada burla.

CHENCHO

(Exaltado). Eso... ¡lo veremos!

LORENZO

Lo malo es la división en castas y clases, siendo lo más grave, a mi juicio, la desconfianza recíproca que existe hoy entre patronos y trabajadores... Veo el porvenir muy sombrío.

INOCENTE

Y lo es, compadre. (Un silencio).

ESCENA 4ª

(Aparecen por el corredor, viniendo de la izquierda, Peje-espada y su tío Valentín Chiquillo. Este anda, como siempre, a medios pelos. Ambos se plantan en la puerta, con los sombreros en la mano, muy humildes).

PEJE-ESPADA

¿Dan su permiso los señores?

INOCENTE

Adelante...

CHIQUILLO

(Haciendo muchas reverencias, y entrando el primero). Gracias, ilustrísimos señores. (Les da la mano a todos, y Peje hace lo mismo).

INOCENTE

(De mala gana). Siéntense...

PEJE-ESPADA

Gracias...: así estamos bien; tenemos priesa.

INOCENTE

(A Chiquillo). ¿Y cómo está la Mercedes?

CHIQUILLO

Siempre trajinando, mi señor; meneándose para ir tirando, y... siempre con aquel su genio que... ¡Dios nos asista!

LORENZO

Y lo debe tener peor ahora, con dos estorbos en vez de uno, desde que le cayó la lotería del sobrinito... (Mira a Peje-espada).

PEJE-ESPADA

Hoy por ti, mañana por mí...

CHIQUILLO

Pues al tenor de eso venimos, mis señores. La Mercedes nos dijo, dice: «Sólo Don Inocente puede arreglar el lío de éste-éste

es éste (señala a Peje-espada) y hoy mismo se van para allá, y que éste le pida perdón por todas las picardías que le ha hecho...»

PEJE-ESPADA

Picardías... ninguna, y ofensas... ¡nunca! Cosas de mi tía...

CHIQUILLO

Y como Don Inocente es bueno, noble y caballero cabal, con dos letras suyas para el gobierno o para el gobernador, podrá éste salir sin miedo y ir a ganarse los frijoles como enantes, porque yo no estoy para mantener zánganos...

PEJE-ESPADA

(Con malicia). Porque bastante tiene con uno... (ji, ji...).

CHIQUILLO

Je, je... Ella es así...: no se muerde la lengua...

INOCENTE

Pero si yo no tengo influencia con nadie, ni sé a ciencia cierta qué ha hecho o de qué acusan a este Peje...

PEJE-ESPADA

Nada, mi señor Don Ino: ¡son puros levantes!

CHIQUILLO

(Después de escupir). Todo es que usté lo quiera, don Chentillo...

Yo fui ayudante del General Ezeta —de don Antonio, el 94— y sé que lo que ordenan los que mandan, se obedece y se cumple, sin más ni más.

LORENZO

¿Y vos crees que estamos en tiempos de los Ezetas?

CHIQUILLO

Por desgracia ya sé que no, don Lenchito...

LORENZO

¡Vaya una desgracia...! ¿Y por qué te gustaban aquellos hombres?

CHIQUILLO

Porque había respeto, abundancia, mucho **pisto,** y porque sabían distinguir a las personas, y hacer justicia. (Tose).

LORENZO

Sí... Darle a uno cien palos, sin más averiguaciones...

CHIQUILLO

Desageraciones de la gente, señor... ¿Cree usté que si no los bieran botado, estaría yo en esta calamidá, sin poder trabajar, con esta mi manquera causa el balazo que me dieron cuando hirieron al General? Además de que biera ascendido, ¿ónde no miban a dar la pensión de veinticinco pesos miserables a que tengo derecho? (Escupe).

Quince años seguidos presenté mi solicitú a la Asamblea, y de balde, porque ya no hay justicia para los pobres, mis señores.

PEJE-ESPADA

¡Eso! (Arrepentido). Je, je... No he dicho nada... (Mira al suelo cuando nota que los tres señores lo miran).

INOCENTE

Pero tu mujer trabaja, y gana bastante.

CHIQUILLO

No digo que no... Tenemos nuestro pasar...; pero es muy triste, don Chentillo, que todo un capitán no pueda hacer otra cosa

quir por el buey o el marrano que compró la mujer, y sufrir su mal humor... y ¡contra! lo que más me resmuele, y no aguanto ya, que me llamen «el marido de la Traviesa», que es lo mismo que no ser uno naide... (Escupe).

LORENZO

(Socarrón). Pero bien que le das sus palizas cuando se te suben los tragos...

CHIQUILLO

No se burle de mí, don Lenchito, que bien sabe usté ques ella la abusona... Mire... (Le muestra un golpe morado en la frente). Este es uno de los estacazos que me dio el domingo porque se me perdió un chancho más acá de Aguacayo. (Con tristeza). ¡Le digo a usté que si no fuera...!

LORENZO

Pero hombre... ¡que un capitán se deje pegar por su mujer...!

CHIQUILLO

Un inválido, don Lorenzo... ¡Tuviera yo mi mano buena...!

INOCENTE

Bueno; vamos a cuentas, y explíquense. ¿Qué puedo hacer yo?

PEJE-ESPADA

Muy sencillo, mi señor don Ino. Como pa las elecciones tuve que hacerme cargo de la Tesorería, y yo soy inexperto en eso de la aritmética, resulta que faltaron como doscientos pesos...

CHIQUILLO

Con su pico: seamos cabales. (Escupe).

PEJE-ESPADA

Y mientras se desvanece ese reparo, la Contaduría exige una fianza para levantar la orden de captura.

CHIQUILLO

Y mi señora responde.

INOCENTE

Bueno...; pues tráiganme una carta de la Mercedes, el machote del documento, y lo haré con gusto.

CHIQUILLO

(Rascándose la cabeza). El caso es que... no sé si la mujer podrá...

PEJE-ESPADA

Es que se quemó la mano con jabón hirviente...

LORENZO

(A Chiquillo). Pero el domingo no estaba manca... (Hace señal de tundir).

CHIQUILLO

¡Malhaya! Si eso fue el martes...; antier.

INOCENTE

Pues aguardaremos a que ella pueda escribir, y no hay más que hablar...

(Chiquillo y Peje-espada se miran con desconsuelo).

CHIQUILLO

(Despidiéndose). Pues... hasta más ver, y se agradece la buena voluntá. Y perdone la molestia, mi señor don Chente... (Le da la mano).

Adiós, don Lorenzo, y allí tiene a Tetunte, mi caballo, para cuando le haga falta... (Con sorna). Es mero mansito... Don Chentito, salúdeme a la niña Clarita. (Les da la mano).

PEJE-ESPADA

(A Don Inocente, dándole la mano). Adiós, y no deje perecer a este su admirador.

LORENZO

(A Peje). Hombre... Yo no comprendo tus apuros. ¿No ganaron ustedes las elecciones?

PEJE-ESPADA

(Tristemente, dándole la mano). Los pobres no ganamos nunca... ¡Oros son triunfo, don Lorenzo...!

LORENZO

Pues... echar pan en el **matate**, y vayan con Dios.

PEJE-ESPADA

(A Chencho). Y que sea enhorabuena... Pasarlo bien...

CHENCHO

Muchas gracias...: hasta otro día.

(Salen, se ponen los sombreros y se van por el corredor, hacia la izquierda, murmurando algo y accionando).

ESCENA 5ª

LORENZO

¡Pobres diablos! ¡Y pensar que estos borrachines, los **chichipates** legítimos, son los mayores contribuyentes: la principal columna del Fisco!

INOCENTE

Es una ignominia, realmente. Merecemos que nos conquisten.

CONCHA

(Por la ventana). ¡Tengan ustedes muy buenos días...!

(Don Inocente y Chencho se ponen de pie y se dirigen a la puerta del foro).

INOCENTE

Pase adelante, mi querida amiga... (Le da la mano, y Chencho hace lo mismo). ¿Y su marido? (Entra Doña Concha con la falda de montar recogida).

ARANDA

(Apareciendo por la puerta, con las manos en la rabadilla). A la orden de ustedes, aunque un poco derrengado... (Se dan la mano).

LORENZO

¡Salud a los dichosos amantes de Palmira...!

CONCHA

¿Pero estaba usted allí? ¿Y cómo va de esos golpes? (Se acerca a darle la mano, lo mismo que Aranda).

LORENZO

Bastante mejor... Ya hice el ánimo de salir... Perdonen que no me levante.

ARANDA

Está usted muy bien, y voy a imitarlo. (Se sienta en una butaca, con precaución, como si estuviera apaleado).

CHENCHO

¿Y qué le pasa, doctor?

ARANDA

Que cuando no monto a caballo en un mes, luego me maltrato mucho.

(Cambia de postura). ¡Ay...!

CONCHA

¡Que no toma ejemplo del viejo centauro de Amatitán...!

LORENZO

Más le aprovecharán las lecciones de la **joven** amazona de Palmira, siempre que ella no... abuse.

ARANDA

Para su finca íbamos, mi señor don Lorenzo; pero quizás voy a aprovechar esta feliz casualidad.

ESCENA 6ª

(Salen por la izquierda Doña Bárbara y Clara. Doña Concha va a abrazarlas).

BARBARA

(Viendo a Don Lorenzo y a Aranda). ¡Quietos, esos inválidos...! (A don Lorenzo). ¿Y cómo va el señor chalán? (Se sienta ella, Clara y Concha).

LORENZO

Siempre a caballo, comadrita. pero ahora en una burra.

BARBARA

¡Pues claro, hombre! Ya no es tiempo de lucir el garbo. ¿Y usted, amigo Aranda?

ARANDA

Sólo lastimado... La falta de costumbre, señora.

CONCHA

(A Clara). ¿Todavía no hay novedades, Clara?

LORENZO

No, señora; pero se está haciendo la diligencia... ¿Y... usted?

CONCHA

Yo cumplí en su tiempo, señor mío...

CLARA

(Azorada). Con permiso... (Se dirige a la puerta de la derecha).

BARBARA

(A Clara). Trae algo para estos señores, y para nosotras también.

CLARA

En seguida, madrina... (Se va).

CONCHA

(A Lorenzo). ¿Y cuántos días estuvo usted en cama?

LORENZO

En la cama, ninguno; postrado en una silla, seis, y ocho en la hamaca.

ARANDA

Se habrá aburrido usted mucho...

LORENZO

Claro, al principio; pero pronto hallé consuelo en los libros.

ARANDA

¿Y qué clase de lectura le gusta a usted más?

LORENZO

Leo un poco de todo... Novelas, historia, sociología...; pero lo más de mi gusto son las novelas históricas y los viajes.

ARANDA

Pues... yo confieso que en mi vida he leído una novela. Fuera de los Códigos y obras de jurisprudencia, de vez en cuando leo algo de filosofía o de historia...

CONCHA

Lee algunas revistas... en la barbería.

(Don Ino y Doña Bárbara, preocupados, callan y se miran furtivamente).

LORENZO

Por eso sabe usted tan poco del mundo, doctor.

ARANDA

Yo creo que la historia es la maestra de la vida, y que la filosofía es la madre de las ciencias.

LORENZO

La tía, nada más. «La historia es la novela de los reyes, y la novela es la historia de los hombres».

ARANDA

No está mal...; está muy bien esa sentencia...

LORENZO

Naturalmente: como que no es mía... Me parece que es de Daudet.

Sí, amigo Aranda: lea novelas y comedias buenas, y aprenderá más de la vida que tragando a San Agustín, San Isidoro, Santo Tomás y demás doctores tonsurados o... calvos. Yo soy hombre de tejas abajo.

ARANDA

Pero; ¿usted tiene una biblioteca en casa?

LORENZO

Ya lo creo...; y muy escogida.

CONCHA

Nunca le he contado la historia a mi marido, y ahora voy a hacerlo.

LORENZO

Pero le ruego no fantasear mucho, señora.

(Suena el teléfono).

BARBARA

(A Chencho). Andá a ver quién es, hijo.

CHENCHO

(Levantándose). Con mucho gusto. Le advierto que mañana instalan el nuestro... (Sale por la izquierda).

BARBARA

(A Lorenzo). ¿De modo que al fin se decidió usted? Precisamente cuando yo pensaba que quitaran éste...

LORENZO

A todo le llega su hora, comadrita. Clara lo necesita por ustedes, y Ester para hablar con su hermana, a Cutename, y no sé con quién más... Ustedes deben saberlo, puesto que viene a hablar aquí casi a diario.

(Suena de nuevo el teléfono).

CHENCHO

(En voz no muy alta). ¡Aló...! Sí... ¡Ah...! Está bien... Gracias...

BARBARA

(A Chencho, que entra). ¿Quién era?

CHENCHO

(No muy seguro). Nada... Un recado para Clara. Voy a buscarla. (Sale por la derecha).

(Se miran unos a otros. Un silencio penoso).

CONCHA

(A su marido). Pues señor, este era un médico que vino hace quince años a establecerse en Cushushapa, no se sabe a qué. El tenía unos cincuenta años, y su mujercita treinta... Era un rubia linda, algo triste pero muy interesante.

Y este señor (señala a don Lorenzo) que nunca se había enfermado, apenas supo lo de la rubita, se sintió mal y fue a ver al médico.

LORENZO

No empiece a enredar las cosas, señora, que yo también sé algo de historia... recreativa.

BARBARA

(Levantándose, a Doña Concha). Perdona, hija, pero voy a dar una vuelta por allá dentro... ¿Se van a quedar a almorzar?

LORENZO

No, comadre: estos señores se van conmigo. El doctor y yo hacemos hoy muy buena pareja.

CONCHA

Y tenemos algo muy importante que arreglar allá.

BARBARA

Pues lo siento de veras...; otro día será. (Se va por la derecha).

CONCHA

¿En qué iba...? Sí... Pues bien; la enfermedad de este señor se hizo crónica, y la gente empezó a murmurar... ¡Y era natural! El señor tenía cuarenta y cinco años, y estaba viudo, y rico...

LORENZO

Todo fue pura chismografía.

CONCHA

Un buen día, para... el señor, al médico se le ocurrió amanecer muerto. ¡Las cosas que inventó y dijo aquella gente...!

LORENZO

(Taciturno). Canallas...

CONCHA

Pasado el novenario, la joven viuda decidió

irse con su familia, a Quezaltenango; pero estaban muy pobres —el marido era emigrado político— y la rubita empezó a vender sus cosas, que por cierto valían muy poco...

El médico poseía una bonita biblioteca, de dos mil volúmenes o algo más, y el señor de Amatitán la compró sin regatear en dos mil pesos.

LORENZO

Después supe que valía el doble.

CONCHA

Y... se supo también que pagó la diferencia. Si la viudita no se va tan de prisa, quizás fuera ahora la señora de González... ¿Es verdad?

LORENZO

(Soñador). Tal vez...

ARANDA

¿Pero esos libros serían todos de medicina...?

LORENZO

Había de todo... Luego lo verá usted.

Y... ¿cómo andamos de negocios?

ARANDA

Menos que mediano: mal. Es cosa rara... en los últimos meses me han retirado tantos poderes que... no me queda más que el de D. Chente...

LORENZO

Cuente con el mío, ya que mi apoderado fue electo para la Corte.

ARANDA

Muchas gracias... (Cambia de postura). ¡Ay...!

ESCENA 7ª

(Entra Clara, precediendo a Pataleta que lleva una bandeja con copas y dos botellas. Les sirve).

(Suena el teléfono).

INOCENTE

(Levantándose). Voy a ver...

CLARA

(Precipitadamente). Debe de ser a mí... Voy corriendo... (Se va de prisa por la izquierda).

(Don Inocente escucha de pie, poniendo atención).

CLARA

(En el teléfono). ¡Aló...! Sí... Voy a preguntar...

(Se asoma a la puerta, y dirigiéndose a Don Ino, dice):

CLARA

Avisan que hay un telegrama de París, y preguntan si lo mandan o si quiere que lo transmitan por teléfono.

INOCENTE

(Titubeando). Sí... que te lo lean.

(Ansiedad general). Clara entra de nuevo al cuarto del teléfono).

CLARA

¡Aló...! Haga el favor de leerlo... Sí... Bien... ¡Muchas gracias!

(Sale, se detiene en el umbral y se recuesta en la pared. Se lleva una mano al corazón, y sonríe...).

INOCENTE

(Avanzando unos pasos). ¿Una desgracia?

CLARA

(Conmovida). No... ¡lo contrario...! Rosita... un niño... con toda felicidad... ¡Dichosa...!

(Don Inocente, taciturno, guarda silencio...).

CONCHA

¡Bendito sea Dios! Nos habías asustado, hija...

CLARA

(Contenta). ¿Se lo digo a mi madrina, tío?

INOCENTE

Sí...; pero con precaución...

(Clara se va corriendo por la derecha).

ARANDA

Parece que la fecha se ha adelantado... Es un sietillo... ¿eh?

LORENZO

(Levantándose). Levántese, Aranda, y al camino... (Aparte). ¡Me temía que fuera un par de... **cuatros!**

CONCHA

(Se levanta, y ayudando a su marido). Vamos, antes que se haga tarde.

Al regreso entraremos a participar de la alegría de todos... ¡Y que sea enhorabuena...!

Hasta luego...

(Salen todos al corredor).

ESCENA 8ª

(Entra Asunción a llevar los vasos. Pataleta llega por el corredor, de puntillas, y se acerca. La muchacha coge una botella con la derecha, y amenazante dice):

ASUNCION

Si te acercás, ¡te rompo la botella en la cabeza!

PATALETA

(Prudente, deteniéndose). ¡Atrevete...!

ASUNCION

¡Atrevete vos...! Andate, o grito.

PATALETA

De nada te sirven esos tufos, porque este año todas las hembras de estas haciendas van a parir, y vos también...

ASUNCION

Bruto, estúpido: ¡maldito! Andate, o grito.

PATALETA

Y vos vas a tener **huates,** porque yo lo mando, ¿oís?

ASUNCION

(Gritando). ¡Aquí Luis...!

(Este sale escapado por el corredor).

CLARA

(Entrando por la derecha, a Asunción). ¿Qué pasa? ¿Por qué gritas?

ASUNCION

(Gimiendo). Es que dice Luis que todas vamos a criar este año en la Hacienda, y que yo voy a tener huates... (Llora).

CLARA

El es un estúpido, y tú una simple... ¿Eres casada, acaso?

ASUNCION

Mi nana tampoco es casada, y tiene ocho hijos... (Llorando más). Y yo no quiero criar...

CLARA

Tonta... ¿No ves que ese zángano de Luis se burla de ti? Llévate eso al comedor, y otro rato te voy a preguntar la doctrina.

(La muchacha gimoteando, y diciendo):

ASUNCION

No quiero criar, ¡vaya...!

(Chencho entra, cruzándose con Asunción).

CHENCHO

(A Clara). Lo de la prisión de Roberto es mejor no decirlo hasta mañana. A ver que opina mi padre...

CLARA

Es mejor... Yo debo quedarme hoy aquí... Vienes mañana por mí. Y vete pronto... Creo que Aranda va a pedir a Ester para Carlos, su sobrino.

CHENCHO

Bueno, mujer, pero antes dame un beso.

CLARA

No...; allí viene mi pobre tío... Vamos a ver a mi madrina, le dices adiós, y la traeré aquí si ya dejó de llorar.

CHENCHO

Vamos allá... (Se van muy juntos, por la derecha...).

ESCENA 9ª

(Don Inocente entra por el foro, cabizbajo. Se sienta, pone los brazos sobre la mesa y medita. Pasado un momento se levanta, y despacio se dirige al teléfono. Se oyen la llamada y la contestación).

INOCENTE

¡Aló...! Aquí Santa Bárbara... ¿Puede repetirme el telegrama que comunicó hace un momento? Espero, sí... Muy bien... gracias... Diga: y antes, cuando la otra llamada, ¿de qué se trataba? ¿Otro telegrama...? Léalo: haga el favor... (Con asombro). ¿Cómo...? Repita...

(Doña Bárbara sale abrazada por Clara, y se detiene a escuchar).

INOCENTE

(Sombrío, con voz sorda). ¡En la cárcel...! Esto es demasiado...

BARBARA

(Avanzando alarmada, con angustia). ¡Inocente!

INOCENTE

(Sale anonadado, tambaleándose). No es nada, mujer...

BARBARA

(Arrojándose en sus brazos, y llorando). ¡Una madre no se engaña nunca! Todo esto lo había adivinado...

INOCENTE

Yo lo temía... ¿Pero qué hemos hecho, Dios mío, para recibir este castigo?

BARBARA

(Gimiendo y apretándose a su marido). Tal vez haber sido muy felices, y tú... demasiado bueno... (Sollozan).

(Clara se enjuga silenciosa las lágrimas).

TELON

San Salvador, mayo de 1931.

FIN

Lista de los modismos y palabras extrañas al léxico usadas en este libro

ANONA.—Fruta muy parecida a la Chirimoya.—Se les llama **anonas** a los malos jinetes y en general a las personas poco diestras.

APACHA-CLAVO.—Gorrón.—En Centroamérica se dice con frecuencia **apachar** por aplastar, y **pacho** por aplastado, de poco fondo.

BAYUNCO.—Provinciano, paleto; cursi. Tímido.

BLANCA O BLANQUITA.—Aguardiente de caña—**Guaro.**

CARBURO.—Idiotismo reciente. Se aplica de modo especial a los jóvenes de medio-pelo, presumidos o pesados.

CENZONTLE.—O Sinsonte y Pito Real. Es el ruiseñor de América. La voz náhuatl, cenzontle, significa «cuatrocientas voces o trinos». Hay varias especies.

CIPOTE.—Chiquillo, golfo. Parece voz centroamericana, ya que existe el cipitillo, uno de los duendes populares; pero el hecho de usarse también en Colombia, aunque en la acepción de **bobo,** hace pensar en un posible origen español. Un amigo me aseguró,

allá en España, que en Algeciras había oído dicha palabra con igual significado.

COLONES.—(Antiguos pesos). La unidad monetaria se llama **colón** en El Salvador y en Costa Rica. En el primer país equivale a 836 miligramos de oro, o sea a medio dólar. En Costa Rica vale un cuarto de dólar.

CUATROS.—«Echar cuatros». La peor suerte en el **chivo.** (Juego de dados).

CUCHE.—Cerdo.

CUERITO.—«De cuerito a cuerito». De pe a pa. Se dice en especial del Catecismo de Ripalda, porque antes se empastaba en tafilete rojo, sin cartón.

CUTUCO.—Estación terminal del Ferrocarril de La Unión, en el golfo de Fonseca, a 250 km. de San Salvador.

CHACHACO.—Picoso.

CHANCHO.—Cerdo.

CHELE.—Blanco, rubio. Gringo.

CHICHA.—Bebida fermentada, embriagante, que se fabrica con dulce de caña y maíz. Sustituye con ventaja al vino en el condimento de ciertos platos.

CHICHIPATE.—Arbol de madera durísima. La corteza es amarga, como la quina. Se les llama **chichipates** a los borrachos desastrados y pedigüeños.

CHUCAN.—Gracioso, bromista.

CHULA.—Chulo: lindo, bonito.

GUARO.—Aguardiente de caña.

GUEGUECHO.—El pavo común, como originario de la América septentrional, tiene nombre especial en cada lengua. Así, en México y la América Central se le llama jolote, guajolote, chompipe, chumpe y güegüecho. Por analogía se llama también güegüecho al bocio, y por extensión a las personas que tienen dicho defecto. Güegüecho es también sinónimo de tonto, confiado.

HUACAL.—Cuenco—Jofaina.

HUATES.—Gemelos. También se les llama **chachos.**

JOCOTE.—Fruta tropical americana (Spondia purpurea). Hay una gran variedad.

JURUNEAR.—Rincón apartado.

LIBRAR.—«Ir librando» dicen los jugadores cuando

convienen en no ganarse entre ellos, o en cubrirse recíprocamente de las pérdidas.

MASACUATA.—Serpiente boa.

MATATE.—Red esférica hecha de cuerdas fuertes, que sirve para acarrear maíz u otros frutos. También se fabrican en forma de zurrón, con pita fina y mallas tupidas. Los pequeños se llaman cebaderas.

MECAPALERO.—Mozo de cordel. De **mecapal,** cordaje especial atado a un cuero que se sujeta en la frente.

NACASCOLO.—Arbol cuyo fruto se emplea en el tinte, para dar el color negro. El líquido preparado **(Tinaco)** huele muy mal.

OLANCHO.—Departamento de la República de Honduras, muy rico en ganado vacuno. En los buenos tiempos de la Iglesia, los **diezmos** que allí se cobraban subían a una bonita suma. Sin duda por eso, cuando se cobra una cantidad que parece exorbitante, se trae a cuento «los diezmos de Olancho».

PAJITA.—Modismo para designar el sombrero de paja.

PARTIDEÑO.—Bandolero famoso casi legendario, convertido en héroe por la fantasía popular.

PECHE.—Delgado, flaco. Niño recogido por caridad.

TETUNTE.—Terrón de tierra endurecida. Se dice que son un **tetunte** las personas de poca alma, frías o pasmadas. Se aplica también a las caballerías sin brío o bestias perezosas.

PISTO.—Dinero.

PITOS.—Flor de un árbol, con la cual los chicos hacen pitos. Es comestible y un excelente narcótico.

PIXQUE.—Sin pestañas. Desmedrado. Refiriéndose a los **tamales,** de los que hay gran variedad, por contraposición al **nacatamal,** que lleva carne, se llama **tamalpixque** al que está hecho sólo de masa de maíz con sal.

PLAN.—**En el plan:** en lo llano. Terreno plano.

PRIETO.—**«El prieto».** Dado falso, marcado con sólo las pintas de ganar, o sean seises, cincos y treses.

PUCUYO.—Pájaro nocturno, pardo, con manchas blancas en las alas. Al ponerse el sol sale de su escondite, y con vuelo parecido al de las golondrinas,

surca alegre el espacio. Entrada la noche acude a los caminos y va saltando delante del viajero.

PUSHCO.—Voz náhuatl que significa sucio. En lenguaje familiar la empleamos como superlativo de sucio. La sh suena como en inglés.

SIETILLO.—Sietemesino.

TAMAL.—Bollo de masa de maíz. Envuelta en hojas de plátano o de maíz se cuece en una olla. Hay gran variedad. Algunos son riquísimos.

TECOLOTE.—Búho.

TORTILLAS.—El pan de maíz de uso corriente entre los indígenas de la América española. Son redondas, desde ocho hasta treinta centímetros de diámetro, y su grueso varía desde medio hasta dos centímetros. Se cuecen sobre una sartén grande y plana llamada **comal,** o sobre una plancha de hierro.

TUNCO.—Cerdo. (De monte). Pecarí o jabalí americano.

ZACATE.—Nombre común a varias gramíneas que sirven de forraje. Con algunas se prepara **heno** seco.

Esta edición consta de 5.000 ejemplares. Se terminó de imprimir el 14 de mayo de 1985 en la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, Centro América.

DIRECCION DE PUBLICACIONES

CANDIDATO

CANDIDATO

JOSE MARIA PERALTA LAGOS

(T. P. MECHIN)